

ANA BOLOX

MUERTE EN LOS HAMPTONS



Las cosas y casos de la señora Starling 2

Muerte en los Hamptons

Las cosas y casos de la señora Starling 2

© Ana Bolox, 2017

Todos los derechos reservados.

Imagen de portada de Mike Brindle, modificada con software de edición de imágenes por Jorge Ontiveros.

Fecha de edición: 30 de Noviembre de 2017

www.anabolox.com

A Carmen y Araceli.

Fuisteis una gran compañía cuando tanto lo necesitaba.

CAPÍTULO 1

1

—¿Aún estás enfadada? —James redujo la marcha y detuvo el coche ante la verja de entrada a la mansión Carnegie. La música de *Night Fever* que sonaba en la radio era lo único que rompía el silencio desde que salieran de Nueva York.

—No estoy enfadada.

—Vale, defraudada.

Anne estiró el brazo y bajó el volumen. Desde el asiento del copiloto, miró a su marido con los párpados entrecerrados.

—¿De verdad era necesario venir? ¿No podías haber aplazado la reunión para después de Navidad?

La verja comenzó a abrirse lentamente. James bajó un dedo la ventanilla para evitar que se formara vaho en los cristales y el ronroneo del motor al ralentí llegó con suavidad hasta ellos. Fuera, el viento comenzaba a soplar fuerte y los árboles que recorrían el alto muro de piedra que rodeaba la finca balancearon sus ramas como si estuvieran saludando a alguien desde lejos. Algunas gotas de agua cayeron sobre el parabrisas y James accionó las escobillas.

—Sabes que si no hubiera sido imprescindible la habría aplazado —dijo. La voz de falsete con la que Robin Gibb, el solista de los Bee Gees, acaparaba las emisoras de radio desde que se estrenara "Fiebre del sábado noche" fue extinguiéndose en los altavoces del coche sustituida por la de Casey Kasem, el famoso locutor del *American Top 40*.

Anne frunció los labios. Sí, lo sabía. Su marido no habría anulado el viaje a Inglaterra para pasar la Navidad si no hubiera sido estrictamente necesario. Aun así, no podía evitar sentirse, como él mismo había dicho, defraudada. 1978 agonizaba y hacía meses que no veía a sus padres. En lugar de disfrutar de aquellos últimos días del año con la familia, tendría que desempeñar el papel de digna esposa de diplomático en una reunión navideña en la mansión de Alexander y Rebeca Carnegie, junto a un nutrido grupo de personas con las que no le apetecía estar.

—El *Foreign Office* está muy interesado en que el bufete de abogados de Julian Snyder se establezca en los Estados Unidos y esta reunión con Martin Wolch es una oportunidad única para ponerlos en contacto de manera confidencial.

La puerta de hierro se estremeció al alcanzar el tope y James se adentró en el camino asfaltado que discurría a través de una pradera. El césped era espeso y parecía atendido con la misma meticulosidad que la del *green* de un campo de golf que aspirara a albergar el Abierto de Estados Unidos.

—¿Qué es lo que pretende sir William, montar un nido de espías en Nueva York a través de Julian?

—No hables así del ministro. No es...

—¿Diplomático?

—Lo has definido con perfecta exactitud, querida, tal y como suele hacer tu deslenguada habilidad para la oratoria.

—Y sincera. —Anne tiró de la pernera del pantalón y la ahuecó, antes de cruzar las piernas—. Deslenguada y sincera habilidad para la oratoria.

—¿Llamas sinceridad a la insolencia?

—En efecto, llamo espontánea naturalidad a la franqueza. Lo has definido con perfecta exactitud, querido, tal y como suele hacer tu sutil capacidad para la farsa.

—Me encanta cuando asimilas mi profesión a la representación de un sainete.

—Lo sé. Por eso lo hago.

Ella lo vio sonreír de reojo.

—Ese fino humor fue lo que me enamoró de ti, pero sir William no debe saberlo. Cree que me casé contigo por tu belleza y elegancia que, *strictu sensu*, es la única exigencia que se requiere a la esposa de un miembro del cuerpo diplomático de Su Majestad.

—Adoro tu sinceridad diplomática.

—Lo sé. Por eso la utilizo.

James frenó. Una cierva había saltado de entre la arboleda enmarañada que recorría el camino por su lado derecho y lo cruzó con refinada distinción, alejándose con su peculiar trote gracioso hasta un bosquecillo cercano.

—Esbelto y grácil ejemplar —dijo Anne cuando el animal se perdió de

nuevo entre las ramas—. Podrías haberte casado con ella.

—Y habría sido una acertada decisión si tú no hubieras aparecido antes.

—¡Lo estás arreglando!

—Tú empezaste.

—Porque estoy enfadada.

James levantó una ceja y dejó caer la mano sobre la palanca de cambios, sin llegar a meter la primera marcha.

—Creí que estabas defraudada —dijo.

—Y yo creí que dominabas el idioma de tu propia profesión.

—Vale —Echó el freno de mano y se giró hacia ella—, hagamos las paces antes de entrar ahí —dijo señalando la mansión de estilo colonial que aparecía ante ellos. La puerta de entrada se abría a unas escalinatas de mármol ante las que se extendía una extensa pradera, recorrida por el camino asfaltado en el que se encontraban y que unía la casa con la verja de entrada, ahora ya oculta por el bosquecillo que acababan de atravesar—. ¿Te portarás bien?

Anne cerró los ojos un instante y encogió los hombros.

—Sabes que lo haré. Tienes una mujer exquisita y educada que se conduce como la leal esposa de un perfecto diplomático.

—Una mujer que también es entrometida, rebelde y obstinada.

—¿Me quieres, James?

—Me enamoraron tus virtudes, querida. No podría no amarte.

—Eres extraño.

—¿Porque me gustan tus excentricidades?

—Si pretendes componer una ecuación en la que la suma de entrometimiento, rebeldía y obstinación equivalga a excentricidad vas mal encaminado matemáticamente.

—Pero no diplomáticamente.

—Yo también te quiero —Anne extendió el brazo y posó la mano sobre el muslo de su marido.

—Lo sé —dijo él.

—Aunque cualquiera que te oyera hablar de mí pensaría que estás a punto de pedir el divorcio.

—Cualquiera que se tome la molestia de observar cómo te miro sabrá lo que es el amor.

James condujo los últimos metros y detuvo el coche ante la escalinata de la mansión Carnegie. Ambos se miraron, mientras el mayordomo se aproximaba.

—Confío en que también lo sabría si observara cómo te miro yo —dijo Anne.

—Estoy seguro de que sí. —James se inclinó hacia ella y la besó en los labios—. ¿Preparada?

Anne levantó las cejas y entrecerró los ojos con un gesto de resignación.

—Siempre lo estoy —dijo, cuando el mayordomo abrió la portezuela.

2

Ralph Turner golpeó la bola blanca con el taco cuando el motor de un coche se apagó fuera.

—¡No! —exclamó. La bola rodó por el paño y pasó junto a otra sin rozarla.

—Eres una pesadilla jugando al billar, Ralph —rio Peter Carnegie, de pie junto a la mesa.

—Ha sido ese motor. Me ha desconcentrado.

—Ya. Buena excusa.

—No lo es. Una excusa, quiero decir. —El joven Ralph se aflojó el pañuelo que llevaba anudado al cuello—. Estaba a punto de ganarte. ¿Quién demonios es?

Peter Carnegie echó un vistazo a través del ventanal del salón.

—La razón por la que me has hecho invitarte —dijo bajando la voz para que Madeline Lodge, que estaba sentada junto a la chimenea leyendo el periódico, no le oyese.

Ralph Turner dejó el taco sobre la mesa de billar y se volvió hacia su amigo.

—¿La señora Starling? —preguntó.

—Y su marido.

—¡Vaya, tenía que venir con él!

—¿Es que esperabas que no lo hiciera?

—Claro que no —Ralph miró al jardín, por encima del hombro de Peter

—. Me pregunto qué verá en él.

—¿Además de ser guapo, tener prestancia y un cargo importante en el consulado británico de Nueva York?

—Sí, además de eso.

Peter Carnegie se giró y colocó una mano en el hombro de Ralph.

—La pregunta es qué podría ver en ti —dijo.

—No seas desagradable.

—Y tú no seas iluso.

Una doncella entró en el salón con una bandeja de emparedados y algunas bebidas. La posó sobre la mesa de centro y después colocó un platillo en la repisa de la chimenea.

—¿Se les ofrece algo más? —preguntó antes de retirarse.

—No, gracias, Linda —contestó Peter—. ¿Le apetece tomar algo, señora Lodge?

Madeline Lodge levantó la vista del periódico y miró al joven.

—Si es tan amable, ¿podría servirme una taza de té?

—Claro. ¿Y tú, Ralph?

—Uno de esos bocadillos de queso francés me vendrá bien, pero ya me sirvo yo.

Ralph Turner se acercó a la mesa y echó mano de uno de los sandwiches.

—Delicioso —dijo. Extendió el brazo y cogió otro.

Peter se inclinó para acercar la bandeja a la señora Lodge y Ralph olfateó a su alrededor, como un sabueso que ha encontrado una pista.

—¿Qué haces?

El joven Turner acercó la nariz al cuello de su amigo.

—¿A qué hueles?

Peter Carnegie se llevó el cuello de la camisa a la nariz.

—A nada. ¿Por qué?

—Hueles a vainilla.

—¿Vainilla? ¡No soy yo! Es eso. —Señaló el platillo que la doncella había colocado sobre la repisa de la chimenea—. Hace poco que pintaron el salón y mamá ha puesto una cucharadita de esencia de vainilla para que absorba el olor de la pintura.

—Dirás un cucharón.

—No seas exagerado. ¿No cree usted que lo es, señora Lodge?

Madeline Lodge pestañeó tras las gafas.

—No sabría decirle —contestó.

—Oh, vamos, señora Lodge —dijo Ralph—, no me diga que no lo huele.

—¿No huele qué? —Bella Collingwood entró en el salón seguida de su doncella asiática, Chi Pham. Llevaba el cabello recogido en un elegante moño que la hacía parecer más alta de lo que ya era de por sí.

«La noble bostoniana», pensó Ralph al verla caminar envarada como una duquesa. El brillo de los pendientes que llevaba le deslumbró cuando la luz de la lámpara se reflejó en ellos. «Diamantes tallados con una delicadeza exquisita y traídos directamente desde Sudáfrica», Ralph apenas pudo ahogar un silbido cuando calculó su valor. La anciana se sentó junto a la señora Lodge y Ralph se sintió muy pequeño al lado de aquella mujer cuya familia poseía uno de los mayores bancos del país.

—Buenas tardes, señora Collingwood —saludó Peter—. Hablábamos de...

Bella levantó el rostro y olfateó, tal y como había hecho Ralph un momento antes.

—Vainilla —dijo.

—En efecto.

—¿Ves? —dijo Ralph.

—No he dicho que no oliera —se defendió Peter—. Sólo he apuntado que exagerabas.

—¿Han pintado recientemente? —Bella Collingwood tomó la taza de té que le tendió su doncella.

—Sí —contestó Peter.

La anciana asintió con una leve inclinación de cabeza, se llevó la taza a los labios y bebió, todo ello con un movimiento armónico que denotó la elegancia de sus maneras. Susy, su perrita de color canela, se hizo una rosca a sus pies y Bella Collingwood le acarició la cabeza.

—La esencia de vainilla atenúa el olor de la pintura —dijo—. Es un viejo truco casero, pero quizá tu madre se ha excedido con la cantidad. —Se pasó el dedo índice por la nariz discretamente—. El señor Turner tiene razón, joven Carnegie. ¿No está de acuerdo, señora Lodge?

Madeline Lodge meneó la cabeza.

—Estoy resfriada —dijo.

—Entonces es natural que no lo note.

Fuera se oyeron unas voces que reían.

—¡Vaya! —Peter se había acercado de nuevo al ventanal y miraba al exterior, a través de los cristales que comenzaban a empañarse—, Jayden Hall y Christina Rawson vuelven de su paseo.

—Se acabó la paz. —Bella Collingwood cerró los ojos y dio otro sorbo a la taza de té—. ¿Por qué tienen que ser tan ruidosos? Haga el favor de comprobar si se dirigen hacia aquí, por favor, señor Turner. Si tengo que volver a escuchar la risa estridente de esa modelo creo que ya no habrá nada que me calme la jaqueca.

—Los entretendremos mientras se toma el té —dijo Peter, que tiró de la manga de Ralph y se lo llevó fuera.

—Gracias, joven. Chi, por favor, sírveme un poco más. Y también a la señora Lodge.

—No, gracias, señora Collingwood.

—¿Ha avanzado con las notas que estuvimos comentando el último día? —preguntó la anciana.

Madeline Lodge asintió.

—Sí, he terminado de mecanografiar el nuevo material y he pedido permiso al señor Carnegie para utilizar la biblioteca. La señora Carnegie me habló de una valiosa recopilación de artículos publicados en *The Washington Post* que podría ser interesante consultar, si le parece bien.

—Todo lo que ayude a mantener viva la memoria de mi hijo Richard me parece bien. Por cierto, se olvidó unos documentos en mi dormitorio cuando estuvo allí esta mañana.

—Pasaré luego a recogerlos. Ahora, si me disculpa, me retiraré a mi habitación y aprovecharé este rato antes de la cena para tomar notas y darle un empujón al trabajo.

Bella Collingwood asintió.

—Al final me dejan sola —dijo cuando Madeline Lodge salió del salón—. Por favor, Chi, acércame el periódico y llévate ese plato fuera de aquí. Rebeca no tiene idea de la medida.

Chi Pham asintió en silencio. Tomó el platillo con esencia de vainilla y lo

sacó del salón.

—Si no le molesta mi presencia, me gustaría acompañarla un rato —Luke Blumer entró antes de que la doncella de Bella Collingwood cerrara la puerta.

—¡Señor Blumer! Bienvenido sea. Claro que no me molesta. Todo lo contrario. Siéntese, por favor, y déjeme darle las gracias por el magnífico artículo que ha escrito sobre los oficiales muertos en Vietnam. En cada una de sus palabras se refleja el espíritu patriótico de aquellos muchachos.

—Es lo menos que podemos hacer en su memoria. Su hijo fue un héroe que dio la vida por nuestro país.

Bella asintió.

—Aunque..., no se ofenda —dijo la anciana—, pero he de reconocer que *The Gossiper* no es precisamente el tipo de publicación donde me gusta ver impreso el nombre de mi hijo.

Blumer torció el gesto.

—No tiene por qué disculparse, señora Collingwood. Lo entiendo perfectamente. Si me guarda el secreto, le diré que a mí tampoco me gusta trabajar para ellos. He luchado todos estos años por darle un tono más serio, al menos en lo que se refiere a mi sección, pero el editor jefe no está por la labor.

—Es una lástima que periodistas como usted desperdicien su talento en un libelo como éste.

Blumer asintió.

—Por eso me puse en contacto con su hijo —dijo.

Bella Collingwood ladeó la cabeza ligeramente y escrutó el rostro del periodista.

—¿Con Edward?

—Creo que el país necesita una reforma de los medios de comunicación. Todas esas manifestaciones en favor de la libertad... Están muy bien, claro, pero dentro de unos límites. Ya sabe...

—¿Y qué tiene que ver Edward con todo eso?

—El espíritu patriótico, precisamente. —El periodista se inclinó hacia adelante y sonrió—. Creo que gente como ustedes, los Collingwood, tienen el deber de defender nuestro modo de vida.

—Es el deber de todo norteamericano, señor Blumer.

—Pero, si me permite la pequeña inconveniencia, no todos tenemos la capacidad financiera que posee la banca Collingwood.

—¿A qué se refiere?

—Su hijo Edward tiene en sus manos la posibilidad de crear un imperio mediático al estilo de William Randolph Hearst.

Bella Collingwood arrugó el ceño.

—¿Ese promotor de la prensa amarilla? Y, además, era demócrata. Detesto a Hearst.

—No se trata de imitar el estilo ni las ideas políticas —dijo Blumer—. Todo lo contrario, el objetivo sería defender nuestro modo de vida. Hearst sólo serviría de inspiración para construir una red mediática efectiva que sea capaz de detener el avance de la propaganda comunista. Hace poco que le envié a su hijo Edward un exhaustivo análisis al respecto.

—Un imperio mediático... —Bella Collingwood pestañeó varias veces.

—Desde el que preservar nuestros valores y modo de vida. ¿No cree que la memoria de su hijo Richard lo merece? Imagine el premio Collingwood de periodismo superando al mismísimo Pulitzer.

Mason Bailey esbozó una sonrisa en el porche, donde estaba fumando un cigarrillo junto a Lauren Snyder.

—Bonita manera de utilizar a la madre para influenciar en el hijo —dijo.

La mujer de Julian Snyder no contestó. Las puertas entornadas unos centímetros tenían ese defecto: cualquiera podía oír lo que no debía.

3

—Encantador —dijo Anne, que giró sobre sí misma en el centro del dormitorio que les habían asignado mientras James colocaba las maletas encima de la cama— y las vistas... —Se acercó a la ventana y descorrió la cortina—, magníficas.

—¿Acaso esperabas algo diferente de los Carnegie?

—No, teniendo en cuenta cómo es su ático en Manhattan, pero sentía curiosidad por conocer la mansión de los Hamptons. Oh, mira qué adorable — Anne señaló la cómoda, sobre la que descansaba un delicioso centro navideño

elaborado con piñas, bolas decoradas y ramas de abeto—. Estoy segura de que lo ha confeccionado la propia Rebeca.

James lo miró de soslayo mientras sacaba su ropa y la colgaba en el armario.

—Es bastante probable. Tiene muy buen gusto.

—Y además me cae bien.

—Me alegra saber que hay algo positivo en esta visita.

Anne se quitó los zapatos y caminó hacia la cama sobre el suelo enmoquetado. Abrió su maleta y comenzó a vaciarla.

—Me hacía ilusión pasar la Navidad con mis padres —dijo—, eso es todo, James.

—Te prometo que en fin de año estaremos con ellos.

—Te tomo la palabra.

—¡Gracias! Es usted muy amable. —La voz de Rebeca Carnegie sonó en el pasillo y llegó hasta ellos a través de la puerta entreabierta del dormitorio.

—¡Nuestra anfitriona! —dijo Anne, que se puso los zapatos y salió al corredor—. Oh, Rebeca, querida.

—¡Anne! —Rebeca Carnegie era una mujer madura y exquisitamente elegante con la que Anne hacía buenas migas. Estaba en el pasillo, acompañada de una doncella, junto a un hombre de aspecto marcial que aguardó en silencio a que las dos mujeres se saludaran—. Discúlpame por no haber salido a recibirlos. He tenido una pequeña incidencia que solucionar. Permíteme que te presente a Martin Wolch.

El hombre inclinó la cabeza y le tendió la mano.

—Encantado.

—Lo mismo digo, señor Wolch.

—Martin ha tenido la amabilidad de acceder a un cambio de habitación —dijo Rebeca—. Oh, y aquí viene Madeline Lodge. Permíteme que os presente.

Una mujer entrada en la cincuentena, pelo canoso y gafas de pasta se acercaba a ellos desde la escalera. Rebeca hizo las presentaciones. Luego, miró a Martin Wolch y a la mujer de cara anodina, un rostro que podía ser el de cualquiera, pensó Anne, y les preguntó:

—Ustedes ya se conocen, ¿verdad?

—En efecto —dijo él—. Ahora, si me disculpan, volveré a mi cuarto para

empaquetar mis cosas y mudarme.

—Muchas gracias, Martin. No puede imaginar el enorme favor que me hace.

Martin Wolch asintió en silencio, se giró y caminó hacia su dormitorio, dos puertas más allá del de Anne y James. Rebeca se volvió hacia la doncella.

—Betty, por favor, ¿puedes intercambiar el centro navideño y el reloj de ambas habitaciones?

La muchacha asintió y se alejó, camino de uno de los dormitorios.

—Mason Bailey ha pedido un cambio de habitación —dijo Rebeca, meneando la cabeza—. Dice que el olor de las cocinas llega a su dormitorio y le molesta. Usted tiene la habitación contigua a la suya, señora Lodge, ¿también ha notado el olor?

—No, yo no, señora Carnegie.

—Debe de ser algo relacionado con los tubos de ventilación y, si es así, quizá tengamos que hacer obras. Es una lástima. Acabamos de pintar la casa.

Betty salió del cuarto que ocupaba Mason Bailey. En una bandeja llevaba un centro de navidad y un reloj parecidos a los que Anne había visto en su propio dormitorio, aunque las bolas de éste eran de color verdemar. Las tres mujeres la vieron cruzar el pasillo y llamar a la puerta de Martin Wolch.

—Yo también me retiro —dijo Madeline Lodge, que inclinó la cabeza a modo de saludo y se alejó por el corredor con el mismo paso cadencioso y callado con el que había llegado.

—Un hombre encantador —dijo la anfitriona, señalando con la mano la puerta del dormitorio de Wolch.

—James opina igual. Yo no lo conocía. —Anne se llevó la mano a la barbilla—. Tiene un aspecto marcial —dijo.

—Fue militar. —Rebeca tomó a Anne por el brazo y caminaron hacia el dormitorio de los Starling—, aunque ahora creo que se dedica a la abogacía. ¿Os gusta vuestro cuarto?

—Nos encanta, querida. Y ese precioso centro navideño... ¿Lo has hecho tú?

Rebeca asintió.

—Me ha llevado semanas, pero he conseguido que cada invitado tenga el suyo. Sé que la Navidad fuera de casa no es lo mismo, pero confío que estos

pequeños detalles la vuelvan más entrañable.

—Estoy segura de que todos lo apreciaremos. Ven, llamaré a James para que te salude.

CAPÍTULO 2

1

Los Carnegie habían reunido a todos en el salón para tomar un cóctel antes de la cena. Los invitados se habían agrupado en corrillos y conversaban animadamente. El fuego ardía en la chimenea y Peter Carnegie había puesto el tocadiscos, en el que sonaban villancicos que ambientaban la velada. Centros navideños similares a los que Rebeca había repartido por las habitaciones de los huéspedes también decoraban las mesas de centro de la estancia y el árbol de Navidad, adornado con el buen gusto del que hacía gala la anfitriona, ocupaba gran parte de un rincón.

—¡Precioso vestido! —Luke Blumer se acercó a la diseñadora, Avery Ward, con un vaso de whisky en una mano y un cigarrillo en la otra—, ¿lo ha diseñado usted?

—Siempre diseño mi ropa, Luke, pero estoy segura de que eso debe de saberlo un periodista de *The Gossiper*.

Blumer sonrió. Claro que lo sabía. Ninguna modista que se preciara vestiría ropa que no hubiera sido diseñada por ella misma. No hacerlo supondría dar una ventaja a la competencia que nadie en el mundo de la moda estaba dispuesto a conceder.

—¿Forma parte de su nueva colección? —preguntó el periodista.

—Oh, querido... —Avery Ward negó con el dedo índice delante de la nariz de Blumer—, no voy a darle ninguna información privilegiada.

—Vamos, Avery —Blumer entrecerró los ojos y frunció los labios, como si fuera un niño pequeño que quiere conseguir una galleta dando pena—, no sea tan estricta. ¿No va a concederme ni siquiera un pequeño avance?

—El resto de la prensa se enfadaría conmigo si lo hiciera.

—El resto de la prensa no está aquí. Y, además, sabe que seré discreto con respecto a la fuente.

—No insista, Luke. Pero le daré algo —dijo la modista. Blumer esbozó una sonrisa—. ¡Mason! Venga aquí, por favor.

Mason Bailey se aproximó a ellos.

—Luke quiere una exclusiva para su revista, pero yo no puedo dársela.

Quizá usted sí. He oído decir que el nuevo perfume que ha creado va a causar sensación.

Mason miró a Luke sin decir nada. Sacó la pitillera y encendió un cigarro.

—No sé si mi perfume será del interés de una revista como *The Gossiper* —dijo.

Blumer estiró los labios en un esbozo de sonrisa que no llegó a formarse. Estaba harto de aquellos *snobs* y estaba harto de *The Gossiper*. Miró a Bella Collingwod, que estaba acariciando a su perrita. Si su plan salía adelante, en un plazo que confiaba no fuera demasiado largo, gallos como aquéllos correrían a esconderse en el gallinero cada vez que él entrara en una habitación.

—Estoy segura de que sí. Toda publicidad es poca cuando un producto nuevo sale a la venta y, según tengo entendido —Avery Ward posó en el perfumista una mirada aviesa—, usted necesita mucha.

Mason Bailey no retiró la vista. «El gallo levanta la cresta frente a la gallina», pensó Blumer, pero el perfumista no dijo nada. Aspiró una calada de su cigarrillo y expulsó el humo, que se elevó como queriendo escapar.

—Y salgan a fumar fuera, por favor. —Avery Ward movió las manos delante del rostro, como intentando espantar la columna de humo que Bailey acababa de levantar entre ellos—. La atmósfera aquí está muy cargada. —Abrió la puerta que comunicaba el salón con el porche y los invitó a salir.

Mason Bailey y Luke Blumer obedecieron como niños a los que su institutriz echa una reprimenda.

—En el GCHQ todavía tiemblan cuando escuchan el nombre de Winslow Peck. —Julian Snyder apoyó el codo en la repisa de la chimenea y miró cómo Luke Blumer, que había estado hablando con Avery Ward, salía al porche en compañía de aquel perfumista de maneras afeminadas con el que apenas había cruzado un par de palabras—. No esperaba que un periodista fuera uno de los invitados a la cena de los Carnegie.

Martin Wolch se encogió de hombros.

—Ni yo —dijo—, pero Luke Blumer no es un analista de la NSA. Trabaja para una revista de cotilleos. No saquemos las cosas de quicio.

James, situado entre ambos, pensó en Blumer. Para él también había sido una sorpresa encontrarlo allí. Cuando preparó la reunión, junto a Alexander Carnegie, el periodista de *The Gossiper* no estaba en la lista de invitados. Había sido una incorporación de última hora, según le había explicado el anfitrión. Bella Collingwood le había pedido a su mujer, Rebeca, que lo invitara a la fiesta porque Blumer había publicado un artículo memorable, en palabras de la anciana, sobre los oficiales caídos en la guerra de Vietnam.

No parecía haber nada detrás de aquel Blumer que le asemejara a Perry Fellwock, el analista de la Agencia de Seguridad Nacional al que había hecho alusión la sutil referencia de Wolch y que en 1972, bajo el pseudónimo de Winslow Peck, había dado a conocer al mundo a través de la revista *Ramparts* el acuerdo entre la NSA para la que trabajaba y el USUKA, una alianza entre naciones de habla inglesa que pretendía extender una red de vigilancia a lo largo y ancho del globo.

—Fellwock puso en un brete al gobierno británico hace dos años —dijo Snyder—. Nuestro sistema de interceptación y descifrado de señales no resistiría otra acometida pública como ésta.

Snyder estaba en lo cierto, pensó James. En 1976, cuatro años después de su aparición en *Ramparts*, el soplón de la NSA repitió la jugada, esta vez para la revista *Time Out*, y el escándalo se avivó cuando reveló la existencia del GCHQ británico, uno de los tres servicios de inteligencia del Reino Unido en el que, tal y como había dicho Julian Snyder, todavía temblaban cuando oían el nombre de Perry Fellwock, alias Winslow Peck.

—He pedido un informe sobre él —dijo Wolch.

—¿Un informe sobre quién? —preguntó Lauren Snyder, que se había acercado hasta ellos.

—Negocios, querida —dijo su marido—. Aburridos negocios. ¿Te apetece un jerez?

Julian Snyder la tomó del brazo y se la llevó hasta el mueble bar. James los vio alejarse. Era una mujer muy bella. Miró a un lado y a otro en busca de Anne. Estaba hablando con Bella Collingwood y Rebeca Carnegie. Tendría que pedirle que le acompañara al pueblo al día siguiente. Él también había pedido un informe sobre Blumer, pero debía salir de la casa para telefonar. No quería que ningún oído curioso sorprendiera aquella conversación y un

paseo con su esposa era una excelente excusa.

Luke Blumer abrió la puerta del porche de sopetón y Peter Carnegie se detuvo ante él.

—Le buscaba, Luke —dijo el joven—. ¿Le apetecería jugar una partida de billar con Ralph y conmigo mientras hacemos tiempo para la cena?

—No, gracias. Detesto ese juego.

Peter asintió mientras el periodista se alejaba hacia Christina Rawson y Jayden Hall, que conversaban junto al árbol de Navidad. El joven se pasó un dedo entre el cuello y la camisa, y aflojó el nudo de la corbata. Hacía calor y se preguntó si su rostro estaría igual de congestionado que el de Luke Blumer. Sonrió a Madeline Lodge, que acababa de entrar en el salón.

—¿Tiene calor, Peter? —preguntó la mujer desde detrás de sus gafas de pasta.

—Un poco —contestó el joven, que estiró el brazo y agarró el pomo de la puerta que comunicaba el salón con el porche con la intención de abrirla unos centímetros, pero Mason Bailey se le adelantó desde fuera.

—Buenas noches, Peter. Señora Lodge. —El perfumista se pasó la mano por el cabello y lo alisó.

—Buenas noches, señor Bailey. ¿Se anima a una partida de billar antes de la cena?

Mason Bailey negó con la cabeza.

—Te lo agradezco, pero creo que iré a charlar un rato por ahí.

Peter Carnegie volvió a asentir y observó, junto a Madeline Lodge, cómo el perfumista se encaminaba directo hacia el grupo que formaban su madre y Bella Collingwood.

—¿Y a usted le apetecería? —El joven miró a la mujer con cara interrogativa. Ella sonrió y negó con la cabeza.

—A las primeras de cambio haría un siete en el tapete y estoy segura de que eso disgustaría a su padre —dijo—. Mejor me reuniré con el señor Bailey y las señoras.

Todos parecían derivar hacia el lugar donde se encontraba Anne Starling, así que desde el otro lado del salón, Ralph le hizo un gesto interrogativo a su

amigo, pero Peter negó en silencio. El perfumista parecía muy enfadado. No era momento de acercarse al grupo en el que se había integrado. Su amigo tendría que esperar a la cena para poder disfrutar de la compañía de la bella e interesante señora Starling.

Bella Collingwood sonrió a Mason cuando éste llegó junto a ellas.

—Oh, querido señor Bailey, Rebeca nos ha contado el secreto.

Mason Bailey miró a la anciana, sorprendido, y Anne supuso que no sabía de qué hablaba.

—Sobre su perfume —le aclaró—. Es un detalle precioso ponerle el nombre de nuestra anfitriona.

—Ah, eso. —Bailey levantó las cejas y se pasó el pañuelo por la frente—. Me pareció que el nombre de Rebeca representaba todo lo que quiero que mi perfume exprese —dijo.

—Y dicen que es magnífico —apuntó Anne—. ¿No podría dejarnos olerlo? Sólo a nosotras...

Mason dudó un instante, pero al fin se llevó la mano a la chaqueta y sacó un diminuto frasco de cristal que destapó con cuidado. Miró a un lado y a otro, como si dudara, pero en última instancia lo tendió y lo situó bajo la nariz de Bella Collingwood, que aspiró hondo. Con rapidez, deslizó el frasquito por debajo de la nariz de las otras mujeres. Anne apenas tuvo oportunidad de olerlo y Madeline Lodge ni siquiera hizo el intento, cuando el bote pasó rápido ante ella.

—Delicioso —dijo Bella—, absolutamente delicioso.

Mason sonrió.

—Si me permite el atrevimiento, señora Collingwood —El perfumista tapó el frasco y volvió a introducirlo en el bolsillo de la chaqueta—, me gustaría que el próximo llevara su nombre.

La anciana abrió los ojos desmesuradamente.

—¿Lo dice en serio, señor Bailey?

—Sería todo un honor.

—Oh —Bella Collingwood se sonrojó—. El honor sería mío, sin duda. Sobre todo si se trata de una fragancia tan exquisita como la que acaba de

mostrarnos.

—Si pudiera usted concederme una entrevista... Conocerla me ayudaría a encontrar el tipo de esencia que podría llevar su nombre.

—Por supuesto. Estoy a su disposición. —Bella Collingwood estaba encantada con la propuesta.

—¿Le parece bien si nos reunimos mañana, después del desayuno?

—Me parece muy bien.

Bailey sonrió.

—Ahora, si me disculpan —dijo—, Peter acaba de invitarme a una partida de billar y creo —miró por encima del hombro de Anne hacia la mesa en la que se encontraban el hijo de los Carnegie y Ralph Turner— que aún llevo a tiempo.

—Esto tengo que contárselo a Avery Ward. —Bella Collingwood sonrió—. Es un regalo tan inesperado... Oh, por cierto, ¿ha recogido los documentos que dejó olvidados en mi cuarto, señora Lodge?

—Aún no.

—Luego se los daré. Ha tardado en unirse a nosotros. No quisiera que el trabajo no le permitiera disfrutar de la fiesta.

—Quería terminar de reunir la información sobre el destino de su hijo Richard en Filipinas.

Bella agitó la mano, sonriente. Se sentía impaciente por ir a contarle a Avery Ward que el próximo perfume de Mason Bailey llevaría su nombre.

—Bueno, ahora olvide el trabajo y disfrute —dijo.

Madeline Lodge asintió en silencio.

—Voy a servirme otro ponche —dijo, y se alejó hacia la mesa en la que un camarero servía las bebidas.

Anne y Rebeca Carnegie la vieron rellenar su taza y luego caminar hacia el trío que formaban Luke, Jayden y Christina junto al árbol de Navidad.

—¿Mason también se entrevistó contigo para conocer la esencia que podría representar tu nombre? —preguntó Anne.

—No —Rebeca negó con la cabeza—, pero supongo que el nombre de Bella requiere un estudio más profundo de los efluvios que sugiere el apellido Collingwood.

Las dos mujeres rieron.

El comedor de la mansión Carnegie había sido diseñado para albergar cenas concurridas como la que había reunido en Nochebuena a dieciséis personas a su alrededor. La presidían Alexander y Rebeca. A la izquierda del anfitrión se sentaba Bella Collingwood, todo lo alejada posible de Christina Rawson, y a su derecha Avery Ward, una leyenda de la alta costura neoyorquina. Frente a su marido, en el extremo opuesto, Rebeca alternaba la conversación con James Starling, sentado a su derecha, y Julian Snyder, a su izquierda. Entre marido y mujer, a lo largo de la mesa, se disponían los catorce invitados, siete a cada lado.

—Confío en que no eche de menos a su marido —Ralph se inclinó ligeramente a su derecha y bajó la voz para que sólo Anne pudiera escucharlo—, les han sentado muy lejos.

—Creo que podré soportarlo —Anne se limpió los labios con la servilleta y levantó la copa de vino ante los ojos de Ralph—. Me pregunto si él también.

—Bueno, está bien acompañado. Rebeca Carnegie a un lado y Lauren Snyder al otro. ¿Se ha dado cuenta de lo bella que es?

Anne desvió la mirada un instante y observó a la mujer. Ralph estaba en lo cierto: de cuerpo esbelto y cercano a lo exquisito, ojos azules y cabello rubio-rojizo, exhibía una belleza muy particular. Quizá un tanto exuberante, pero dentro de los límites de distinción que imponía el matrimonio con alguien como Julian Snyder, de quien se rumoreaba que no tardaría en ser nombrado sir por la Reina. Anne dio un sorbo a la copa y la imagen de la mujer se difuminó a través del vidrio. Se preguntó si aquella preciosidad eslava desempeñaría un buen papel como lady Lauren Snyder. Se volvió hacia Ralph.

—Acabo de hacerlo —dijo—, gracias a usted.

—Espero que mi comentario no le haya molestado.

—En absoluto. Es una mujer muy hermosa.

—Si me permite la apreciación, señora Starling, usted no le anda a la zaga.

—¿Entonces cree que puedo estar tranquila?

Ralph se sonrojó.

—No pretendía hacerle pensar que su marido..., que la señora Snyder...

—¿De veras?

—Lo siento —el joven Turner se disculpó—. Creo que he sido muy torpe.

—No lo haga. Me gustaría que se sintiera tan afortunado como cree que mi marido es en este momento.

—Oh, por supuesto. Usted es...

Ralph Turner dejó la frase colgando y Anne movió el tenedor, en un gesto de ánimo para que continuara.

—No se sea tímido, Ralph. Dígalo. Me halagará.

—Exquisita, señora Starling. Es usted exquisita.

Ella sonrió.

—Gracias. Acaba de arreglar el desaguado que formó hace un instante.

—¿Lo dice de verdad?

—Por completo. Me alegra que nos hayan sentado juntos.

El joven Turner se sonrojó cuando descubrió en los ojos de Anne que ella sospechaba el apremio con que había incitado a Peter para que su madre los sentara uno al lado del otro.

—Querida —Avery Ward, que ocupaba la silla entre Alexander Carnegie y Ralph, asomó el rostro por delante de éste y habló a Anne—, tenemos que encontrar un momento para conversar. Hay algo que quiero proponerle —dijo.

—¿No puede avanzarme de qué se trata?

Avery Ward negó con la cabeza.

—Prefiero aguardar a un momento en que estemos a solas. No se ofenda, joven —miró a Ralph como una madre condescendiente—, pero es un asunto femenino en el que los hombres no pintan nada.

—Los hombres como yo, quiere decir —puntualizó Ralph.

Avery Ward posó los ojos en los del joven Turner, como si quisiera traspasarlos y leer lo que el cerebro de aquel torpe jovencuelo estaba pensando.

—¡Por favor, Ralph! —Anne movió ligeramente la cabeza de un lado a otro. Ralph Turner tenía todavía mucho que aprender sobre etiqueta y diplomacia. Quizá debería darle unas clases y enseñarle que una mención como aquella, por muy sutil que fuera, hacia la homosexualidad de Jayden Hall, el ayudante y mano derecha de Avery Ward, no era una buena forma de mantener una conversación civilizada. Desvió la mirada un instante por

encima del hombro y observó a Jayden, que estaba sentado a su derecha. Parecía no haber escuchado el comentario de Ralph.

—¡Discúlpenme! No quería molestarlas y, en cualquier caso, se trata de una opción muy respetable.

—No sea embustero, señor Turner —le reprendió Avery—. Ésa es una opinión que no siente. De todas formas, Jayden no es el único *hombre* que no es *hombre* como usted —ironizó la diseñadora—. Dentro del mundo de la moda es algo muy habitual. En esta mesa, sin ir más lejos, podría encontrar otro ejemplo de este tipo de *hombres*.

Anne evitó mirar a Mason Bailey, sentado al otro lado de la mesa, entre Madeline Lodge, a quien había ignorado durante toda la cena, y Martin Wolch, con quien estaba conversando en ese momento. Sonrió al pensar en la extraña pareja que hacían aquellos dos comensales: un exmilitar, de anchos hombros y prestancia aguerrida que se esforzaba por halagar a la bella Lauren Snyder, con quien compartía confidencias de vez en cuando, y el hombrecillo sentado a su lado que se esforzaba por llamar la atención del antiguo soldado.

—Se refiere a... —Ralph no acabó la frase.

—Sí —admitió Avery—, me refiero a Mason Bailey.

—Creí que era perfumista.

La modista asintió.

—Lo es, pero antes intentó triunfar en el mundo de la moda. No lo consiguió.

—Supongo que no todo el mundo tiene una mente creativa como la suya, señora Avery.

Anne dio un leve codazo a Ralph Turner en las costillas.

—No sea pelota —le susurró.

—¿Está intentando dorarme la píldora, señor Turner? —preguntó la diseñadora.

—Estoy intentando hacerme perdonar mis torpezas.

—Entonces su mejor opción es el silencio. —Avery Ward volvió a inclinarse hacia adelante y miró a Anne—. ¿Cree que mañana podremos encontrar un momento para hablar, querida?

—Por supuesto, señora Ward. Será un placer.

Anne tomó la copa de Ralph y se la puso en la mano.

—Beba un poco —dijo—. Le entonará el ánimo.

El joven Turner asintió y hundió los labios en el rojo líquido que bajó por la garganta sin que, en el fondo, le reconfortara.

Alexander Carnegie golpeó su copa con una cucharilla y el tintineo se extendió a lo largo de la mesa. Los invitados callaron y se volvieron hacia él.

—Amigos, quisiera hacer un brindis —dijo. Se puso en pie y levantó la copa—. Por Bella Collingwood, con cuya presencia tenemos la suerte de contar esta noche merced al homenaje que en memoria de su hijo, Richard Collingwood, y otros héroes caídos en Vietnam, se ha celebrado recientemente en Nueva York.

—Por Bella Collingwood —brindaron todos.

—Eres muy amable, Alexander —dijo Bella— y también lo es el detalle de haber mencionado a mi hijo, cuyo recuerdo tantos norteamericanos han enterrado bajo el olvido.

—No es el recuerdo de su hijo el que hemos enterrado —Christina Rawson se removió en su asiento y todos se volvieron hacia ella.

Bella Collingwood levantó una ceja y observó a la joven con un gesto de menosprecio lo suficientemente sutil como para que la ofensa no fuera obvia, pero no tanto que pasara desapercibida.

—Le aseguro que sí —dijo—, que lo hemos enterrado. La señora Lodge, que está realizando un magnífico trabajo de investigación junto a mi propio secretario, puede corroborarlo.

—Lo que demuestra que tengo razón: hay gente que trabaja para mantener vivo el recuerdo de personas como su hijo. Insisto en que no es su recuerdo el que hemos enterrado, sino el de una guerra que el pueblo nunca deseó.

—Comprendo que la alta política se le escape, señorita Rawson, pero fueron precisamente los intereses de ese pueblo ingrato la razón por la que Richard está muerto.

—¿Intereses? —La joven pestañeó—. ¿Puede decirme qué se nos había perdido en Vietnam?

Bella Collingwood levantó la barbilla y observó a la joven modelo como si la mirara desde un trono.

—Nuestra seguridad —contestó la anciana— y nuestro modo de vida. Sin

jóvenes que dieran su vida por defender nuestras raíces, el comunismo habría llegado ya hasta el mismísimo Long Island.

—¡Exagera!

—No lo crea. —Julian Snyder habló con suavidad y Christina se volvió hacia él—. Es usted muy joven y quizá no es consciente de la amenaza que supone el comunismo para occidente.

—¿Por qué creen que la juventud es irresponsable, señor Snyder? Podría esperarlo de la señora Collingwood, ¿pero de usted? —La modelo fijó la vista en Lauren, tan sólo unos años mayor que ella, y el británico recogió el guante.

—Lauren lo ha vivido de cerca —dijo—. Con quince años tuvo que abandonar su patria, empujada por los tanques del Pacto de Varsovia. Ése fue el castigo que se ganó el *socialismo con rostro humano* que propugnaba Dubček: la invasión de Checoslovaquia, en pleno corazón de Europa. Como verá, los soviéticos no se andan con medias tintas. Leónidas Brézhnev lo tenía muy claro cuando promovió la doctrina a la que llamó con su propio apellido: el uso de la fuerza es una opción aceptable para mantener leales a los países satélites de Moscú.

—¿Y por eso tenemos que comportarnos igual? —protestó Christina.

¡Tin! La cucharilla de Alexander Carnegie volvió a golpear la copa de vino.

—Quizá debería proponer otro brindis —dijo—. ¿Qué tal por una feliz Navidad!

—¡Por una feliz Navidad! —repitió James Starling.

—Para todos. —El murmullo de Anne se perdió entre las voces del resto, que respondía al brindis, excepto para Ralph Turner, que se inclinó hacia ella.

—¡Qué escena tan desagradable! —dijo.

—Mucho —admitió Anne.

CAPÍTULO 3

1

Miró a través de la ventana. Fuera, las nubes amenazaban con una nueva tormenta de nieve. Dejó caer la cortina y la habitación se oscureció. A su espalda, la cama estaba vacía. James hacía rato que la había abandonado y, vista la amenaza de esas nubes plomizas, no era probable que hubiera salido a dar un paseo. Se dio la vuelta y observó la habitación. Ahora debería estar en su antiguo cuarto, en la casa de sus padres, en Inglaterra, oliendo el aroma a pan tostado y a café recién hecho que su madre estaría preparando en la cocina. En cambio, se encontraba en un suntuoso dormitorio de una mansión norteamericana y, a excepción de algunos de los invitados, rodeada de extraños.

Echó un nuevo vistazo a la cama, deshecha. Probablemente James estaría reunido con algunos de ellos. «¡Wolch!». Evocó la figura del exmilitar, atractivo y único entre aquellas paredes en las que se reunían diseñadoras, perfumistas y abogados. «Oh, James», pensó, «¿por qué nuestra vida es tan monótona?». Meneó la cabeza como si quisiera espantar aquella pérfida idea. Amaba a su marido, de eso estaba totalmente segura, pero jamás imaginó que ser su mujer fuera a convertirse en algo tan tedioso. Se frotó el puente de la nariz con los dedos y dejó escapar el aire lentamente. Tarde o temprano habría de bajar y sentarse a la misma mesa en la que aquel grupo heterogéneo debía de estar ya desayunando. Sólo tenía que aguantar aquella situación veinticuatro horas más. Mañana estarían en Nueva York y, si James hacía honor a su palabra, un par de días después tomarían un avión que les llevaría de vuelta a Inglaterra.

Abrió la puerta del dormitorio y salió. La voz autoritaria de Alexander Carnegie le llegó desde el dormitorio que ocupaba Mason Bailey:

—¡William, llévase a Betty a la cocina y que le den algo caliente! Luego vuelva aquí. Tiene que quedarse de guardia ante la puerta mientras yo llamo a la policía.

¿Policía? Anne se detuvo. ¿Por qué había que llamar a la policía? William, el mayordomo, salió de la habitación del perfumista sosteniendo a Betty, la

joven doncella que había ayudado a servir la cena la noche anterior. ¿Por qué ella se apoyaba en el brazo del hombre maduro que dirigía el servicio de la mansión Carnegie y por qué lloraba sin resuello?

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—Nada, señora. Puede bajar al comedor. El desayuno está servido.

Anne asintió y murmuró un gracias apenas audible, pero no se movió. Ron, el gato de los Carnegie, se enroscó a sus pies en busca de una caricia y Anne lo cogió en brazos. Aguardó a que William y Betty desaparecieran al final del pasillo, por la escalera de servicio, y entonces se acercó a la habitación de Mason Bailey. Desde la puerta vio que Alexander se encontraba de pie, inmóvil en mitad del dormitorio, y que con una mano se agarraba fuertemente el mentón. Tenía la mirada fija en algo que ella no podía ver desde allí. Dio unos pasos y se adentró hasta que encontró el objeto que el anfitrión observaba con tanto interés.

Mason Bailey estaba tumbado boca arriba en la cama. Anne levantó las cejas. «El cadáver de Mason Bailey», se corrigió. El lecho estaba abierto y las mantas apartadas hacia un lado, como si el perfumista se hubiera levantado con prisa. El cuerpo sin vida del hombre parecía sugerir esa suposición: estaba en pijama, descalzo y su postura dibujaba la hipótesis de que se había desplomado sobre el colchón, como si las piernas le hubieran fallado de repente. ¿Un ataque al corazón? Era una posibilidad. Quizá eso explicaba su rostro cianótico. Anne bajó la vista y reparó en la pechera del pijama. Estaba manchada con..., ¿qué?, ¿la propia saliva de Mason? ¿Acaso uno espumeaba cuando sufría un ataque cardíaco?

—¡Anne! —Alexander Carnegie se colocó entre ella y el cadáver—, ¿qué haces aquí?

Ella se inclinó hacia un lado y volvió a mirar al desgraciado perfumista.

—¡Está muerto! —dijo.

—Sí, por favor, sal de aquí y baja al comedor. Tómate una taza de té, pero te agradecería que no dijeras nada. Hay algunas cosas que me gustaría comprobar antes de contarle a los invitados este terrible incidente.

—¿Como que Mason Bailey ha sido asesinado?

—Por Dios, no digas eso.

Anne dejó a Ron en el suelo y se acercó al cadáver.

—Es lo que parece.

—No sabemos lo que parece. Por favor, baja y tómate una taza de té.

—Odio el té —dijo sin ningún tipo de inflexión en la voz mientras escaneaba con la vista la escena.

—Insisto en que bajes, Anne.

—Y yo insisto en quedarme. —Fue girando sobre sí misma. No parecía haber nada fuera de lugar, aunque quién podría saberlo. Las cortinas estaban descorridas, pero la ventana estaba cerrada por dentro. En la mesilla de noche había una agenda y una pluma Mont-Blanc. Se le vino a la mente lo que decía el teniente Colombo, el protagonista de una serie policíaca que había emitido la NBC desde principios de esa década a la que ella era aficionada: «¿Qué falta, qué sobra y qué está cambiado de sitio?».

—¿Qué ocurre?

Bella Collingwood, seguida de Chi Pham, se asomó a la puerta. A sus pies, Susy comenzó a emitir un aullido bajo y monótono.

—No ocurre nada, Bella. Un pequeño accidente —Alexander caminó hacia ella y cubrió con su cuerpo parte de la entrada—. Podéis bajar al comedor. El desayuno ya se ha servido.

Madeline Lodge apareció por detrás con cara de sueño, como si se hubiera despertado hacía sólo unos minutos. Luke Blumer asomó el rostro por encima del hombro de la mujer.

—¿Pasa algo? —preguntó.

—Nada, nada. —Alexander agitó los brazos, como las aspas de un molino de viento empujado por la brisa, pero el periodista se coló entre ellos seguido de Madeline Lodge.

—¡Dios mío! —La mujer se llevó la mano a la boca y mordió el puño. Los dientes destacaron entre los labios rojos que se habían abierto para dejar espacio a la parte del dedo índice y el nudillo que mordían—. ¿Está muerto?

—¿Quién está muerto? —Bella Collingwood hizo intención de entrar, pero Alexander Carnegie le cortó el paso.

—Asesinado —sentenció Blumer desde dentro. El anfitrión se volvió hacia el periodista, que se había llevado la mano al bolsillo de la chaqueta y del que había sacado un cuaderno de notas cuyas hojas recorría con la punta de un lápiz con rapidez inusitada.

—¿Qué hace? —Dio un paso hacia Blumer, pero trastabilló y no pudo alcanzar el cuaderno—. ¡Qué demonios!

Susy, la perrita de Bella Collingwood, había dejado de gemir cuando vio a Ron en la habitación y se lanzó dentro de ella en busca del gato. De un salto, Ron se puso a salvo de los colmillos de Susy en lo alto de la cómoda.

—¿Qué hace ese maldito gato aquí? —Alexander Carnegie estiró la mano y Ron esquivó el golpe con la agilidad de un felino. El centro navideño que Rebeca Carnegie había preparado para Mason Bailey salió despedido y las bolas rodaron por el suelo—. ¡Fuera! —gritó. La cólera le había enrojecido la piel del rostro y el cuello—. Y usted —dijo, volviéndose hacia el periodista—, deje de tomar notas.

—Vamos, fuera, fuera. Vete, Ron. —susurró Anne y el suave murmullo tuvo el efecto que la amenaza de Alexander Carnegie no había logrado. Ron se escabulló por la puerta mientras Chi Phan se hacía cargo de Susy, tomaba a la señora Collingwood por el brazo y se la llevaba hacia la escalera. Anne se agachó junto a Madeline Lodge, que tenía en las manos la cesta que el gato había tirado y la ayudó a recoger las bolas, las piñas y las ramas de abeto que habían quedado esparcidas por la moqueta de la habitación.

—Por favor, márchense. Esto no es agradable de ver. ¡Y usted! —Alexander Carnegie se volvió hacia Blumer—, ¿no me ha oído? Deje de tomar notas y váyase de aquí.

—Es un asesinato, señor Carnegie, y el público tiene derecho a saberlo.

—Tome —murmuró Anne, en cuclillas junto a Madeline, mientras le pasaba una bola de Navidad para que la devolviera a la cesta. Las dos mujeres permanecieron agachadas, observando en silencio la riña entre los hombres.

—No sabemos si es un asesinato y, aunque lo fuera, está usted en mi casa y nadie de ahí fuera tiene derecho a saber lo que pasa aquí dentro. ¡Váyanse todos! ¡Fuera!

Alexander Carnegie se había puesto colorado como una cereza. Anne se levantó y se acercó a él. Le puso una mano en el brazo y su voz se escuchó como el susurro de una madre que calma a su bebé.

—Tranquilízate, Alexander. Ya nos vamos. Por favor, señora Lodge...

—Sí —La mujer asintió con un par de vehementes golpes de cabeza,

devolvió el centro a la cómoda y obedeció sin rechistar.

—¿Señor Blumer?

El periodista miró a Anne.

—Está bien —dijo—, pero me reservo el derecho a ejercer mi profesión como mejor me parezca. Aunque sea uno de sus invitados —Desafió a Alexander Carnegie con la mirada— y pese a quien le pese.

2

La inspectora, Nicole Reed, entró en el dormitorio. Era amplio, las cortinas estaban descorridas y la luz de la fría mañana penetraba desde el exterior. El centro lo ocupaba una enorme cama con dosel de madera. A ambos lados había dos mesillas sobre las que reposaban sendas lámparas. En la de la izquierda, además, descansaba una libreta de piel, una pluma estilográfica y unas gafas.

La parte superior del cuerpo de Mason Bailey reposaba sobre la cama, pero las piernas caían fuera del colchón hasta alcanzar con los pies desnudos la moqueta que cubría el suelo del dormitorio. Tenía los brazos extendidos hacia abajo y una de las manos cerrada en torno a la manta, como si hubiera querido agarrarse a algo mientras moría. Los ojos abiertos y fijos en el techo narraban el horror por el que había pasado aquel hombre en sus últimos momentos, una angustia que también se dibujaba en el rictus que dejaba al descubierto los dientes por los que se había escapado una cascada de saliva que le manchaba la pechera del pijama y había salpicado hasta la almohada.

Alexander Carnegie aguardó en silencio un paso por detrás de la inspectora. Él ya había visto todo aquello, aunque probablemente no con los mismos ojos con que los estaba mirando la mujer. En cualquier caso, le seguía pareciendo una escena repugnante. Detrás de él escuchó el movimiento de los dos hombres que habían llegado con Nicole Reed, uno vestido de calle y el otro, de uniforme, con los galones de sargento en la bocamanga.

—Además de nosotros —preguntó la inspectora—, ¿quién más ha entrado aquí?

El dueño de la casa hizo un gesto contrariado.

—Más gente de la que debería —admitió—. Lo siento.

—Quiero que me haga una lista.

Carnegie asintió mientras la mujer se acercaba a la ventana y comprobaba los cierres. También él lo había hecho. Estaban atrancados. Apartó las cortinas, que caían pesadas a cada lado del ventanal, y miró detrás. El dueño de la casa se preguntó qué esperaba encontrar allí. Luego se volvió hacia ellos y estudió la habitación desde el otro lado. Su mirada se detuvo en la alta cómoda de madera decapada que ocupaba parte de la pared opuesta a la cama y sobre la que lucía uno de los espléndidos centros navideños que Rebeca había confeccionado con tanta ilusión. Nicole Reed lo observó y Carnegie meneó la cabeza. Frente al cadáver de Mason Bailey, cuyo rostro contorsionado en aquella mueca horrible les miraba desde la cama, el adorno parecía fuera de lugar, como una burla a la muerte del perfumista.

—¿Qué opináis? —La mujer se volvió hacia los dos policías que la acompañaban.

—Parece un envenenamiento —dijo el sargento Andrew Morgan.

—¿Archy? —preguntó ella.

El aludido se encogió de hombros.

—Puede —dijo—, ¿pero de qué tipo?

—¿Alimentario? —sugirió Morgan.

Nicole Reed se aproximó al cadáver y lo observó de cerca. «¿De qué otro tipo podía ser?», se preguntó Carnegie.

—Doy por hecho que anoche todos cenaron lo mismo —dijo la inspectora. Carnegie asintió.

—¿Y después de cenar tomaron alguna copa?

—Sí, estuvimos en el salón y todos bebimos, aunque los licores fueron diferentes.

—¿Sabe si el señor Bailey comió algo más después de las copas?

Carnegie expulsó aliviado el aire que llevaba conteniendo en los pulmones desde que había vuelto a entrar en aquella maldita habitación. Sí, lo sabía. Después de poner orden, tras el descubrimiento del cadáver, había reunido al servicio y le había hecho aquella pregunta.

—No —contestó—, no tomó nada.

—Bien, señor Carnegie, el equipo forense viene hacia aquí. Intentaremos ser discretos, pero le pido que nos ayude a tranquilizar a sus invitados. ¿Todos

se alojan en esta planta?

—Casi todos, sí.

—No podrán subir a sus habitaciones hasta que hayamos echado un vistazo por aquí —dijo la inspectora señalando alrededor de forma imprecisa. Carnegie se preguntó si «aquí» apuntaba al dormitorio de Mason, a toda la planta o incluía toda la casa—. Necesitaré esa lista con las personas que han entrado en la habitación y también una con el nombre de todos los que están en la casa. El sargento Morgan lo acompañará.

Carnegie asintió. Se dio la vuelta y salió seguido del policía. No se oía un alma. Había reunido a todos los invitados en el salón y el servicio estaba en la cocina. Se dirigió hacia su despacho e invitó al sargento a que se sentara mientras él confeccionaba las dos listas que la inspectora le había pedido. Cogió una hoja de papel y comenzó a escribir. ¡Quién iba a pensar que algo así ocurriría en su casa, en su fiesta, y en Navidad!

3

—¿Quieres calmarte? —James agarró a su mujer por el brazo y la detuvo.

—Estoy tranquila —dijo ella.

—Deja de pasear por aquí como si esto fuera Piccadilly. Estás poniendo nerviosa a la gente.

—Ha venido la policía.

—Lo sé.

—¿Por qué no me has dejado salir? —Anne dio un paso hacia delante, pero James la retuvo por el brazo.

—Esto no es asunto tuyo. Deja que ellos se ocupen de Bailey.

—Sólo quería echar un vistazo.

James tiró de su mujer hacia él y la sujetó por la cara para obligarla a mirarle.

—Prométeme que te mantendrás al margen.

Ella no contestó.

—Prométemelo —insistió él.

—¡Oh, por Dios! —Avery Ward se levantó del sillón en el que estaba sentada junto al fuego y extendió las manos de forma dramática—. ¡Por qué

todo este lío por una simple intoxicación! —exclamó.

—Querida —Rebeca también se levantó y se acercó hasta ella—, Mason Bailey está muerto. No ha sido una simple intoxicación.

—Es trágico, lo sé, ¿pero por qué la policía? —La modista fijó la mirada en los ojos de la anfitriona—. Nos hacen sentir como si fuéramos unos asesinos. —Desvió la vista y recorrió a los invitados, uno por uno. Ninguno de ellos dijo nada—. ¿Ustedes también lo piensan?

—Supongo que es el protocolo, señora Ward —dijo Peter Carnegie.

—¿Protocolo?

—Mi hijo tiene razón, Avery. La policía tiene sus normas.

—De todas formas —Luke Blumer sacó la pitillera del bolsillo de la chaqueta y encendió un cigarrillo—, siempre lo hacen todo demasiado ceremonioso. Estoy de acuerdo con la señora Ward: aunque el resultado sea trágico, no se trata más que de una desgraciada intoxicación alimentaria. Probablemente Mason tenía algún problema de salud.

—El hígado —dijo Bella Collingwood—, siempre es el hígado. Mi tía abuela Josephine murió de una apoplejía hepática repentina. Se trata de una muerte que se aproxima sin llamar la atención y actúa cuando menos se la espera.

—Estaría bien saber si su tía abuela Josephine murió con ese gesto horrible que se dibujaba en el rostro de Mason Bailey —susurró Anne.

—¡Chist! —dijo James.

—Siéntate, Avery, por favor. —Rebeca condujo a la modista de vuelta a su sillón—. Estoy segura de que todo se aclarará pronto. ¿Os apetece un té? Puedo pedir que nos lo preparen.

—No, gracias, señora Carnegie —Martin Wolch se acercó hasta ella y le tendió el brazo—. Siéntese usted también y descanse. Tal vez deberíamos jugar a algo para entretener el tiempo. ¿No les parece?

—Es una extraordinaria sugerencia —Ralph miró a Peter—. ¿Te apetece una partida de billar? —preguntó.

—¡Buena idea! Me uniré a ustedes —Julian Snyder se acercó a los jóvenes.

—¿Y las damas? —Wolch se volvió hacia Rebeca.

—Hay juegos de mesa en aquel arcón —dijo la anfitriona.

—¿Les apetecerían unas damas chinas? —preguntó Christina Rawson.
Bella Collingwood resopló.

—Yo prefiero jugar a solitarios. Mire a ver si encuentra una baraja, por favor, señor Wolch.

—¿Y tú, Avery, querida? —preguntó Rebeca.

La modista movió la cabeza de un lado a otro.

—No —dijo, y rebuscó en el bolsillo de su falda—. Creo que prefiero trabajar en los diseños de la próxima temporada Otoño-Invierno. —Sacó un cuadernito de notas y un lápiz, y se puso a dibujar.

—¿Se encuentra bien, señora Lodge? —Rebeca se acercó a la mujer y la tomó por el brazo. El gesto de dolor en su cara era patente.

—Me duele la cabeza. Creo que subiré un momento a mi habitación para tomar una aspirina. ¿Cree que le importará a la policía?

Rebeca negó con la cabeza.

—No creo —dijo—. Están en el dormitorio de Mason.

—Yo la acompañaré —Lauren Snyder se acercó a Madeline y sonrió a aquel rostro tenso por el dolor—, olvidé el paquete de cigarrillos en la mía.

Madeline asintió en silencio y siguió a la esclava. Rebeca se volvió hacia los invitados. Jayden Hall había cogido un periódico atrasado y se había sentado cerca del ventanal para leer. Martin Wolch caminaba hacia la esquina en la que los Starling aún permanecían juntos, de pie.

—Esto no estaba en el programa —dijo cuando llegó junto a ellos.

James se encogió de hombros.

—Siempre hay imprevistos.

—¿Eso es lo que llaman flema británica?

—Yo lo calificaría de simple resignación. ¿Quieres jugar a algo, Anne?

—No, —Anne Starling recorrió la habitación con la vista—, prefiero pensar —dijo. Se sentó en una butaca, frente a la puerta del salón, y concentró en ella toda su atención.

—¿Y bien? —Nicole Reed preguntó desde el lado de la cama opuesto al que ocupaba el forense cuando el sargento Morgan volvió al dormitorio de

Mason Bailey.

—Aquí está la lista de invitados y la de las personas que estuvieron en la habitación —dijo Morgan—. He hecho una copia para mí.

Nicole cogió las hojas de papel que le tendía y echó un vistazo. El policía de paisano que había llegado con ella y con el sargento se acercó y miró por encima del hombro de la mujer.

—¿Qué te parece, Archy?

—Curioso —contestó—. Mira —Extendió las manos y le mostró la libreta de cuero que había cogido de la mesilla de Bailey—. Son los mismos nombres.

Nicole los comparó. En el cuaderno de la víctima estaban anotados, uno a uno, los invitados de los Carnegie.

—¿Por qué? —se preguntó la inspectora en voz alta.

—Quizá no conocía a todos y confeccionó la lista para recordar los nombres —sugirió el sargento.

Nicole asintió.

—Tal vez, pero tendremos que averiguarlo. Vuelva a la comisaría, Morgan, e investigue la lista. Quiero saber quién es quién en esta calamitosa fiesta navideña.

Nicole volvió junto al forense mientras el sargento se dirigía hacia la puerta de habitación. Arthur Crawford lo observó hasta que salió. Cuando devolvió la atención a la libreta, el dedo índice de la mano derecha señalaba un renglón de la lista que Mason Bailey había escrito: *Señor y señora Starling*. Crawford sonrió. «La próxima vez ha llegado», se dijo, y no pudo evitar cerrar los ojos durante un instante.

Lauren Snyder se acercó a la puerta del dormitorio de Madeline Lodge con la cajetilla de cigarros en la mano. Escuchó a través de la madera, pero no oyó nada. Verdaderamente, la mujer tenía mala cara. La llamó.

—¿Señora Lodge?

No hubo respuesta. Lauren golpeó suavemente la puerta con los nudillos, pero tampoco esta vez hubo respuesta. Asió el picaporte y lo bajó.

—¿Señora Lodge?

No había nadie dentro. Lauren pestañeó. Apenas había tardado un minuto en recoger el paquete de cigarrillos. Madeline Lodge no había tenido tiempo de bajar. Oyó un suspiro al fondo del dormitorio y se adentró hasta alcanzar la puerta del aseo entreabierta y por la que se colaba un rayo de luz. Lauren Snyder la empujó con la yema de los dedos.

—¿Se encuentra bien, señora Lodge?

Madeline Lodge levantó la barbilla y miró a Lauren, sobrecogida. Estaba sentada en la tapa del inodoro, una goma rodeaba su brazo izquierdo por encima del codo y una jeringa estaba prendida de la vena.

—¡Oh, lo siento! —Lauren Snyder se giró para salir del baño.

—Es mi medicación —dijo Madeline.

La esclava echó la vista atrás un momento y asintió en silencio antes de salir.

CAPÍTULO 4

1

Cuando Madeline Lodge volvió al salón, Lauren Snyder se había sentado junto a Jayden Hall que le había prestado la mitad del periódico del día anterior.

—Señora Lodge —Christina Rawson llamó su atención desde el fondo de la sala—, estaba esperándola. Nadie quiere jugar conmigo a las damas chinas. ¿Se anima?

La mujer asintió con la cabeza y se sentó a una mesa de juego, frente a la modelo. Lauren Snyder la observó desde detrás del periódico. El gesto de dolor había desaparecido de su rostro. Fuera la que fuera la sustancia que corría por las venas de Madeline Lodge, había surtido efecto.

El silencio se extendió por el salón, apenas roto de vez en cuando por los susurros de los invitados, inmersos en sus juegos. El choque de la bola blanca contra la bola número diez fue lo último que se oyó cuando cuando Nicole Reed abrió la puerta del salón. Dieciséis pares de ojos se volvieron hacia ella. Era menuda, llevaba el pelo recogido en una coleta e iba armada de un cuaderno y un lápiz. Dio un paso y entró seguida de un hombre alto, de pelo castaño y barba rubicunda de dos días.

—Buenos días. Soy la inspectora Reed, de la policía de los Hamptons, y él es el inspector Crawford, de la policía de Nueva York.

Nadie contestó.

—Nos gustaría hablar con ustedes y hacerles algunas preguntas. Luego, si lo desean, podrán retirarse a descansar un rato. Señor Carnegie, ¿dónde podríamos hablar con sus invitados?

Alexander Carnegie se levantó.

—En mi despacho, si le parece bien, inspectora.

—Será perfecto.

—Le indicaré el camino.

Nicole Reed se giró y siguió al anfitrión. Detrás de ella, Arthur Crawford permaneció en pie unos segundos, con la vista fija en una mujer sentada en una butaca, frente a la puerta del salón. Ella sonrió. Él también lo hizo.

Bella Collingwood aceptó con parsimonia el asiento que le ofrecía Arthur. Nicole Reed la observó desde el otro lado del escritorio, en el despacho de Alexander Carnegie. «Se toma su tiempo», pensó. «Está acostumbrada a que el mundo gire a su ritmo». Cuando hubo adoptado la postura regia que uno podía esperar de ella, levantó la barbilla y miró a la policía.

—Siento tener que importunarla, señora Collingwood —dijo Nicole—, pero necesitamos aclarar este asunto y su testimonio puede ayudarnos.

—No veo cómo. —La anciana apoyó la mano derecha en el bastón y Nicole asimiló la postura a la de Luis XIV sentado en su trono—. No tenía el placer de conocer al señor Bailey y ayer apenas crucé unas palabras con él.

—¿No lo conocía?

—Acabo de decírselo.

Nicole asintió. La anciana tenía razón. No había empezado el interrogatorio de forma muy inteligente.

—¿Puede contarnos el contenido de su conversación?

—No. —Arthur y Nicole cruzaron una mirada. La mujer no parecía dispuesta a colaborar—. No puedo porque no lo recuerdo. Fueron simple banalidades que intercambian dos personas que acaban de conocerse.

—Entiendo. ¿Observó algo extraño en la cena?

—Observé muchas cosas extrañas en la cena. Las he observado desde que llegué a esta casa, de hecho —Bella Collingwood extendió el brazo y el bastón formó un ángulo agudo con su cuerpo. Nicole volvió a ver la figura de Luis XIV—, aprecio a Rebeca Carnegie, pero no puedo dejar de admitir ciertos reparos respecto de algunos de los invitados que ha reunido en esta ocasión.

—¿Como por ejemplo?

—Esa Christina Rawson.

Crawford echó un vistazo al listado de nombres que Mason Bailey había escrito en su cuaderno. El de Christina estaba tachado con una gruesa línea que casi había traspasado el papel. Al parecer, no sólo caía mal a Bella Collingwood.

—¿No le gusta? —preguntó Nicole.

—Desde luego que no. Es ingrata, indigna y desleal.

La inspectora tomó una breve nota en su cuaderno.

—Veo que tiene claro su opinión acerca de ella.

—Puede añadir que también la desprecio. Desconsuela pensar que mi hijo Richard murió por gente como ella.

—¿Su hijo conocía a Christina Rawson? —Nicole enarcó las cejas y dejó el lápiz suspendido sobre el cuaderno de notas.

—¡Oh, Jesús!, ¿cómo puede pensar eso? Claro que no. Richard jamás habría tenido trato con mujeres como ella. Mi hijo murió en Vietnam.

—Y Christina Rawson abomina de la guerra —auguró Arthur.

Bella Collingwood asintió y tiró del bastón hacia ella. La mano abarcó la empuñadura por completo y la piel de los nudillos se tensó.

—No tuvo ningún reparo en darnos su opinión al respecto anoche, durante la cena —dijo—. Afortunadamente, Julian Snyder supo ponerla en su sitio. Su mujer tuvo que huir del régimen soviético, ¿saben?

—¿La señora Snyder?

—Sí, pero la señorita Rawson no parece ser consciente de la amenaza que el comunismo supone para nuestro modo de vida.

—Entiendo —dijo Nicole—. ¿El señor Bailey participó en la conversación sobre la guerra? —preguntó.

—No. Estaba demasiado ocupado en flirtear con el señor Wolch.

Arthur volvió a mirar el listado de Bailey.

—¿Mason Bailey y Martin Wolch estuvieron...? —se detuvo sin llegar a acabar la pregunta.

—No me ha entendido, inspector. El señor Bailey estuvo intentando coquetear con señor Wolch, pero éste no mostró ningún interés por su cortejo. Le apetecía mucho más la señora Snyder.

—¿Quiere decir que el señor Bailey era...?

—Homosexual, sí —dijo Bella—. Supongo que la indiferencia de Martin Wolch debió de resultarle decepcionante.

—¿Lo conoce?

—¿Al señor Wolch?

Arthur asintió.

—No —contestó Bella—. Aparte de a los Carnegie, hasta ayer sólo conocía a Avery Ward y levemente a Ralph Turner, un joven encantador, aunque torpe, que bebe los vientos por la mujer del diplomático.

—¿Quién? —Nicole apartó la vista del cuaderno de notas y miró a la anciana.

—La señora Starling.

—¿Otro flirteo? —preguntó.

Arthur observó en silencio a Bella Collingwood, que meneó la cabeza.

—¡Pobre muchacho! —dijo—. Ha elegido una pieza demasiado grande para él.

—No, no lo conocía hasta ayer. —Martin Wolch se había sentado en la misma butaca que había ocupado la señora Collingwood y, al igual que ella, mantenía la espalda firme y la barbilla levantada. Aunque, por supuesto, el porte era masculino, pensó Nicole. Un aspecto demasiado castrense que no podía camuflar.

—¿Es usted militar? —preguntó la inspectora.

—Lo fui. Ahora ejerzo como abogado.

—¿Del señor Carnegie?

—No, aunque no le diría que no si se me ofreciera como cliente.

Nicole asintió. Alexander Carnegie poseía una de las mayores fortunas del país.

—Anoche, durante la cena, estuvo sentado junto a Mason Bailey.

—En efecto.

—¿Tuvo oportunidad de cruzar algunas palabras con él?

—Unas pocas.

—¿Y?

—¿Y, qué, inspectora?

—¿Qué le pareció?

—¿Además de homosexual?

—Sí —dijo Nicole, fría—, además de eso.

—Me dijeron que era perfumista, pero no podría asegurárselo. No conversamos lo suficiente para que pudiera averiguarlo.

—¿Fue su compañero de mesa y no tuvo oportunidad de conversar con él, señor Wolch?

—Sí, la tuve, pero no la aproveché. —El exmilitar fijó la mirada en la inspectora, que no apartó la suya. Jamás lo hacía ante una burla.

—¿No le caía bien? —Crawford se apoyó en el alféizar de la ventana, detrás de Nicole, y dio unos golpecitos en la pernera de su pantalón con la libreta de Bailey.

Martin Wolch se encogió de hombros.

—Eso tampoco quise averiguarlo.

—De modo que ignoró a su compañero durante toda la cena —dijo Nicole.

—No tanto como hubiera deseado. Anoche Mason Bailey fue una mosca pesada revoloteando alrededor de mi plato. Es todo lo que les puedo contar.

—Y si hubiera algo más, no lo haría —apuntó Nicole cuando el exmilitar abandonó el despacho—. Ha sabido zafarse bien. Debe de ser buen abogado.

—¿Deformación profesional o hay algo que no quiere contarnos? —dijo Crawford.

—Quién sabe...

3

Avery Ward guardó su cuaderno de dibujo en el bolsillo y se levantó del sillón en el que había estado sentada todo ese tiempo. Los invitados habían vuelto a sus juegos, que sólo interrumpían cuando un agente abría la puerta del salón y llamaba a uno de ellos.

—Jayden, por favor —dijo. Señaló un escabel cercano y luego dirigió la mirada hacia Anne Starling—. ¿Puedo hablar con usted un momento, Anne? —Avery Ward se sentó en el reposapiés que Jayden había acercado hasta el lugar en el que la joven estaba sentada.

—Claro. —Anne penetró en los ojos de la modista, intentando encontrar en ellos la preocupación dramática con que les había sorprendido un rato antes—. ¿Se encuentra bien?

—No demasiado, pero supongo que igual que los demás. Estaba pensando... —Se interrumpió y echó un rápido vistazo a un lado y otro, como

si temiera que sorprendieran sus palabras—. Bueno, querida, quizá no le parezca muy apropiado en estos momentos, ¿pero recuerda lo que le dije anoche?

—¿Lo de la propuesta?

Avery Ward asintió.

—Sí, lo recuerdo.

—¿Tendría inconveniente en hablar ahora?

Anne negó con la cabeza. No, no lo tenía. Llevaba todo aquel tiempo sentada en la butaca, observando la puerta del salón y preguntándose cuándo la llamarían, pero sobre todo qué demonios hacía Arthur Crawford allí.

—Me parece tan buen momento como cualquier otro —dijo.

—He pensado... Bueno, querida, tiene usted un cuerpo magnífico y una elegancia natural que no se aprende en ninguna escuela y... —La diseñadora esbozó una leve sonrisa y se sonrojó ligeramente. Anne creyó entrever que estaba nerviosa, pero quién no lo estaba en aquella casa esa mañana. Aguardó a que Avery Ward tomara aire y continuara— ...y, bueno —repitió—, he pensado que quizá... ¿Sería usted tan amable de hacer un pase con mi colección de Primavera-Verano?

Anne abrió los ojos y los fijó en los de la modista.

—¿Se refiere a...?

—Sería un pase privado, por supuesto —se apresuró a aclarar la mujer—. Sólo unas cuantas damas muy bien elegidas.

—Pero, Avery, yo no soy modelo.

—Lo sé, lo sé, pero es la mujer perfecta para mi colección.

Anne no contestó. Juntó las manos y las escondió una dentro de la otra. ¿De verdad estaba oyendo lo que acababa de proponerle aquella mujer?

—¿Qué me dice, Anne?

—No sé, me ha sorprendido usted.

—No me dé una respuesta ahora si no quiere, pero dígame que al menos lo pensará.

Anne levantó la vista y de nuevo la fijó en la modista. ¡Estaba hablando en serio!

—Lo pensaré, Avery —dijo cuando el agente abrió de nuevo la puerta del salón y llamó a Lauren Snyder.

—Julian y Lauren Snyder no conocían a Bailey. James Starling y Ralph Turner, tampoco. —Nicole Reed arrojó el lápiz sobre la mesa del despacho con dejadez—. ¿Es que nadie lo conocía en esta fiesta?

—Ya sabes... —dijo Arthur.

—¿Hacemos una apuesta?

—¿Sobre quién miente y quién no?

La inspectora asintió.

—Como en los viejos tiempos —dijo.

Crawford ojeó la libreta de Mason Bailey, que seguía teniendo abierta por la página en la que el perfumista había escrito la lista con el nombre de los invitados.

—¿Por quién seguimos?

—¿Aún no quieres que llamemos a la señora Starling? —preguntó Nicole.

—No, déjala para el final.

—No has querido contarme de qué la conoces.

—De un pequeño caso.

Nicole miró a Crawford y entrecerró los ojos.

—¿Debemos considerar a los diplomáticos posibles asesinos? —dijo.

—¡Qué va! Todo lo contrario.

—Vale —Nicole se encogió de hombros—, te doy cancha, pero tendrás que contármelo tarde o temprano. ¿Te parece que sigamos con Luke Blumer?

Crawford extendió el brazo y giró el trozo de papel en el que Alexander Carnegie había escrito la lista con los nombres de los invitados.

—El periodista —dijo.

—Veamos si nos informa de algo más que simples cotilleos. ¡Robins! —Nicole elevó la voz y el agente de uniforme que estaba a la puerta asomó la cara—. Llame a Luke Blumer, por favor.

—Sí, claro que lo conocía —Blumer encendió un cigarrillo y expulsó el humo hacia arriba—. ¿Cómo no voy a conocerlo? Trabajo para *The Gossiper*.

Nicole miró a Crawford de reojo. Por fin alguien admitía conocer al

muerto.

—¿Eran amigos? —preguntó.

—En absoluto.

—¿Se llevaban mal?

Blumer pestañeó.

—No he querido decir eso —puntualizó—. Sólo nos conocíamos de vista. Bailey era un interesante pececillo que se movía por un mundo en el que *The Gossiper* tiene interés.

—¿El de la moda?

—Sí. Tonteo con ella durante un tiempo, aunque no triunfó. Por eso se dedicó a los perfumes.

—¿Y eso interesa a *The Gossiper*?

—No mucho.

—¿Entonces?

—Nos interesa más todo lo que se cuece alrededor y, bueno, ya saben que Bailey era homosexual.

—¿Y usted lo perseguía por eso, señor Blumer?

—Yo no persigo a nadie, inspector Crawford, pero admito que tener esa tendencia y al mismo tiempo ser padre es una paradoja que puede resultar muy provechosa si se sabe darle el enfoque adecuado.

—¿Mason Bailey tiene familia? —preguntó Nicole.

—Mason Bailey era un hombre muy jugoso, inspectora, y le puedo asegurar que daba mucho juego a revistas como *The Gossiper*.

—Entiendo. —Nicole balanceó el lápiz entre los dedos—. No me malinterprete, señor Blumer, ¿pero qué hace un periodista de cotilleos en la fiesta de Navidad de los Carnegie?

Blumer encendió otro cigarrillo y sonrió.

—¿No doy el perfil? —preguntó.

—Sinceramente, no —dijo Nicole.

—Bueno..., no sólo publicamos chismorreos. En *The Gossiper* también sabemos ser patriotas y he tenido la fortuna de cubrir para la revista el homenaje que se ha celebrado en Nueva York en memoria de los militares caídos en Vietnam.

—Entre los que se encontraba Richard Collingwood —dijo Crawford.

—Lo van pillando.

—¿Bella Collingwood soportando ver el nombre de su hijo en una revista de cotilleos? Me cuesta creerlo. —Nicole Reed cruzó las manos sobre el escritorio.

—Tuve cuidado de darle un aire serio y ceremonial.

—Ya veo. Así que se ha servido de la anciana aristócrata para que los Carnegie le invitaran.

—Puede expresarlo así, si lo desea.

—¿Por qué razón deseaba asistir a esta fiesta?

—¿Me guardarán el secreto?

—Señor Blumer —Nicole se inclinó hacia delante y acortó la distancia que los separaba—, esto es una investigación por...

—¿Asesinato?

—Aún no lo sabemos, pero ha habido una muerte. No juegue a ser el niño travieso de la panda. Conteste.

—Avery Ward —dijo el periodista—. Queremos ser los primeros en llevar a la portada información sobre su próxima colección Primavera-Verano.

—¿Qué hizo anoche, después de la cena?

—Me reuní con el resto de invitados en el salón y tomé un par de copas.

—¿Estuvo allí todo el tiempo?

—No. Jayden, Christina y yo salimos fuera un rato a fumar y tomar el aire.

—¿El aire helado del invierno, señor Blumer?

—Sí. La atmósfera dentro estaba muy caldeada.

—¿Cuándo fue la última vez que vio a Mason Bailey?

Blumer se encogió de hombros.

—No lo recuerdo exactamente —dijo—. Cuando me retiré, Bailey ya no estaba por allí.

—Suenas a que ha dicho la verdad —dijo Nicole cuando Blumer se hubo marchado.

—Es bastante probable que lo haya hecho. Pero me pregunto qué significa esta raya sobre su nombre en la lista que Mason Bailey escribió en su libreta.

Nicole estiró el cuello y echó un vistazo al cuaderno de la víctima que

Crawford sostenía ante ella. Tres eran los nombres que estaban así.

—Christina Rawson, Jayden Hall y Luke Blumer —leyó—. ¿Por qué Mason Bailey tachó sus nombres?

Nicole y Arthur Crawford se miraron en silencio. Aquella era una incógnita que tendrían que desvelar.

—¿Vamos con Peter Carnegie? —preguntó Nicole.

Crawford asintió.

—Aunque no creo que ese joven tenga mucho que contarnos —dijo.

5

—¿Le apetece un poco más de té, señora Lodge?

Madeline sostuvo en el aire la carta que había sacado del taco y miró la tetera que Jayden Hall agarraba por el asa.

—Se habrá quedado frío.

Jayden tanteó con la mano y asintió.

—Sí —dijo.

—Entonces no, gracias.

El ayudante de Avery Ward volvió a colocar la tetera sobre la bandeja y se sentó junto a Madeline Lodge.

—Esta espera se está haciendo interminable —se quejó.

La mujer colocó un cinco de picas sobre el cuatro y volvió a coger otro naipe del taco

—Y ella lo está llevando fatal —dijo, señalando a Christina Rawson con el mentón.

Jayden la observó. Hacía rato que había dejado de jugar a las damas chinas con la propia señora Lodge y se había sentado en un escabel, junto a la chimenea. Tenía las piernas encogidas y las rodeaba con los brazos sin que éstos pudieran evitar un movimiento espasmódico del que, obviamente, no era consciente.

—¿Te encuentras bien, Christina? —preguntó Jayden.

La joven levantó la vista y lo miró. Asintió con la cabeza, sin llegar a hablar, y volvió a fijar la mirada en el fuego de la chimenea.

—Supongo que es demasiado joven para entender que los accidentes

ocurren —dijo el ayudante de Avery Ward.

—¿Cree que ha sido un accidente? —preguntó Madeline.

—¿Qué otra cosa podría ser? Algo debió de sentarle mal. ¿Usted no?
Madeline Lodge se encogió de hombros.

—No lo sé —admitió—, pero ayer, antes de la cena, me pareció muy enfadado.

Jayden levantó las cejas y el gesto afeminado que solía recorrerle el rostro cuando se sentía descolocado le cruzó de un lado a otro.

—¿Habló con él? —preguntó.

—No. Pasó junto a mí como si le llevaran los demonios.

Jayden mojó los labios en la taza de té, pero no bebió.

—¿Conocía usted a Mason?

La mujer negó con la cabeza.

—No —dijo—, ni siquiera había oído hablar de él.

Jayden Hall asintió. Avery le había contado que Madeline Lodge era la secretaria de la Asociación de familiares de los oficiales fallecidos en Vietnam. No pertenecía al mundo del que él, Avery y el propio Mason procedían.

—¿Usted sí? —preguntó la mujer.

—No demasiado. —Jayden desvió la mirada y la llevó hasta el ventanal del salón. Estaba empezando a nevar.

—¿Qué creen que nos preguntarán? —dijo Christina Rawson, que se había vuelto hacia ellos.

—Seguro que nada importante —contestó Jayden—. Tranquilízate, Christina.

—Ese tío ha muerto y la policía cree que uno de nosotros lo ha asesinado, no puedo estar tranquila.

—Como dijo Peter hace un rato, es el protocolo. No le des más vueltas.

Christina volvió a abrazarse las piernas y fijó la vista de nuevo en el fuego.

—Si no ha hecho nada, no tiene nada que temer, querida —dijo Madeline Lodge—. Simplemente cuénteles la verdad.

—Recapitulemos. —Nicole Reed abrió su cuaderno de notas y ojeó las páginas—. Nadie conocía a Mason Bailey excepto Luke Blumer, Jayden Hall y Avery Ward.

—Y la anfitriona —añadió Crawford.

Nicole asintió. Rebeca Carnegie les había contado que, aunque hacía tiempo que no se veían, conocía a Mason Bailey desde la época en la que él intentó triunfar en el mundo de la moda. Hacía unas semanas, la había telefonado para contarle que pensaba llamar Rebeca a su próximo perfume. Por supuesto, aquello la había halagado. Aun así, no le habría invitado a la cena de Navidad si él no hubiera hecho cierta mención al respecto. La señora Carnegie había reconocido que, en cierto modo, se vio obligada a incluirlo en la lista.

—Parece que Mason Bailey tenía interés en asistir a esta fiesta —dijo Crawford cuando Rebeca se marchó.

—¿Crees que lo de llamar Rebeca a su nuevo perfume fue una forma sutil de forzar a los Carnegie para que lo invitaran?

—Tiene toda la pinta. La señora Carnegie lo ha dejado caer.

—¿Por qué? —preguntó.

Crawford pasó el dedo por la lista de personas que el propio Mason Bailey había escrito en su libreta.

—¿O por quién? —dijo.

Nicole se echó hacia atrás en el sillón de Alexander Carnegie y se pasó la mano por los ojos.

—De todas formas —dijo—, me inclino por dejar a Rebeca fuera de nuestras sospechas, en todo caso debería haberse sentido agradecida por la idea de Bailey, aunque supongo que ahora lamentará profundamente haberse dejado llevar por su vanidad. —Nicole miró el cuaderno—. Su hijo Peter, su marido y el joven Turner también podrían descolgarse de la lista.

—Y los Snyder, Madeline Lodge y Martin Wolch. Ninguno de ellos está relacionados con la moda.

—Tampoco lo está Bella Collingwood ni tus amigos, los Starling... —Nicole hizo una pausa—. Aún no hemos hablado con ella —dijo.

Crawford asintió. No iba a contarle la relación que le unía con Anne

Starling. No de momento, al menos. El hecho de haber insistido en dejarla para el final respondía a una sola razón: si alguien podía darle información provechosa sobre la cena de la noche anterior era ella y había llegado el momento. Ya no quedaba nadie en el salón.

Anne y Nicole se observaron en silencio.

—Sentimos haberle hecho esperar tanto, señora Staling.

—Estoy segura de que hay alguna buena razón para ello —miró de soslayo a Crawford.

No era tonta. Eso seguro, pensó la inspectora. Archy tendría que darle alguna explicación, quisiera o no, pero se las pediría después. Ahora debía centrarse en el interrogatorio y prestar atención a cada uno de los movimientos de aquella mujer que, lo admitía, era demasiado bonita para no reconocerlo.

—La hemos dejado para el final porque primero queríamos hacernos una idea general de la situación —dijo Crawford.

—¿Y poder compararla con mi testimonio? —Los ojos de Anne Starling se posaron tranquilos en los del policía, de una forma familiar que no le pasó desapercibida a Nicole.

—De todos los que han pasado por aquí esta mañana, usted es la única en la que confío, aparte de su marido, por supuesto.

—Bonita forma de llamarme su soplona, inspector.

—Sabe que no se trata de eso.

—¿No? —La mujer del diplomático inclinó la cabeza hacia un lado y un mechón de pelo rojizo le cayó sobre la mejilla. Más que bonita, condenadamente bella, pensó Nicole.

—Apelo a su capacidad de observación y a sus habilidades deductivas.

—Muy halagador. ¿Qué quieren saber?

Nicole se inclinó hacia adelante y apoyó los brazos sobre el escritorio de Alexander Carnegie.

—Todo lo que pueda contarnos —dijo.

Anne Starling asintió. Cruzó las piernas y posó las manos sobre las rodillas.

—La cena fue mortalmente aburrida —dijo—. En la cabecera que ocupaba

Rebeca Carnegie se habló, sobre todo, de política y economía. En la de su marido, de moda. Lauren Snyder alternó conversación con Martin Wolch y con James. Su marido, Julian, soportó a Christina lo mejor que pudo. Alexander Carnegie atendió a Bella Collingwood en todo momento, asistida por su hijo, Peter. Jayden Hall y Luke Blumer recorrieron todos los mundos imaginables, cine, televisión, literatura..., y no dejaron títere con cabeza. Hicieron comentarios verdaderamente morbosos.

—Estoy segura de ello.

—Pero nada realmente importante..., salvo... Bueno, Jayden se fue de la lengua.

Nicole y Crawford fruncieron el ceño y Anne sonrió.

—No creo que tenga ninguna relevancia para la investigación, pero probablemente a Mason Bailey le habría molestado que un periodista se enterara de que pensaba poner el nombre de Bella Collingwood a su próximo perfume.

—¿Tenía esa intención?

—Lo anunció anoche, cuando estábamos tomando el cóctel antes de la cena, y le pidió una entrevista para hoy. Dijo que quería conocerla mejor para detectar..., ¿cómo lo expreso? Algo así como detectar la esencia que el nombre de Bella sugería. Se puso como un pavo.

—¿Mason Bailey?

Anne miró a Crawford.

—¡Claro que no! Bella Collingwood. Dijo que no podía esperar a contarle la noticia a Avery Ward.

—Entiendo —dijo Nicole—. De Avery Ward pasó a su ayudante y de éste, a Luke Blumer, un periodista de *The Gossiper*.

—Desgraciadamente para Mason Bailey, eso ya no tiene importancia.

—No, ya no la tiene. ¿Y usted? —preguntó Nicole.

—¿Yo? —Anne sonrió—. Pasé la mayor parte de la cena conversando con Avery Ward y Ralph.

Nicole aguardó un momento, pero Anne no añadió una palabra sobre el joven Turner. Quizá el galanteo al que, según Bella Collingwood, se había dedicado el muchacho no contara para ella como algo significativo o, tal vez, Anne Starling había preferido no mencionarlo delante de Crawford.

—¿Y Mason Bailey? —preguntó.

—Intentó coquetear con Martin Wolch e ignoró a Madeline Lodge.

—¿Nada llamativo, entonces?

Anne frunció los labios.

—Salvo la enojosa trifulca sobre la guerra de Vietnam, no —dijo—. Pero supongo que eso ya se lo habrá contado Bella Collingwood.

Nicole asintió. Además de bella, también era una mujer inteligente.

—Tenemos entendido que después de la cena todos ustedes se reunieron en el salón —dijo Crawford.

—Sí. Tomamos unas copas y charlamos en grupo hasta que poco a poco fuimos retirándonos.

—¿Podría asegurar que todo el mundo estuvo allí en todo momento?

—No —Anne movió la cabeza de un lado a otro—, no podría hacerlo, pero puedo decirles que Bella Collingwood y Madeline Lodge fueron las primeras en retirarse. Subí con ellas porque quería coger un chal. Bella invitó a Madeline a entrar en su cuarto para devolverle unos documentos y yo entré en el mío. No tardé mucho, pero estuve unos minutos fuera y no puedo contarles qué ocurrió abajo durante ese rato. Cuando bajaba de vuelta al salón, me crucé con Lauren Snyder y Avery Ward en la escalera, que también se retiraban. Un poco más tarde fue el señor Bailey quien se marchó e, inmediatamente después, Rebeca Carnegie y yo misma abandonamos la reunión.

—Su marido ha dicho que se retiró poco después de que usted lo hiciera —dijo Nicole.

—¿Y no le cree?

La inspectora se encogió de hombros.

—Sólo intento poner un poco de orden en el cuadro.

Anne asintió.

—Me dormí enseguida —dijo.

—¿No le oyó llegar?

—No.

Nicole bajó la vista y echó un vistazo a la lista de personas que, según había anotado Alexander Carnegie, estuvieron en el dormitorio de Mason Bailey aquella mañana, tras el descubrimiento del cadáver.

—¿Observó algo llamativo en el cuarto de la víctima esta mañana, señora Starling?

—¿Aparte de que Mason parecía estar muerto?

—Sí, aparte de eso.

Anne Starling volvió a fruncir los labios de aquella manera tan femenina y Nicole desvió un instante la mirada hacia Crawford. Estaba segura de que él también observaba aquellas dos llamativas líneas coloreadas con carmín.

—No —contestó mientras se frotaba los dedos de una mano que mostraba un color enrojecido con los de la otra—, nada que recuerde o que me llamara la atención. Lo siento, inspectora.

—Ha sido usted muy amable y muy precisa en el resumen que ha hecho de la cena —dijo consultando sus notas. Levantó la vista y las dos volvieron a observarse en silencio—. Si recuerda algo, por favor...

—Esté tranquila. Vendré corriendo a contárselo.

CAPÍTULO 5

1

—Rebeca me ha dicho que se servirá un bufé frío en el comedor dentro de... —James estiró el brazo y miró la hora en su reloj de pulsera— cuarenta minutos. ¿Qué ha ocurrido? ¿Te han llamado la última?

Anne asintió, se quitó los zapatos y se dejó caer en la cama.

—¿Tu amigo, el inspector Crawford, quería interrogarte a fondo?

—¿Qué hace un policía de Nueva York investigando un caso con la policía de los Hamptons? —Anne se incorporó y se apoyó sobre los codos.

—¿No te lo ha dicho?

—No, pero pienso averiguarlo.

—Me prometiste que no meterías la nariz, Anne.

—No llegué a hacerlo. Avery Ward y su interpretación melodramática me lo impidieron.

—Pues hazlo ahora.

—No, y menos si Crawford está aquí. Además —Anne volvió a recostarse sobre la almohada—, aún no sabemos si se trata de un asesinato o una intoxicación.

—Lo dices para esquivar la promesa. Sabes que alguien ha asesinado a Mason Bailey.

—Puede, ¿pero quién y por qué? Eso es lo que realmente quiero saber.

—¿Por qué siempre tienes que andar fisgando en la muerte de los demás?

—James se tumbó junto a ella.

—No fisgo.

—¿Investigas?

—La policía suele llamarlo así, sí.

—Ya. —James apoyó la nuca en las manos y miró el techo. La araña de cristal de Murano era absolutamente increíble—, pero después yo tendré que sacaros las castañas del fuego a ti y a Crawford. ¿O ya te has olvidado de que me obligaste a utilizar mi acreditación diplomática para sacar en secreto del país a un tipo? ¿Qué me pediréis esta vez?

—Tienes buena memoria.

—Como para olvidarlo.

Anne se giró hacia él y le observó desde su lado de la cama.

—¿Entonces cómo es que te has olvidado de que anoche te retiraste casi hora y media después que yo?

—O sea que tengo razón —Esta vez fue James quien se incorporó y se apoyó sobre los codos—, has mantenido una larga conversación con tu amigo Crawford.

—En realidad ha sido la inspectora Reed quien me ha informado de que tú —Anne golpeó con el dedo índice a su marido en el pecho— les has asegurado que viniste a dormir poco después que yo.

—¿Has corroborado mi coartada?

—¡Claro que no!

James se incorporó por completo y se sentó sobre la cama.

—¿Cómo que no?

—No puedo mentir.

—Por supuesto que puedes.

—¿Por qué no les has dicho la verdad?

—Julian Snyder y yo estuvimos con Martin Wolch en su cuarto, pero prefiero que nadie lo sepa. ¿Qué les has contado?

—Que me había dormido y no te oí llegar. ¿Wolch y Snyder no meterán la pata?

—No. Hablé con ellos esta mañana en el salón.

—No sé si Su Majestad se merece que te atrevas a mentir de una forma tan descarada en un caso por asesinato.

—Quizá haya suerte y se trate de una intoxicación.

—Sabes que no lo es.

—Ponte de acuerdo contigo misma, querida.

—Y tú no te metas en líos.

—Vaya, parece que estoy oyéndome hablar...

2

—Ya tenemos algo. —El sargento apareció en el porche trasero de la casa, donde Nicole y Crawford estaban tomando unos emparedados que Rebeca

Carnegie les había hecho servir—. Y le va a gustar, inspectora. —Andrew Morgan extendió un documento sobre la mesa de hierro forjado del porche. En la parte superior, escrito a máquina con letras mayúsculas, destacaba el nombre de Christina Rawson.

—Vaya —dijo Nicole—, nuestra amiga antipatriota. ¿Qué ha averiguado, sargento?

—Que ha sido detenida un buen puñado de veces.

Crawford y Nicole se inclinaron sobre el expediente.

—Sobre todo por prostitución y consumo de drogas —dijo Morgan—, aunque también tiene pequeños hurtos en su haber.

—Parece que Bella Collingwood no se equivocó al juzgarla —señaló Nicole.

—¡Vaya con la joven! —Crawford tomó el expediente y lo ojeó por encima—. Hasta once detenciones —dijo—. ¿Qué hace una mujer como ésta en la fiesta de los Carnegie?

—Buena pregunta —Nicole miró su reloj—. Se ha hecho tarde y tengo que ir a la oficina del forense. ¿Puedes encargarte de investigar esto hasta que vuelva, Archy?

—Claro.

—¡Genial! Usted, sargento, vuelva a la comisaría y continúe investigando. Quiero saber si hay otras joyas como Christina entre los invitados de los Carnegie.

Cuando Nicole y el sargento se alejaron, Anne asomó por detrás del seto de arizónica. Crawford se dio la vuelta al oírla.

—Creí que no se irían nunca —dijo ella frotándose las palmas de las manos.

—¿Ha estado escuchando? —Él levantó las cejas hasta que casi rozaron el inicio del cuero cabelludo.

—¿Cómo podría no haberlo hecho? Estaban ustedes aquí en medio.

—Y usted ahí —dijo Crawford, señalando con el dedo el seto—, escondida como un ladrón.

—Deberían ser más cuidadosos. Cualquiera podría haberse enterado de

que Christina Rawson ha ganado puntos para convertirse en asesina.

—Señora Starling..., señora Starling...

—No empecemos, inspector. ¿No se da cuenta? El Universo ha vuelto a unirnos, ¿no querrá defraudarlo?

Crawford puso los ojos en blanco.

—Ésta no es mi investigación —dijo.

—Justo una pregunta que tenía en mente: ¿qué hace un policía de Nueva York investigando un asesinato en los Hamptons?

—Sólo estoy pasando unos días de vacaciones.

—¿Con la inspectora? —Anne le miró de soslayo.

—Fuimos compañeros en la Academia —dijo.

—Ajá...

Ambos se miraron en silencio.

—¿Acostumbra a pasar las vacaciones navideñas con sus excompañeros, señor Crawford?

Él apartó la vista.

—La hacía en Inglaterra —dijo.

—Y yo, pero James tenía otros planes.

—¿El señor Starling o el universo?

—Probablemente el segundo se ha servido del primero para traernos a ambos hasta aquí. ¿No le parece encantador por su parte?

—Desde luego.

—Y ahora pongámonos en marcha. ¿Qué se le ocurre que podemos hacer con Christina Rawson?

—Nada.

—¿Nada? Su amiga le ha pedido que lo investigue —dijo señalando con el dedo el lugar por el que se había marchado Nicole Reed.

—Lo ha expresado correctamente: *me* ha pedido.

—No volvamos a las andadas. Esta conversación está empezando a tornarse soporífera.

—¿Es que no lo entiende? No es mi caso y no soy policía en los Hamptons. Mi placa no vale nada aquí.

—Como en Washington y eso no le impidió trabajar conmigo en aquella ocasión.

—¿Cuando allanamos la habitación de aquel hotel?

—Mírelo de forma positiva: esta vez estamos dentro de la casa. No tendremos que colarnos en ella sin permiso.

—Insisto en que...

—No lo haga. —Anne extendió el brazo, como el agente de tráfico que ordena a los coches que se detengan, y la manga del jersey se encogió. Colgada de su muñeca, ante los ojos de ambos, quedó a la vista la esclava recuperada del buque naufragado, *Nuestra Señora de las Nieves*, que él le había regalado. Crawford rozó con los dedos los eslabones de la pulsera—. Lo prometió —dijo ella. La placa en la que el policía había grabado «Lo prometo» se balanceó entre ambos.

Crawford se mordió el labio inferior.

—De acuerdo —dijo—. Al menos hasta que Nicole dé su opinión al respecto.

—¡Oh, vamos, no sea calzonazos! —Anne retiró el brazo con un movimiento tajante.

—¡Señora Starling! —Crawford se sonrojó.

—¿Qué? ¿No le gusta esa expresión?

—¡Claro que no!

—Entonces replantéese su actitud. Espere aquí. Llamaré a Rebeca Carnegie.

3

—Fue Avery Ward quien me pidió que la invitara. —Rebeca Carnegie se había sentado en uno de los sillones de mimbre del porche y se había tapado las piernas con una manta. Algunos copos de nieve seguían cayendo y empezaban a cubrir la arena de la playa que se veía al fondo, desde la parte trasera de la mansión, como una franja de escarcha que se confundía con la espuma que el mar formaba en la orilla—. Me dijo que sería su modelo de portada para la nueva colección. Nunca imaginé que la señorita Rawson tuviera esos antecedentes.

—¿Avery Ward? —Anne se sentó junto a ella y también se tapó las rodillas con la manta—. ¿Una diseñadora de la talla de Avery Ward elige a

una prostituta drogadicta como modelo de portada?

—Bueno, ahora que sabemos quién es puede resultarnos extraño, pero lo cierto es que es una mujer muy bella y elegante.

Anne asintió en silencio. Lo era. Christina Rawson tenía todo lo necesario para ser la cabeza de cartel de Avery Ward, excepto su pasado. Pero un pasado podía ocultarse siempre y cuando un asesinato no se interpusiera en su camino.

—¿Crees que Avery conocía los antecedentes de Christina?

Rebeca se encogió de hombros.

—No lo sé, querida.

—Tendremos que preguntárselo —dijo Anne.

—Lo haré yo —Crawford se interpuso entre ellas y el jardín, y su figura apareció recortada sobre el fondo claro que los copos de nieve formaban a su espalda—, aunque esperaré a que la inspectora Reed vuelva.

—¡No sea aburrido! —Anne se levantó y entró en la casa.

—Es una joven impetuosa —dijo Rebeca—. Supongo que habrá ido a buscar a Avery. Les dejaré solos.

—Señora Carnegie... —Crawford extendió la mano, como si quisiera detenerla, pero ella asintió en silencio.

—Lo sé, inspector. No diré nada sobre Christina.

—Sí, le pedí a Rebeca que invitara a Christina. —Avery Ward se sentó en el mismo sillón que había ocupado la señora Carnegie minutos antes.

—¿La conocía?

La modista estudió los ojos de Crawford antes de contestar.

—No. No había oído hablar de ella. Fue Jayden quien me la presentó. Trajo unas fotos y me las mostró. Era absolutamente deliciosa. Jayden conoce el tipo de mujer que quiero que vista mi ropa, y Christina era la modelo ideal. Así que aprobé la propuesta.

—¿Y por qué le pidió a la señora Carnegie que la invitara a la fiesta de Navidad?

—También fue idea de Jayden. Pensó que sería una buena forma de empezar a darla a conocer. No quiero una modelo cuyo rostro haya visto ya

todo el planeta, pero tampoco alguien totalmente desconocido. Esta fiesta era la ocasión perfecta para que Christina empezara a dejarse ver. —Avery Ward torció el gesto—. Pobrecilla, quién iba a pensar que esto pasaría. ¿Se han dado cuenta de lo nerviosa que está? Es joven e inexperta. Me pregunto si será capaz de soportar la presión de la pasarela.

—Bueno —dijo Anne—, en ella no esperará encontrarse con un cadáver.

—Eso es cierto. Aunque reconozco que su conducta me ha hecho dudar.

Anne se preguntó qué pensaría Avery Ward de su propia actitud dramática, aquella misma mañana en el salón.

—Primero la escena anti-Vietnam con Bella Collingwood y luego esa inquietud... ¡Si ni siquiera conocía a Mason! ¿Han confirmado ya lo de la intoxicación? —preguntó a Crawford.

—No —contestó él—. La inspectora ha ido a la oficina del forense, pero todavía no sabemos nada.

—Quizá estemos a punto de averiguarlo. —Anne señaló la parte del camino de entrada a la mansión que daba la vuelta a la casa y llegaba por detrás. El coche de Nicole Reed se acercaba lentamente.

—¿Le importaría acompañar a la señora Ward adentro? —preguntó Crawford.

—Claro que no. Volveré enseguida —dijo Anne.

—No —El policía la tomó por el brazo—, ya la avisaré yo.

Anne asintió. Tendió la mano a Avery Ward y le abrió paso hacia el interior de la casa.

—¡Calzonazos! —susurró antes de entrar.

4

—¿Y bien? —preguntó Crawford a Nicole cuando ésta llegó al porche.

—Aún no tiene claro con qué tipo de gas —La inspectora se situó ante el seto de arizónica tras el que Anne se había ocultado y Crawford apartó la vista, como si ella fuera a leerle la mente y averiguar que la británica había escuchado la información que Morgan les había dado sobre Christina—, pero tenemos la confirmación: Mason Bailey fue asesinado. ¿Me ha parecido ver que tu amiga se marchaba con Avery Ward?

Crawford asintió.

—Asfixiado —dijo, sin llegar a contestar a su pregunta.

Nicole lo observó en silencio un segundo.

—Eso parece. ¿Tú qué has averiguado?

—Que Christina Rawson va a ser la modelo estrella de la próxima colección de la señora Ward y que está aquí a instancias de ella.

—¿Avery Ward pidió a la señora Carnegie que la invitara?

—Eso parece.

—¿No era consciente del tipo de persona que metía en la casa?

—No lo creo. Ha dicho que no la conocía. Se la presentó Jayden Hall.

—¿Has hablado con él?

—Aún no.

—¿Y a qué esperamos? Nicole se encaminó hacia la casa, seguida de Crawford.

Ni Avery Ward ni Jayden Hall se encontraban en el salón junto al resto de invitados que habían vuelto a los juegos de mesa para matar el tiempo. Crawford tampoco vio a Anne y por un instante se echó a temblar. Si Anne Starling había decidido hablar con Jayden por su cuenta, sin esperar a que Nicole diera su permiso, no quería pensar en las posibles consecuencias. Nicole no era una mujer que se dejara embaucar fácilmente y mucho menos por los encantos femeninos. Si decidía que Anne Starling dejara de jugar a detectives, él no podría impedirlo y, meneó la cabeza en un gesto de impotencia, el universo no se habría molestado en volver a unirlos para que todo se echara a perder por la impaciencia de una mujer demasiado lanzada cuando un crimen se ponía ante ella.

—Los he visto subir —contestó Rebeca a la pregunta de Nicole.

—¿Qué harán esos tres ahí arriba? —preguntó cuando ella y Crawford llegaron a la escalera.

Crawford se encogió de hombros. Prefería no pensar en ello.

—¡Oooohhhh!

La exclamación se escuchó por todo el pasillo. La voz inconfundible de Avery Ward lo llenó de un extremo a otro. Nicole y Crawford se miraron.

—¿Qué demonios...?

—Viene de su habitación —dijo Crawford.

Los dos policías echaron a correr hacia la puerta del dormitorio de Avery Ward. Nicole apenas la rozó con los nudillos antes de abrirla sin aguardar que contestaran.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—¡Es maravilloso! Querida, es usted lo que estaba buscando. —Avery Ward tenía las manos en las mejillas y los ojos le brillaban de felicidad. De pie, en el centro de la habitación, Anne Starling estaba quitándose un vestido de la nueva colección Primavera-Verano de la diseñadora. Crawford se detuvo en la puerta, sin llegar a traspasarla, como en un remedo de la mujer de Lot. Los hombros desnudos de Anne Starling llenaban todo su campo de visión. Cerró los ojos. No quería mirar más abajo.

—¡Oh, señor Crawford! ¡Oh, inspector! —Jayden se dirigió hacia él haciendo aspavientos con las manos—, usted no puede entrar aquí. ¡No puede!

—Perdón. —Crawford se dio la vuelta y salió, colorado como la grana. Lo último que había visto eran los ojos burlones de Anne Starling observándole medio desnuda en aquella habitación.

—Lo siento —dijo Nicole cuando Jayden cerró la puerta—, oímos la voz de la señora Ward y pensamos que ocurría algo. Le presento mis disculpas, señora Starling.

—No pasa nada —Anne acabó de quitarse el vestido y tomó el suyo, que Jayden le tendía—. Ha sido una simple confusión —dijo con la sonrisa en los labios.

—Supongo que Archy querrá disculparse después, pero quizá ahora lo mejor sea que se quede ahí fuera un rato, respirando.

—Sí, probablemente sea lo mejor.

Nicole asintió y se volvió hacia Jayden.

—Queríamos hablar con usted, señor Hall —dijo.

—¿Conmigo? —Las manos del ayudante de Avery Ward temblaron cuando colocó en una percha el vestido que Anne acababa de probarse—. ¿Por qué?

Nicole miró a las dos mujeres antes de hablar, como si estuviera decidiendo si merecían su confianza. Al final, pidió a Avery Ward que saliera de la habitación. Anne se sentó en una butaca, a los pies de la cama, y observó

a la inspectora. Se preguntó si la decisión de dejarla allí dentro se debía a la intercesión de Crawford.

—Usted convenció a la señora Ward de que Christina Rawson fuera la modelo de portada para la nueva colección, ¿no es así?

Jayden asintió en silencio, parapetado aún tras el vestido que no había devuelto a su lugar.

—¿Conoce a la señorita Rawson desde hace tiempo?

—No... Sí... Bueno, desde hace algunos meses.

—¿Y su pasado?

—¿Cómo?

—Que si conoce su pasado —repitió Nicole.

—Se refiere a...

La inspectora no le ayudó a acabar la frase y Jayden bajó los ojos.

—Sí —dijo—. Conocí a Christina en un bar de alterne hará cosa de un año. No son lugares que suela frecuentar, pero de vez en cuando... —se encogió de hombros—, bueno, ya saben..., a uno le lían y acaba en sitios que jamás habría imaginado pisar.

—Creí que usted era... —Nicole se detuvo y Jayden acabó la frase por ella.

—¿Homosexual? No iba allí buscando sexo. Sólo era una noche de juerga.

—Así que la encontró por casualidad.

Jayden asintió.

—Su aspecto era desalentador —dijo—. Estaba de hierba hasta las cejas y bañada en ginebra. Aun así, era tan bella... Ni toda la basura que llevaba encima podría ocultarla. Parecía una diosa arrojada del paraíso. Había un tío que estaba sobándola sin que ella fuera consciente de ello. Al menos eso me pareció, aunque al ver que el rímel se le había corrido y le atravesaba el rostro, como dos regueros de lágrimas, pensé en una virgen abatida por un destino implacable. La arranqué de las garras del tipo que quería hacerse con sus servicios y la llevé a una cafetería. Le hice tomar café hasta que se despejó. Me contó su historia. Había intentado ser modelo, pero no lo había conseguido y de algo tenía que vivir... —Jayden levantó la mirada y la posó en Nicole.

—¿Y?

—La ayudé. Yo era capaz de ver toda la belleza y potencial que se escondían bajo aquel montón de despojos. He conocido demasiadas chicas en mi vida que han acabado como Christina y..., bueno, aquella noche decidí que ella no sería una más.

—De modo que la recogió de la calle.

Jayden asintió.

—La ayudé a desintoxicarse y a volver a ponerse en forma, y el tiempo ha demostrado que no me equivoqué: Christina resplandece como un sol.

—Y además será la modelo de portada de la próxima colección de Avery Ward —dijo Anne.

Jayden se volvió hacia ella.

—¿Le molesta, señora Starling?

—En absoluto. Acaba usted de contarnos un auténtico cuento de Navidad.

—¿No me creen?

—¿Le contó todo esto a Avery Ward? —preguntó Nicole, sin dar oportunidad a que Anne respondiera a la pregunta que Jayden Hall les había lanzado a las dos.

Él negó con la cabeza.

—No, me dio miedo. Es una mujer generosa, pero temí que no aceptara convertir a Christina en cabeza de cartel si lo hubiera sabido —dijo—. ¿Van a contárselo?

—Ha jugado con la buena intención de su jefa y de la señora Carnegie para meter en esta casa, en la que se ha cometido un asesinato, a una exprostituta y exdrogadicta, señor Hall.

—¿Entonces no ha sido una intoxicación? —preguntó Jayden.

—No —dijo Nicole—, el señor Mason Bailey fue asesinado.

—¿Y usted cree que Christina...? ¡No! No me lo creo. Ella no ha podido hacer algo como eso. Vino aquí muy ilusionada. Su futuro estaba en juego. No ha podido matar a Mason. Imposible. Además, no se conocían.

—¿Cómo lo sabe?

Jayden pestañeó varias veces y se pasó la mano por la mejilla.

—Bueno, ella llevaba mucho tiempo en la calle. No es probable que conociera a Mason. Los mundos en los que se movían eran incompatibles.

—También lo eran los suyos —dijo Anne— y, sin embargo, se

encontraron.

—Pero el azar no puede ser tan caprichoso. No, dos veces —Jayden miró a Nicole—. Es imposible, inspectora.

5

—¿Por qué tienes que llamar desde el pueblo? ¿No puedes hacerlo desde la casa?

—¡Chist!

James se abrochó el abrigo hasta arriba y tendió el brazo a su mujer, que lo tomó sin mirarlo. Bajaron la escalinata de entrada y se alejaron por el sendero de losas de piedra, camino de la puerta de hierro que daba acceso a la mansión Carnegie. Aunque la nieve no había cuajado sobre las losas húmedas, estaba resbaladizo y Anne se agarró con fuerza.

—James, dime la verdad —dijo—, ¿eres un espía?

—¡Por Dios, Anne!

—Sólo se me ocurre esa razón para que me saques de casa con este tiempo y me lleves hasta el pueblo para hacer una llamada telefónica. Eso o eres el asesino de Mason Bailey y quieres hablar con Gregory para cerciorarte de si tu inmunidad diplomática alcanza los Hamptons.

—Deja en paz a sir Hetfields. Por cierto, me ha contado una extraña historia acerca de su mujer y de ti. Dice que Lucy y tú visitasteis hace unas semanas a un tal capitán Toole, de la policía de Nueva York.

—¿Qué cuento es ese? —Anne tropezó y James la agarró para que no cayera.

—No deberías haberte puesto esos tacones —dijo, mirándola a los ojos—. ¿Es un cuento, Anne?

—Pues claro que es un cuento. Gregory Hetfields chochea.

—Yo creo que está perfectamente en sus cabales.

—No opinarías así si escucharas lo que Lucy cuenta de él. Su Majestad debería replantearse la idea de mantenerlo como cónsul del Reino Unido en Nueva York.

—Espero que no le hagas confidencias sobre mí a la mujer del cónsul.

—Y aunque así fuera —dijo ella—, no tendrías que preocuparte. Tú eres

perfecto.

—Me estás haciendo la rosca.

—Y tú estás desviando la conversación del principio. Dime la verdad, querido: ¿eres espía? Prometo que te querré igual.

—Si lo fuera, te lo habría dicho porque me querrías más.

—Qué pobre concepto tienes de mí. ¿Has pedido permiso a la inspectora para salir?

—Por supuesto. Quería llevar a mi esposa a dar un paseo para que tomara un poco el aire. La atmósfera de la casa, con ese asesino suelto entre sus habitaciones, estaba poniéndola muy nerviosa.

—¿Eso le has dicho?

—Más o menos.

—Seguro que no se lo ha creído.

—¿Dónde van? —Crawford soltó el visillo de la ventana del despacho de Alexander Carnegie cuando James y Anne salieron de su campo de visión y se volvió hacia el escritorio, al que seguía sentada Nicole.

—A dar una vuelta. Su mujer necesitaba tomar el aire.

—¿Eso te ha dicho?

—¿No crees al señor diplomático?

—No creo que su mujer necesite tomar el aire.

—¿Qué tienes con ella, Archy?

Crawford apartó la vista de los ojos de Nicole. A lo largo de su estancia en la Academia se habían rondado el uno al otro y, cuando se licenciaron, tuvieron una relación que fracasó, pero de la que aún quedaban rescoldos encendidos en el corazón de ambos. Él lo sabía y Nicole, también. Quizá por ello había aceptado su invitación para pasar juntos la Navidad. Por eso y por Anne Starling. Después de que el caso Snow acabara, se había sentido igual que en las otras dos ocasiones, cuando ella se marchó: solo y vacío. Quizá él y Nicole aún estuvieran a tiempo de intentarlo de nuevo.

—¿No vas a contestarme, Archy?

—No tengo nada con ella —dijo y movió la cabeza de un lado a otro, como si aquel gesto reforzara su declaración.

Fuera empezaba a oscurecer y alguien encendió las farolas del jardín. Era cierto. No había nada entre él y Anne Starling ni atisbo de que fuera a haberlo algún día. La figura de la mujer, agarrada al brazo de su marido, se recortó durante un instante en su memoria. No era justo para Nicole, pensó. Ni para Anne.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó.

—Ahora nos vamos a casa. —Nicole metió en una carpeta el expediente que había estado leyendo y se puso en pie—. Mañana será otro día.

CAPÍTULO 6

1

—Les va a encantar lo que tengo —dijo el sargento cuando Nicole y Crawford llegaron a comisaría por la mañana. La inspectora se sirvió una taza de café y se sentó frente a Andrew Morgan. No había dormido bien. Después de todo un día en la casa de los Carnegie, habían salido de allí con mucha información, pero nada realmente relevante, al menos para el caso. Luego estaba aquella señora Starling y su relación con Archy, de la que él no había querido hablar. Lo miró de soslayo y le pareció que él tampoco había dormido bien. Aquella mañana, mientras desayunaban en la cocina de su apartamento, le había dado los buenos días con un beso en los labios al que él no había respondido. Sin dar tiempo a que la situación pusiera en evidencia lo insólito de su relación, se había apresurado a entrar en el baño y abrir el grifo de la ducha. Para cuando salió, él había recogido las tazas y la aguardaba en el diminuto recibidor con el abrigo colgado del brazo. Ninguno de los dos hizo referencia al fugaz beso. Quizá fuera mejor así, de momento, pero ahora no podía entretenerse en decidirlo. Se desanudó la bufanda, que dejó sobre el escritorio, y se sentó en la silla.

—Espero que merezca la pena, Morgan —dijo—. Ayer volvimos con las manos vacías.

—Jayden Hall. —El sargento abrió su cuaderno de notas y buscó una página.

—¿Qué pasa con él?

—Conocía a Mason Bailey.

—Eso ya lo sabemos. Él mismo nos lo contó.

—*Conocía*, inspectora —repitió Morgan—, en el sentido bíblico.

Arthur y Nicole fruncieron el ceño.

—Se refiere a...

El sargento miró a Crawford y asintió.

—Exacto —dijo—, hace años fueron amantes.

Andrew Morgan extrajo un documento de una carpeta que tenía en el escritorio sobre la que había escrito, en letras mayúsculas, el nombre de

Mason Bailey.

—Y también fueron socios —añadió—. He husmeado un poco aquí y allá, y al final he encontrado en Hacienda información relativa a la empresa que fundaron: E&M.

—¿E&M?

—*Elegance and Modernity*, una casa de moda en la que Jayden Hall era la mente creativa y Mason Bailey, la financiera. Desgraciadamente para ellos, la cosa no salió adelante y Bailey se marchó de la empresa dejando a Hall con las deudas y con el corazón roto cuando encontró un nuevo amor en Robert Grant.

—¿El hijo de Donald Grant, el magnate del petróleo? —interrumpió Nicole.

Morgan asintió.

—El mismo —dijo—. Bailey no sólo se las apañó para conquistarlo, sino también para conseguir una suculenta suma de dinero con la que montó su empresa de perfumes. Una compañía que nunca ha ido bien, pero que se mantuvo a flote mientras contó con el respaldo financiero de los Grant. Sin embargo, el amor también terminó en este caso y Robert Grant abandonó a Bailey, que se quedó sin amante y sin el colchón financiero necesario para hacer frente a las deudas que le estaban comiendo. Según su libro de cuentas, estaba arruinado y a punto de ser embargado, así que hace un par de semanas pidió un préstamo. —Morgan rebuscó entre los papeles de la carpeta y sacó un nuevo documento—. Y esto les va a gustar —dijo—: el préstamo lo solicitó al Collingwood Bank de Boston.

—El banco de la familia Collingwood.

Morgan asintió.

—La petición debe de estar aún sobre la mesa del despacho de Edward, el hijo pequeño de la señora Collingwood, en espera de su aprobación.

—¿Cree que Bailey pretendía influir sobre ella para conseguir el préstamo?

—Es una posibilidad —dijo el sargento.

—Una posibilidad bastante plausible. —Crawford sacó la pipa del bolsillo superior de la chaqueta y la llenó con hebras de tabaco—. Probablemente la idea de llamar Rebeca a su perfume fue el subterfugio que

Bailey ideó para que los Carnegie le invitaran y tener, así, acceso a Bella Collingwood.

—Y, en el entreacto —dijo Nicole—, se encontró aquí con Jayden Hall, un viejo amante al que había abandonado años atrás lleno de deudas...

—Tendremos que volver a hablar con el samaritano que va recogiendo prostitutas de la calle —Crawford aspiró la pipa y una bocanada de aromático humo se elevó por entre la comisura de sus labios— y también empezar a pensar si esta línea —dijo, señalando la gruesa raya de tinta que recorría el nombre del ex amante en la libreta de Mason Bailey— tiene que ver con aquello.

2

—Tienes que contárselo a la policía. —Anne dobló el camisón y lo colocó bajo la almohada. No había dormido bien. El tictac del reloj había estado sonando toda la noche desde la repisa de la chimenea y no le había dejado pegar ojo. James le había contado que era otro de los detalles con los que Rebeca había querido agasajar a sus invitados. Al parecer, había elegido un tipo específico para el dormitorio de cada uno de los invitados que cuadrara con su personalidad. El de ellos era un Brackett, una antigualla británica que le había hecho pasar la noche en blanco. Eso y el asunto acerca de Luke Blumer. Se volvió hacia su marido y le vio negar con la cabeza. Acababa de salir de la ducha, tenía el pelo mojado y olía a *aftershave*.

—Ni de broma —dijo él.

Ya habían mantenido esa conversación la tarde anterior, al volver del pueblo. Se habían detenido junto al quiosco de música del parque, solitario y silencioso, como un par de enamorados que buscan un lugar privado para tener una riña.

—Es una información que puede resultar vital —había insistido ella.

—¿Y cómo les explicaría por qué he estado haciendo indagaciones sobre Luke Blumer?

—Bueno, sea lo que sea lo que te traes entre manos, ese Martin Wolch está en el ajo. Podría ayudarte a explicarlo, porque supongo que es de la CIA.

—Supones mal. —James había golpeado una ramita con la punta del pie y

algunas gotas de agua les habían salpicado—. Ya te lo dije. Es un abogado que quiere firmar un acuerdo con el bufete Snyder, algo que interesa a nuestro país por razones meramente comerciales.

—Oh, vamos, James. No me chupo el dedo.

Él la había mirado con el gesto paciente de un profesor que llama la atención a su alumno favorito.

—Lo sé, querida, pero esto es algo que tendremos que mantener en secreto.

—Hay un asesino en la mansión Carnegie y ese asesino podría ser Luke Blumer.

Eso era lo que ella le había contestado la tarde antes, cuando él empezó a alejarse del quiosco de música, dando por acabada la conversación, y era también lo que acababa de repetirle en su dormitorio. La inspectora Reed y Arthur Crawford no tardarían en llegar, y James tenía que contarles lo que había averiguado sobre el periodista. Sin embargo, él parecía tan remiso a hacerlo como el día anterior.

—No creo que se trate de una información tan importante —contestó—. En cualquier caso, la policía es lista y si Blumer es culpable lo averiguarán. Deja que hagan su trabajo. Y cuando digo "deja" —James fijó la vista en los ojos de su mujer, que ella no apartó—, quiero decir exactamente eso, Anne. No te metas en líos.

3

—¿Cuánto tiempo más tendremos que permanecer aquí? —Madeline Lodge tomó una pizca de mermelada amarga con la punta del cuchillo y la extendió sobre la tostada.

—No lo sé —contestó Rebeca, que estaba sentada junto a ella en la mesa del desayuno.

—En realidad la inspectora no nos obliga a quedarnos —señaló Avery Ward—. Por el modo en que lo dijo, creí entender que nos lo pedía, no que lo exigiera.

—Pedir, exigir..., para la policía es lo mismo —dijo Christina.

—Sólo tratan de hacer su trabajo. —Alexander Carnegie tomó la taza de

café del platillo y se la llevó a los labios—, lo mínimo que podemos hacer es ayudarles tanto como podamos.

—Lo haría si estuviera en mi mano, pero no tengo nada más que contarles —protestó Madeline— y la Asociación no puede abrir si yo no estoy allí.

—Tampoco pasará nada porque permanezca cerrada un par de días. Buenos días —Martin Wolch acababa de entrar. Buscó un hueco a la mesa y sonrió a Lauren Snyder antes de sentarse.

—Usted no lo entiende, —dijo Madeline—, apenas llevo unas semanas en el puesto de secretaria y no quisiera perder mi trabajo.

—Si es por eso —Bella Collingwood movió la mano suavemente ante ella, como si estuviera apartando una díscola mota de polvo—, no sienta la menor preocupación, señora Lodge. Me ocuparé de explicarles el motivo de su ausencia.

—Es usted muy amable.

—¿Ya saben algo? —Jayden interrogó a Alexander Carnegie, que se encogió de hombros.

—No tengo ni idea.

—Si no lo tienen —Ralph Turner levantó el mentón y señaló la ventana del comedor—, vienen a por ello.

Todos los invitados se giraron. Fuera, al pie del coche de policía, estaban Nicole Reed y Arthur Crawford. Anne desvió la mirada y la fijó en su marido, que movió la cabeza levemente de un lado a otro.

—Si me disculpan —dijo—, todo este asunto me ha levantado dolor de cabeza.

—Ve a echarte un rato, Anne, querida —sugirió Rebeca—. Es mejor que intentes pararlo antes de que se vuelva demasiado fuerte.

Anne asintió y salió del comedor con cierto resquemor de culpa por haber mentido a su amiga, que se comportaba como una madre solícita. Susurró mentalmente un «Lo siento» antes de cerrar la puerta, que dirigió tanto a la anfitriona como a James. Salvo por lo atareada que andaba con cientos de pensamientos, su cabeza estaba perfectamente. No era a la cama a donde iría. Tenía otros planes en mente. Se giró al oír unas voces a su espalda. En el recibidor, el mayordomo estaba cogiendo los abrigos de Nicole y Crawford.

—Buenos días, señora Starling —dijo la policía.

—Buenos días, inspectora.

—¿Ha descansado?

—No todo lo que me hubiera gustado. ¿Ustedes...? —miró a Crawford, pero no acabó la frase.

—Sí —dijo Nicole—, nosotros sí lo hemos hecho.

Anne asintió en silencio. No era eso lo que deseaba preguntar, pero obviamente Nicole Reed no le contaría si habían hecho algún nuevo descubrimiento. Apartó la vista de Crawford e inclinó la cabeza a modo de saludo. Tampoco quería saber si él y Nicole Reed habían descansado y cómo lo habían hecho.

—Todos están ahí dentro, excepto yo —Anne señaló la puerta del comedor—. Si no quieren nada de mí...

—Tal vez luego. Gracias, señora Starling.

—No tiene por qué darlas.

Era el momento perfecto. Todos estaban abajo, incluida la policía. Lo había estado pensando la noche anterior, pero no se había atrevido. Temió que James se despertara y la sorprendiera. Claro que entonces corría menos riesgo que ahora. Sin embargo, no tenía otra opción. Si quería echar un vistazo a sus anchas, ése era el momento. Desprendió el precinto policial y abrió la puerta del dormitorio de Mason Bailey. Antes de cerrarla, volvió a pegarlo en el marco con la esperanza de que nadie notara lo que había hecho.

El olor irritante que percibió la mañana anterior, cuando se descubrió el cadáver de Mason Bailey, volvió a asaltarla, aunque de forma mucho más suave. Caminó hacia la ventana y la abrió un par de centímetros sin llegar a descorrer los visillos. Sería suficiente para renovar el aire, pero nadie notaría que estaba allí.

Recorrió la habitación con la vista desde el centro, girando sobre los pies poco a poco. Recordaba que Bailey tenía una libreta con las pastas de cuero sobre la mesilla, pero ya no estaba allí. La policía debía de haberse quedado con ella. Caminó hacia el armario y lo abrió. Dentro, la ropa del difunto permanecía colgada, como si aún esperara a ser utilizada. Tanteó las camisas y los pantalones, pero no había nada, ni siquiera en los bolsillos. Cerró el

armario y se dirigió a la cómoda. En los cajones, metódicamente dispuesta, estaba la ropa interior: calzoncillos, calcetines y algunas camisetas. Cerró el último de los cajones sin haber encontrado nada que llamara su atención. Apoyó los codos sobre la cómoda y se llevó la mano a la frente. ¿Por qué habían matado a Mason Bailey? Le había estado dando vueltas a la idea de que el asesino buscaba una muestra del nuevo perfume, pero obviamente no era una razón suficiente para justificar un asesinato. ¿Quizá la fórmula? Meneó la cabeza. ¿Quién sabía? Podían ser tantos los motivos de una mente para cometer un crimen. Llevó la mano al centro navideño que Rebeca había elaborado para la habitación de Mason Bailey y acarició una de las bolas de color verdemar. Era preciosa.

Se dio la vuelta y corrió de puntillas hacia el cuarto de baño. No podía perder tiempo. Si Nicole Reed la descubría allí... No quería ni pensarlo. Como en el resto del dormitorio, todo estaba perfectamente ordenado. Mason Bailey debía de ser un hombre meticuloso. Miró en los estantes sin atreverse a tocar nada. Espuma de afeitar, pasta de dientes y ¡crema para la cara! También debía de ser un hombre presumido, pensó.

Apagó la luz del baño y volvió al dormitorio. Iba a salir cuando recordó que había dejado la ventana abierta. Chascó la lengua. Casi comete un fallo imperdonable. Se acercó a la ventana para cerrarla. Fuera, percibió las voces de su marido, Martin Wolch y Julian Snyder.

—No hay por qué temerle —dijo James.

—¿Está seguro? —Julian Snyder lanzó la pregunta casi antes de que James hubiera acabado su afirmación.

—Por completo. Luke Blumer ha venido a esta casa a pescar en el mar de Avery Ward —dijo.

Anne retiró el visillo unos centímetros y miró a los pies de la ventana. Los tres hombres estaban allí, formando un círculo cerrado del que ascendía una columna de humo del tabaco que estaban fumando.

—¿Cree que Carnegie estará dispuesto a invertir en el proyecto? —preguntó el británico.

James se encogió de hombros.

—Necesitamos que lo haga —contestó.

—Todo este asunto del muerto ha retrasado nuestros planes —se quejó

Wolch, que levantó el rostro hacia el cielo, como si quisiera responsabilizarlo del asesinato de Mason Bailey.

Anne se apartó de la ventana y dejó caer el visillo. Antes de que éste cubriera el cristal por completo, vio que Lauren Snyder hacía lo mismo en la ventana de su dormitorio. «Vaya», pensó, «otra esposa preocupada por las actividades delictivas de su marido».

—Volvamos dentro antes de que nos echen en falta —dijo Julian.

El murmullo de las voces de los tres hombres se apagó y la columna de humo se difuminó en el frío aire de la mañana. Anne cerró la ventana y caminó hacia la puerta. Cerró los ojos cuando el picaporte chiscó al bajarlo. Dios santo, esperaba que no hubiera nadie en el pasillo. Lo agarró con más fuerza y lo llevó hasta abajo. La mano le ardía cuando las bandas amarillas del precinto policial se cruzaron ante ella, en su camino. ¡No había nadie! Las esquivó fácilmente y cerró la puerta.

Sin mirar atrás, se dirigió hacia su dormitorio y sólo cuando estuvo dentro soltó el aire que había retenido en los pulmones y le presionaba el pecho. Su mirada vagó por la habitación hasta posarse en el teléfono de color marfil que había en una de las mesillas de noche. Una idea le cruzó la mente. Se dirigió hacia él y descolgó. El pijama de James asomaba por debajo de la almohada. Anne se quedó quieta, mirándolo y con el dedo índice a unos milímetros del dial. Meneó la cabeza para apartar los pensamientos que la habían asaltado. «Tengo que hacerlo», dijo sin quitar la vista del pijama. Se sentó en la cama, de espaldas a la cabecera, y marcó un número.

4

Jayden Hall se sentó al borde de la silla que le había indicado Nicole y levantó una mirada que a la inspectora le pareció enfurecida, como la de un niño al que han interrumpido en mitad de su juego y estuviera maquinando realizar una travesura en represalia. Pero no era una travesura lo que le tenía allí sentado. La razón por la que Jayden Hall había sido citado en el despacho de Alexander Carnegie era, ni más ni menos, que un posible motivo para el asesinato de Mason Bailey.

—Buenos días, señor Hall, espero que haya descansado.

—Me ha traído hasta aquí para preguntármelo.

—Puede apostar a que no.

—¿Entonces para qué? Es lo que ahora mismo todo el mundo se está preguntado en el comedor.

—¿Está reprochándome que no he sido lo suficientemente sutil, señor Hall?

—Puede apostar a que sí.

Nicole abrió su cuaderno de notas

—Cuando le preguntamos acerca de Mason Bailey —dijo—, nos contó que le conocía levemente, que habían coincidido en algunas fiestas... —hizo una pequeña pausa, pero Jayden no reaccionó—. Es como si hubiera tratado de decirnos que el señor Bailey y usted no habían tenido una relación más allá que la de simples conocidos. Sin embargo, hemos averiguado que hace años fueron amantes...

Jayden Hall cerró los ojos un momento y Nicole vio cómo la nuez subía y bajaba en la garganta del hombre.

—¿Por qué no nos lo contó?

—Fue hace mucho tiempo.

—Aun así. ¿No se le ocurrió pensar que se trataba de una información importante?

—No nos hablábamos —Hall se removió en la silla—. Dejamos de hacerlo cuando él me abandonó por otro hombre. Desde entonces no habíamos vuelto a cruzar palabra.

—Robert Grant... El hombre por el que le abandonó y le dejó, se le ha olvidado mencionarlo, con un negocio ruinoso que usted hubo de liquidar y cerrar.

—Ocurrió hace tanto...

—¿Quiere decir que ya lo había olvidado?

Jayden meneó la cabeza.

—No, claro que no—dijo—. Esas cosas nunca se olvidan, pero se superan. —Levantó la mirada y la fijó en la de Nicole—. Salí adelante, inspectora. Logré recuperarme tanto económica como emocionalmente y Mason Bailey pasó a ser un simple mal recuerdo.

—¿Económicamente también? —Nicole buscó entre los papeles que tenía

encima del escritorio de Alexander Carnegie—. Según lo que veo aquí —dijo señalando uno de ellos—, pasaron años antes de que pudiera liquidar las deudas que tenía. Le costó tanto que hubo de decir adiós al negocio de la moda y buscar un empleo como ayudante de Avery Ward.

—Yo no maté a Mason —dijo Jayden. Nicole se echó hacia atrás y se recostó en el respaldo del cómodo sillón de Alexander Carnegie.

—Dinero, venganza y amor —dijo—. Son los tres motivos que manejamos cada vez que empezamos una investigación por asesinato, señor Hall, porque son las tres razones por las que alguien mata. Usted tiene las tres.

—Yo no lo maté —insistió él—. Ni siquiera sabía que iba a venir.

—¿No? —preguntó Crawford.

—Claro que no.

—Él, sin embargo, sí estaba al tanto de su presencia. Tanto que anotó su nombre en su agenda y, ¿sabe?, también lo tachó con rabia. Casi traspasa el papel. ¿Tiene idea de por qué censuró su nombre con tanta ira?

Jayden pestañeó varias veces.

—No —dijo—, no tengo ni idea.

Nicole se levantó y se dirigió a la ventana del despacho. Descorrió la cortina y miró al exterior. Volvía a nevar.

—Es una lástima que no pueda darnos ninguna explicación de estos hechos, señor Hall, porque el asunto se ha puesto muy negro para usted. Primero descubrimos que engañó a su jefa, proponiéndole una modelo cuyo pasado podría poner en riesgo la nueva colección Ward, y ahora sabemos que no fue sincero con nosotros. Nos ocultó una relación personal con la víctima. Una relación tempestuosa que terminó mal y que le llevó a la ruina, además de acabar con sus posibilidades como modisto. —Se volvió hacia él y lo miró desde la ventana.

—Yo no lo maté. Ayer estuve rodeado de gente todo el tiempo.

—Excepto cuando salió a fumar al porche.

—Pero tampoco estuve solo. Luke Blumer y Christina Rawson me acompañaron.

—Su protegida.

—Si no confían en su testimonio, entonces pregunten a Blumer. Él les dirá que estuve allí. Cuando volvimos al salón, Mason ya se había retirado. Los

tres subimos juntos. Christina y Luke me vieron entrar en mi cuarto.

—¿Y después?

—Después me metí en la cama y no supe nada hasta la mañana siguiente, cuando... —Jayden miró con ojos desorbitados a los dos policías, que lo observaban en silencio—, cuando...

—Se descubrió el cuerpo asesinado de su ex amante. —Nicole acabó la frase por él.

CAPÍTULO 7

1

Se encontraron, como dos amantes secretos, en una playa solitaria de Bridgehampton alejada de la mansión Carnegie. El mar estaba agitado y las olas formaban una *mousse* de espuma que lamía la orilla y amenazaba con mojar los zapatos de Crawford. Él ya estaba allí cuando Anne llegó. La humedad le cubría la cara, sonrosada por el aire frío que cortaba la piel como un cuchillo bien afilado. Se observaron en silencio un instante, como si quisieran paladear un momento para el que habían estado aguardando sin esperanza. Anne le tendió la mano enguantada y él la cogió con delicadeza.

—¿La inspectora Reed le ha preguntado a dónde iba?

—Sí.

Anne amagó un esbozo de sonrisa. En el fondo de su corazón era consciente de que una de las razones por las que había citado a Arthur Crawford en aquella playa desierta encerraba el pequeño placer de sospechar que Nicole Reed estaría al tanto de la cita y que sabría que no se encontraría presente en ella.

—Supongo que le habrá sorprendido que recibiera una llamada en la casa de los Carnegie.

—Sí —Crawford la cogió por el brazo y la retiró un par de metros de la orilla. La marea estaba subiendo.

—¿Y no le ha dicho que ha quedado conmigo?

El policía se detuvo y la miró.

—Deje de interrogarme acerca de Nicole. Estoy seguro de que no me ha citado aquí para que hablemos de ella. ¿Ha averiguado algo?

—No, ¿y ustedes?

Crawford achinó los ojos de esa forma que le era tan peculiar y que venía a decir «¿He oído bien?», un gesto que a Anne le producía un regocijo secreto.

—¿Por eso me ha traído hasta aquí? ¿Para que le cuente lo que sabemos?

—Claro, ¿por qué otra razón podría haberle citado, si no?

Arthur Crawford la observó en silencio y Anne creyó detectar en su rostro una mueca de decepción. Echó a andar hacia el interior de la playa, en el que

algunas dunas todavía mostraban restos de la nieve caída la noche anterior.

—Supongo que, si no se lo cuento, volverá a llamarme calzonazos.

—Sí, pero además perderá la oportunidad de darle un empujón al caso. Ya sabe que trabajamos bien juntos, aunque en esta ocasión haya decidido hacer pareja con su amiga Nicole.

—No lo he decidido. Ya se lo dije: estoy pasando unos días de vacaciones. Este caso no es mío.

—Pero trabaja con ella.

—Sólo la acompaño.

—¿Le ha dicho que había quedado aquí conmigo?

—¿Y usted a su marido?

Los dos se miraron en silencio durante unos segundos.

—Vale —dijo Anne—, empecemos de nuevo: ¿qué han averiguado?

—Mason Bailey fue asesinado con gas.

Anne asintió.

—Entraba dentro de las posibilidades —dijo.

—¿En serio? ¿No creyó, como los demás, que había muerto envenenado por la comida?

—Era una opción, pero ese olor acerado... Era leve, pero todavía podía percibirse cuando la doncella descubrió su cadáver. —«E incluso esta misma mañana», pensó, «cuando me colé en el dormitorio de Bailey»—. ¿Qué fue?

—Una mezcla de lejía y amoníaco.

—¡Cloramina! Un gas muy fácil de fabricar.

—Sí. Hemos requisado las botellas de lejía y amoníaco que había en la casa para buscar huellas.

—¿Y las han encontrado?

Crawford asintió con la cabeza.

—Sí —dijo—. Desgraciadamente, ninguna de ellas está registrada.

Anne miró a Crawford.

—¿Pero cómo administraron el gas?

—Todavía no lo sabemos. Quizá utilizaron un trapo empapado.

Anne frunció el ceño y meneó la cabeza, como si le costara creerlo.

—Eso podría haber afectado también al asesino —dijo.

—Es una posibilidad.

—No creo que ocurriera así. Yo no lo habría hecho de esa forma.

—¿Ah no? ¿Y cómo habría matado usted a Mason Bailey?

—Con una maldición vudú.

—¡Venga ya!

Se echaron a reír.

—Pero... —Anne se aclaró la garganta— si me obligara a hacerlo con cloramina, desde luego no utilizaría un paño empapado en lejía y amoníaco.

—Yo tampoco —admitió Crawford— y el forense no ha encontrado indicios de que así fuera, pero mientras no conozcamos el método que usó el asesino no podemos descartar la posibilidad.

—Descubrirlo podría dar una pista sobre él.

—Eso creemos.

Anne echó a caminar de nuevo. Los dos anduvieron uno junto al otro, en silencio, durante varios minutos. El viento revolvió los mechones rojizos de Anne, que peleaba con ellos por devolverlos a su sitio en una batalla que tenía perdida de antemano. Mar adentro, una franja de color gris oscuro indicaba que en algún lugar, a unas millas de ellos, había empezado a llover.

—Deberíamos volver —dijo Crawford.

Anne asintió. Se dieron la vuelta y volvieron sobre sus pasos, cuyas huellas ya empezaba a borrar la marea.

—La ventana del dormitorio de Mason estaba cerrada por dentro —dijo Anne—. Lo comprobé y pregunté a la doncella. No había tocado nada.

—Pero la puerta no. Cualquiera pudo colarse en la habitación y gasear a Bailey.

Anne se llevó la mano a la barbilla y la acarició con los dedos.

—¿A qué hora murió?

—Entre la una y las dos.

—Yo me acosté a las doce y media, así que Bailey tuvo que retirarse no mucho tiempo después de que yo lo hiciera. ¿Cómo es que no dio la voz de alarma? Debía de llevar muy poco tiempo en la cama.

—Había tomado un somnífero —dijo Crawford.

—¿Voluntariamente?

—Sí. Encontramos un bote de Dalmane en el aseo. El análisis forense de los restos encontrados en el estómago de Bailey ha demostrado que se trata del

mismo tipo de benzodiazepina.

—Pero Mason estaba fuera de la cama. Tuvo que despertarse.

Crawford asintió.

—El forense nos ha contado que Bailey padecía un asma severa. La cloramina le produjo un broncoespasmo intenso que lo llevó a la muerte. El reflejo de la supervivencia le obligó a incorporarse para respirar mejor, pero no tuvo oportunidad de llegar hasta la puerta para avisar. Murió antes.

—La pregunta es: ¿sabía el asesino que Mason Bailey era asmático? Si lo sabía, entonces debía de conocerlo bien, en cuyo caso también sabría que tomaba somníferos, lo que le proporcionaba un magnífico recurso para entrar en su dormitorio y administrarle el gas sin que Mason se diera cuenta.

—Y tenemos un sospechoso —dijo Crawford, que se sacudió algunos granos de arena húmeda que se le habían pegado a la manga del abrigo y dejó que su mirada vagara entre las dunas de la playa.

—Oh, vaya, ¿y a qué estaba esperando para contármelo? Vamos, no se quede ahí parado como un pasmarote. ¿Quién es?

—Jayden Hall.

—¿El ayudante de Avery?

—Fue amante de Bailey.

—Caramba. —Anne se quitó el guante de la mano derecha y la rascó con la izquierda.

—Mason le abandonó por otro y le dejó en la ruina. ¿Qué le pasa en la mano?

—No sé. Algo ha debido de darme alergia —extendió el brazo y mostró la yema de los dedos enrojecida. Crawford los observó en silencio, intentando sorprender dentro de la manga del abrigo la pulsera que le había regalado. Había sido una agradable sorpresa encontrarla allí el día anterior. Anne volvió a ponerse el guante y miró a Crawford—. Así que tiene un motivo. ¿Han hablado con él?

—Sí, pero niega ser el asesino.

—Yo también lo haría.

—Cuando Mason Bailey se retiró a su cuarto, Jayden estaba en el porche junto a Luke y Christina, los dos han confirmado este punto.

—Y yo —dijo Anne—. Los vi salir a fumar.

—Aun así, eso no descarta a Hall. Cualquiera podría haber entrado en el dormitorio de Bailey, incluido el propio Jayden Hall, entre la una y las dos de la madrugada.

—Lo ha expresado muy bien, inspector: cualquiera.

—Pero no todos están tachados en una lista que escribió el propio Bailey —dijo Crawford que tanteó en el bolsillo de su abrigo hasta sacar la libreta del perfumista. La abrió y se la mostró. Anne la cogió y estudió la lista.

—¡Jayden Hall, Luke Blumer y Christina Rawson! —dijo—. ¿Por qué Bailey tachó esos nombres?

Crawford se encogió de hombros.

—Eso mismo nos preguntamos Nicole y yo.

Anne lo miró de soslayo. La perturbaba escuchar el nombre de la inspectora en labios de Crawford cuando estaba hablando con ella. Era como una interferencia en su intimidad. Una interferencia molesta que no deseaba tener allí.

—Podríamos asociar lo que acaba de contarme acerca de Jayden Hall con la tachadura de su nombre —dijo—, pero ¿qué significan las rayas que recorren los de Luke y Christina?

—El sargento Morgan está buscando una relación entre ellos dos y Bailey, pero de momento no ha encontrado nada.

—Son muy amigos —dijo Anne.

—¿Quiénes?

—Jayden, Christina y Luke. Al menos parecen llevarse bien.

—Bueno..., —dijo Crawford—, hay algo más que aún no le he contado.

—¿Y a qué está esperando?

—Christina Rawson ha sido drogadicta y prostituta. Hall la recogió de la calle, la ayudó a recuperarse y le propuso a Avery Ward que fuera la modelo de portada para su nueva colección.

—¿Me está diciendo que...? —Anne pestañeó varias veces, como si el gesto fuera a ayudarla a aprehender lo que Crawford acababa de contarle.

—Hall mantiene que Christina no conocía a Mason y la propia Christina, claro está, también lo asegura.

—¿Y Blumer?

—Nos dijo que sí lo conocía, pero sólo por su faceta como periodista.

—Ya.

—¿No le cree?

Anne se encogió de hombros.

—¿En qué piensa, señora Starling?

—En esto. —Golpeó con los dedos la libreta del perfumista—. ¿Por qué Mason Bailey tachó esos tres nombres? ¿Están relacionados entre sí o Bailey tenía pendientes asuntos distintos con cada uno de ellos?

—Creí que usted podría aclararnos algo —admitió Crawford—. ¿No ha averiguado nada?

Anne apartó la vista del cuaderno y la desvió hacia el mar embravecido.

—No, lo siento, inspector.

Crawford asintió.

—Menos mal —dijo.

—¿Deseaba que no tuviera ninguna información que darle? —Anne levantó una ceja.

—Sí. Hay un asesino en la casa de los Carnegie y no me gustaría que descubriera que a usted le gusta meter la nariz donde no debe.

—¿Ésa es su manera de decirme que se preocupa por mí, señor Crawford?

—No me gustaría verla...

—¿En la misma situación que Mason Bailey?

Se miraron. Anne extendió el brazo y tocó con el dedo la cazoleta de la pipa que él llevaba en el bolsillo superior del abrigo. Sonrió al recordar la postdata de la carta que Crawford le había escrito.

—¿Me hará caso? —preguntó él.

—Como siempre.

—O sea, no.

Anne echó a andar.

—Sígueme de lejos. No quiero que nos vean llegar juntos.

—Señora Starling...

—Sí, sí..., tendré cuidado —dijo sin volverse—. Se lo prometo.

playa cuando vio a Anne por el camino de arena que corría paralelo a ella.

—¿Señora Starling! —La llamó. Se quitó el sombrero y lo agitó en el aire.

—Oh, Lauren, querida. No la había visto.

—¿Ha ido a dar una vuelta?

Anne asintió.

—Sí —dijo—. Necesitaba tomar el aire.

—Espero que el paseo le haya calmado el dolor de cabeza. —Lauren Snyder buscó un hueco en el seto que separaba el camino de la carretera y lo cruzó—. Si no le molesta, podemos volver juntas —dijo señalando hacia el bosquecillo de magnolios que marcaba los límites de la mansión Carnegie.

—Claro.

Las dos mujeres caminaron en silencio durante algunos minutos. Sólo el rugido del mar, que iban dejando atrás, y el graznido de algunas gaviotas las acompañaban. Anne se llevó la mano a la nuca y la frotó con fuerza. Sentía en la espalda la mirada de Crawford, pero no se atrevía a darse la vuelta y comprobar si él la seguía. Tal vez, al ver a Lauren Snyder, el policía habría seguido la carretera para evitar que la guapa eslava lo sorprendiese y sacara alguna conclusión poco conveniente.

—¿Es su primera estancia en los Estados Unidos? —preguntó.

—No. Julian y yo recorrimos el país durante nuestra luna de miel.

—James me llevó a las Seychelles en la nuestra.

—También es un bonito lugar.

Anne se encogió de hombros.

—Puede —dijo—, pero pasé un mes encerrada en el apartamento que nos habían destinado en Victoria mientras James participaba en las conversaciones que llevaron a la independencia del país dentro de la Commonwealth.

Lauren Snyder emitió una breve carcajada.

—Supongo que no debe de resultar fácil ser la esposa de un diplomático.

—A veces incluso es difícil, pero sobre todo es aburrido.

—Creo que eso sí puedo comprenderlo. Julian me dijo que lo pasaría bien aquí, pero lo cierto es que la estancia en casa de los Carnegie se está mostrando sumamente tediosa. Apenas le he visto en dos estos días. Y aun así supongo que debo sentirme afortunada. ¿Se ha fijado en la señora Lodge? Parece tan infeliz.

Anne frunció el ceño un instante. No, apenas se había fijado en Madeline Lodge salvo para reparar en su presencia, insípida y anodina. Meneó la cabeza negando. Lauren Snyder estaba resultando una mujer mucho más observadora que ella.

—¿Por qué dice eso?

La esclava se encogió de hombros.

—Bueno, se supone que está aquí para disfrutar de unas vacaciones, como nosotros, pero pasa todo el tiempo en su cuarto trabajando para Bella Collingwood como una sierva fiel.

Anne se sorprendió al escuchar aquella palabra. ¿Sierva? Definitivamente Lauren Snyder no podía evitar ocultar su procedencia. La cicatriz que siglos de servidumbre habían dejado en la memoria de un pueblo no podía olvidarse de una generación para otra.

—Y luego está lo de sus dolores... Una vida absurda y llena de sufrimiento. ¿Puede haber algo peor?

—¿Qué dolores?

—¿No se ha fijado en su rostro? A veces es la representación del puro sufrimiento.

Sí, en eso sí se había fijado, pensó Anne.

—La sorprendí drogándose —dijo Lauren en voz baja.

Anne se detuvo y observó a la esclava.

—¿Madeline Lodge consume drogas?

—Me dijo que era su medicación. No lo comente, por favor. Yo la creo.

Las dos mujeres caminaron en silencio hasta doblar el recodo desde el que contemplaron la magnificencia de la mansión Carnegie.

—Por eso a veces me reprocho mi egoísmo. Al fin y al cabo, codearse con lo más granado de Nueva York y pasar unos días de asueto en un lugar como ése —Lauren señaló la casa—, es un auténtico privilegio, aunque no pueda compartir cada segundo del día con Julian.

Anne asintió y se preguntó si ésa era la razón por la que lo espiaba desde la ventana: una joven esposa enamorada que no puede disfrutar de la compañía de su marido, que le saca veinte años y que siempre se halla inmerso en negociaciones y reuniones que nunca tienen fin. En cierto modo la comprendía.

—Tendrá que acostumbrarse. Es el papel que deben desempeñar las

esposas de los hombres de negocios, a no ser que se vuelva díscola y desobediente, como yo.

Lauren volvió a reír.

—Exagera —dijo—. Julian tiene una excelente opinión de usted y de su marido.

—James sabe muy bien cómo hacerme parecer encantadora.

—No diga eso. Lo es. Y también es una gran conversadora. La he visto moverse como pez en el agua en ese ambiente tan...

Anne giró levemente la cabeza y observó a la mujer, que se había quedado en silencio.

—¿Tan...?

—¿Cómo decirlo...? ¿Frágil?

—¿Un ambiente frágil? —Anne levantó una ceja.

—Quizá no es la palabra. El inglés no es mi lengua materna —se disculpó la eslava—. Quiero decir que parece haber tantas fuerzas en equilibrio allí. —Extendió el brazo y señaló hacia el final del camino.

Anne entornó los ojos y pensó en la expresión que acababa de utilizar Lauren Snyder para referirse al ambiente que reinaba en la mansión donde se había cometido un asesinato: fuerzas en equilibrio, repitió mentalmente.

—¿Vuelve a dolerle la cabeza?

Anne la movió de un lado a otro.

—No, ¿por qué? —preguntó.

—Se ha quedado tan callada...

—Es esa forma que ha tenido de expresar la moderada armonía con que se sostiene una fiesta de Navidad que se ha tornado trágica —dijo—. Su uso de mi lengua es, en realidad, exquisito, querida.

—Me halaga que hable así. No siempre sé encontrar las palabras adecuadas. Especialmente cuando se habla de política y se presentan situaciones tan tensas como la de la cena de Nochebuena.

—¿Lo dice por el comentario de Christina Rawson?

—Fue muy desafortunado. Ella no sabe lo que es vivir en un país comunista.

—Supongo que ninguno de nosotros lo sabemos.

—Por eso creo que es una buena idea la que el señor Blumer ha propuesto:

organizar un imperio editorial que defienda los valores de occidente.

—¿A qué imperio editorial se refiere?

Lauren miró a Anne, que se había detenido y la observaba con gesto interrogativo.

—Oh, quizá me he..., ¿cómo dicen ustedes?, ¿ido de la lengua?

—Es posible, querida, pero ahora no puede dejarme así.

La mujer de Julian Snyder miró a un lado y a otro, como si quisiera asegurarse de que nadie las escuchaba.

—Al parecer, el señor Blumer ha propuesto al hijo de la señora Collingwood la creación de un imperio mediático que tenga como objetivo la defensa del modo de vida occidental.

—¿A modo de Ministerio para la Ilustración Pública y la Propaganda? No sabía que Luke albergara esas tendencias *goebbelsianas*.

—No creo que los planes del señor Blummer contemplen el exterminio de todo aquél que no sea norteamericano —dijo Lauren—. Ideas como la suya pueden suponer la diferencia entre el mundo tal y como lo conocemos ahora o un planeta sovietizado.

—Me hago una idea: *The Collingwood Daily*, una especie de Pravda occidental. —Anne observó a la joven, cuyo rostro se había oscurecido. Se mordió el labio. Quizá había ido demasiado lejos con su sarcasmo. Al fin y al cabo, ella tampoco había vivido bajo la bota comunista—. Lo siento —se disculpó—. Ninguno de nosotros sabe en realidad por lo que usted y su pueblo han pasado.

—A mí no me pareció mala idea —dijo Lauren.

—Probablemente no lo sea. ¿Pero cómo se ha enterado de los planes de Blumer?, si la pregunta no le parece indiscreta.

—Él mismo se lo contó a Bella Collingwood la tarde en que usted y su marido llegaron, aunque debo decir que no sabía que el señor Bailey y yo lo estábamos escuchando desde el porche. Supongo que debería haber tosido o algo así. ¿Usted lo hace cuando sorprende una conversación de la que no debería ser testigo?

Anne enarcó las cejas.

—Bueno..., supongo que depende...

Lauren Snyder asintió.

—Ya veo —dijo—. Tengo mucho que aprender.

Anne no contestó, pero estaba de acuerdo. Si los mentideros que aseguraban que Julian sería nombrado sir estaban en lo cierto, la futura Lady Lauren Snyder tendría que aprender a saber cuándo podía hablar y cuándo callar.

—Pero el padre ha muerto —dijo la joven—. ¿No debería recaer la custodia en la madre de forma inmediata?

Crawford se agachó al oír la voz y caminó en cuclillas hasta ocultarse detrás del seto. Preocupado porque Anne Starling y Lauren Snyder no le descubrieran, no se había dado cuenta de la presencia de Martin Wolch y Christina Rawson, que discutían bajo la copa de una acacia que, por el grosor de su tronco, debía de ser centenaria.

—Depende —contestó el exmilitar—. Ya le he explicado que no llevo ese tipo de casos, señorita Rawson, pero puedo ponerla en contacto con un buen despacho especializado en Derecho de Familia.

—Mi amiga nunca ha confiado en abogados.

—¿Entonces por qué quiere uno?

—Porque es la única forma de recuperar a su hijo.

Martin Wolch se encogió de hombros.

—Le daré la tarjeta de un colega que se ocupa de este tipo de casos, por si su amiga decide consultarle.

—¿Entonces usted no...?

—No —La voz del abogado sonó tajante—, yo no llevo este tipo de asuntos.

—Entiendo... —Christina Rawson se volvió y echó a andar hacia la mansión Carnegie.

Martin Wolch la siguió con la vista mientras encendía un cigarrillo y hacía tiempo para que la joven se alejase unos metros. Agachado detrás del seto, Crawford apoyó la mano en el suelo helado e hizo un gesto de dolor. Las rodillas se quejaban por la tensión a la que las tenía sometidas. Si el exmilitar no se marchaba pronto, le costaría un mundo volver a ponerse en pie.

Nicole se sirvió más café y echó una nueva cucharada de azúcar en la taza. Estaba sentada a la mesa de la cocina, adonde había bajado huyendo del despacho de Alexander Carnegie que estaba empezando a hacerse insoportable. Archy se había marchado para encontrarse con la británica en una cita secreta de la que le había hablado sin aportar demasiados detalles. Morgan seguía en la comisaría, investigando a los invitados de los Carnegie, y ella se había quedado sola en aquella oficina, decorada con gusto exquisito por la mano de Rebeca Carnegie, pero que no le decía nada.

Dio la vuelta al expediente de Mason Bailey, que estaba leyendo por enésima vez. Los fríos datos que mostraba no decían demasiado de la personalidad del muerto: número de la Seguridad Social, cuenta bancaria, deudas... Pese a la información que iban conociendo de Bailey y sus traiciones amorosas y económicas, el hombre estaba limpio. En lo que se refería a su relación con la policía, sólo una pequeña mancha emborronaba su expediente: años atrás, en New Jersey, Mason Bailey había sido denunciado por una empleada. Nicole recorrió con el dedo el expediente hasta que encontró el nombre: Elizabeth M. Green, hija de David y Emily Green, trabajaba para Bailey en el laboratorio donde éste creaba sus perfumes cuando un matraz le estalló en la cara. Mason Bailey no la tenía asegurada y ella lo denunció. Bajó el dedo un poco más y buscó la información que ya conocía: la apresurada mano de un policía había escrito con letra casi ininteligible que Elizabeth había retirado la denuncia poco después, sin que Bailey llegara a pagar por ello. Cogió su cuaderno de notas y escribió una pregunta: «¿Por qué?». Tenía una nueva tarea para el sargento Morgan. Dejó el bolígrafo junto a la libreta y bebió un sorbo de café.

—¿Tiene un poco de eso para mí? —Madeline Lodge entró por la puerta de la cocina que daba a la parte trasera de la casa. A pesar de que iba muy abrigada, estaba blanca como la nieve de fuera, pensó Nicole.

—Claro —dijo—. Está recién hecho. ¿Ha salido a pasear con este tiempo?

—Me sentía enclaustrada dentro de esta casa, así que le pedí a la cocinera que me diera los restos de pan —Levantó la mano y agitó una bolsa de papel vacía— para llevárselo a los patos. ¿Y usted?

—Vine aquí —Nicole señaló la cocina— en busca de un poco de hogar.

—¿El despacho del señor Carnegie le resulta demasiado serio? —
Madeline se sentó frente a Nicole, al otro lado de la gran mesa que recorría la
cocina casi de un extremo a otro, y se sirvió una taza de café.

—No estoy acostumbrada a tanta madera y tejido bordado a mano.

Madeline asintió.

—Comprendo a qué se refiere —dijo.

—Lo imagino. Supongo que su mesa de trabajo en la Asociación de
Oficiales caídos en Vietnam se parecerá más a la mía que a la del señor
Carnegie.

—La superficie de metal está rayada, una pata cojea y a la silla se le han
salido un par de muelles.

Nicole rio.

—Acaba de describir mi puesto de trabajo.

—Supongo que al Estado no le importa el bienestar de sus funcionarios,
como a los millonarios no les importamos quienes trabajamos por sacar brillo
a la memoria de sus hijos.

Nicole entornó los ojos y estudió a Madeline Lodge. Tal y como Anne
había dicho, tenía una cara anodina, un rostro que podía ser el de cualquiera.
Observó las manos con las que agarraba la taza, como si quisiera aprehender
cada gramo de calor que el café expulsaba. La piel deshidratada se asemejaba
al árido dibujo que recorre el desierto. No era una mujer que se cuidara, pero
debajo de aquella apariencia insustancial, latía un corazón con sus propios
rencores.

—No me malinterprete —añadió.

—No me gustaría hacerlo, señora Lodge.

—Pero no tendrá más remedio si no se lo explico...

Nicole se encogió de hombros. Sí, lo había captado.

—Conocí a la señora Collingwood hace unas semanas, cuando se puso en
contacto conmigo para hablar sobre los preparativos de la celebración en
memoria de los oficiales caídos en Vietnam que ha tenido lugar hace unos
días, en Nueva York. No diré que otros familiares no se preocupen tanto por
sus seres queridos, pero ella... Bueno, ella está obsesionada con la muerte de
su hijo. Quiere que de una forma u otra el nombre de Richard Collinwgood se
escriba con letras de oro en la historia de este país y trabaja mucho para

conseguirlo... —Madeline Lodge levantó la mirada y la fijó en los ojos de Nicole, que la observaba en silencio—. Mucho —repitió—, pero no es suficiente: el general necesita de la tropa para ganar la batalla.

Nicole asintió. Por un momento la imagen de Luis XIV, a la que había asemejado la augusta postura de Bella Collingwood, cambió y fue la de Napoleón Bonaparte la que apareció en su lugar. A sus pies, ocupada en cargar de pólvora un cañón, Madeline Lodge vestía la guerrera azul, deshilachada y quemada por el combate, de la *Gran Armée* napoleónica mientras el prohombre observaba impávido la batalla a través de un catalejo. Al final, siempre eran los Madeline Lodge los que morían de hipotermia, hambre o tifus.

—Cuando dijo que pediría a la señora Carnegie que me invitara a la fiesta de Navidad creí que...

Nicole movió la cabeza de arriba abajo, animando a la mujer a que continuara.

—Bueno, me hice la ilusión de que estaba tan agradecida por mi labor que quizá tomaría en consideración la posibilidad de contratarme como su secretaria particular. No tiene ninguna, ¿sabe?

—Pero no lo ha hecho —adivinó Nicole.

Madeline Lodge negó con la cabeza.

—No —dijo—. Pensé que tenía intención de aprovechar los dos días que pasaríamos aquí para conocerme mejor y decidirse, pero ni siquiera ha hecho una leve mención.

—No tiene por qué avergonzarse de contarme esto, señora Lodge. Tener ambiciones y el deseo de mejorar son anhelos muy humanos.

—Supongo que mis sueños no tienen nada que ver con las expectativas de la señora Collingwood. Soy un mero soldado raso.

Nicole no dijo nada. La imagen del soldado napoleónico cargando el cañón volvió a ella, pero no pensaba ahogar las breves esperanzas de aquella mujer dándole una razón que sabía que tenía. Quizá el asesinato de Mason Bailey y el alargamiento de la estancia de los invitados en la casa de los Carnegie diera a Madeline Lodge una oportunidad con la que, de otra forma, no hubiera contado. ¿Quién podía decirlo? El destino a veces jugaba con cartas muy extrañas.

—¿Ya ha vuelto? —La cocinera entró con un gran pedazo de carne que había tomado de la despensa y lo puso sobre la encimera—. Espero que se sienta mejor —dijo mirando a Madeline Lodge—. Esas jaquecas son muy fastidiosas.

—¿Le duele la cabeza? —preguntó Nicole.

—Sufro de migrañas.

—Y deben de ser fuertes —dijo la cocinera—. Cuando bajó en Nochebuena en busca de una aspirina, tenía usted la cara desencajada. Si necesita más, no dude en pedírmelas.

Fuera había empezado a nevar de nuevo y la puerta de la cocina se abrió con fuerza. Anne Starling y Lauren Snyder aparecieron con el cabello cubierto de copos. Tenían la cara sonrojada por el frío, pero quizá también por la carrera que habían dado para alcanzar la casa antes de que la nevada fuera más fuerte. Una corriente de aire helado penetró en la cocina. Nicole vio que Anne se volvía hacia la puerta y la cerraba, impidiendo que la nieve penetrara.

—Buenos días —Lauren Snyder saludó, mientras se sacudía los copos que le habían caído en los hombros del abrigo—. Nos hemos librado por muy poco —dijo—. Ha empezado a nevar.

Era obvio, pensó Nicole. Miró a Anne y se preguntó dónde habría dejado a Archy, pero no dijo nada.

—Si quieren café... —les ofreció—, aún queda y está caliente.

—No, gracias —Lauren Snyder lo rechazó con una sonrisa—. Subiré a ver si encuentro a Julian.

—Y yo, a James —dijo Anne.

Nicole asintió en silencio. Cada una se marchaba en busca de su hombre. Observó a Anne hasta que desapareció por la puerta que daba al pasillo por el que el servicio accedía a la parte noble de la casa y se preguntó, una vez más, qué habría entre ella y Arthur.

—Yo también me voy —dijo Madeline Lodge—. Me gustaría mecanografiar unas notas antes de la hora de la comida.

Cuando la secretaria de la asociación desapareció por la misma puerta por la que se habían marchado Anne Starling y Lauren Snyder, la de la cocina volvió a abrirse. Esta vez fueron Christina Rawson y Martin Wolch quienes aparecieron. Los ojos de la joven brillaban y Nicole se preguntó si se debía al

frío. Cuando observó la indiferencia de los de Martin Wolch, sospechó que no. Apenas se detuvieron para saludarla y siguieron el camino de los demás.

Poco después, apareció Crawford.

—Vaya, por fin —dijo Nicole.

—Sí, por fin. Creí que me congelaría ahí fuera. ¿Eso es café? —preguntó, señalando la cafetera.

—Sí, y aún está caliente. Siéntate, te serviré una taza. ¿Has averiguado algo?

Crawford negó con la cabeza.

—No —dijo—, no sabe nada.

—¿Y la crees?

Los dos se miraron en silencio durante un segundo.

—¿Por qué no habría de creerla?

—No sé..., tal vez...

—Si supiera algo me lo habría contado, Nicole.

—¿Y tú..., le has puesto al día?

—Sí, tal y como quedamos, ¿no?

Nicole asintió. En efecto, le había dado permiso para contarle a Anne Starling todo lo que habían descubierto. Él la había convencido de que su ayuda podía ser vital y ella le había creído.

—Le he pedido que sea cauta —añadió.

—Me parece bien. ¿Qué hacían esos dos ahí fuera?

—¿Te refieres a Christina Rawson y Martin Wolch?

Nicole asintió de nuevo.

—Ella tiene una amiga con un problema legal.

—¿Qué problema?

—Uno relacionado con la custodia de su hijo.

—¿Y ha consultado a Martin Wolch?

—Ajá.

—Todos se sirven de todos —dijo Nicole, pensando en la conversación que había mantenido con Madeline Lodge—. Al final descubriremos que esta reunión no resultó tan casual como parecía. ¿Quieres que ponga un poco de leche?

Crawford asintió.

Nicole colocó los dedos en la lechera. Seguía caliente. Vertió un chorrito en la taza de Crawford y los dos quedaron en silencio, frente a frente, con la mesa de la cocina entre medias mientras la tormenta de nieve arreciaba en el exterior.

CAPÍTULO 8

1

Nicole aparcó en la parte trasera de la mansión. Ella y Crawford se habían acercado al pueblo a tomar un bocado mientras los Carnegie y sus invitados almorzaban. Rebeca les había pedido que se unieran a ellos, pero Nicole prefirió no hacerlo. Confraternizar con testigos, sospechosos y un asesino no era la mejor forma de llevar adelante una investigación. Crawford no lo creía así. La invitación de Rebeca les habría dado la oportunidad de enterarse de detalles y observar reacciones que no podrían conocer si no estaban allí, pero era Nicole quien mandaba en aquel caso. Se detuvo en el porche trasero y echó un vistazo al jardín. Aunque había dejado de nevar la temperatura era tan baja que el césped se mantenía cubierto con una fina capa blanca que se extendía hasta la playa.

—¿No vienes? —Nicole se volvió hacia Crawford antes de abrir la puerta.

—Voy a fumar una pipa antes —dijo.

—Bien. Te espero en el despacho de Alexander Carnegie.

—Iré enseguida.

Nicole entró en la casa y Crawford volvió a mirar el jardín. Al fondo, el mar estaba agitado y las nubes amenazaban una nueva tormenta de nieve. A pesar de que llevaba el sombrero calado hasta las orejas, empezaba a dolerle la cabeza por el frío. Una ráfaga de viento helado le acuchilló las mejillas. Dio un par de pasos hacia atrás, en busca de refugio, y lo encontró en la pared lateral. Desde allí se veía gran parte de la casa. Llenó la cazoleta de tabaco y la encendió. La mayoría de las habitaciones de los huéspedes tenían las cortinas corridas. Crawford dirigió la mirada hacia el dormitorio de los Starling. Estaba al lado del de Mason Bailey. Se estremeció al pensar en la posibilidad de que el asesino hubiera cometido un error y confundido las habitaciones o que el gas se hubiera extendido hasta el cuarto de los Starling. Meneó la cabeza para espantar la idea. No quería imaginar a Anne tumbada en la cama, con el rostro envuelto por la máscara de la muerte. Prefería imaginarla con el vestido escurriéndose por su cuerpo... Durante un instante la

imagen de sus hombros desnudos en la habitación de Avery Ward volvió hasta él. No luchó por apartarla. Cerró los ojos y dejó que la figura a medio desnudar de Anne Starling recorriera su mente. Hasta que James Starling se interpuso. El rostro amable del diplomático se dibujó por encima de la desnudez de su mujer y Crawford apretó los dientes. Él era un hombre leal. Abrió los ojos y observó la fina capa de nieve que cubría el jardín, fría como el cadáver crispado de Mason Bailey, cuyo recuerdo ocupó el hueco que había dejado vacío el del cuerpo de Anne. Aspiró hondo y sintió en las fosas nasales el calor que desprendían las hebras del tabaco al quemarse. Anne Starling no podía morir. Él lo impediría. Levantó la vista y miró de nuevo la ventana de su habitación. Alguien apartó la cortina unos centímetros, como si estuviera intentando observar sin que lo vieran. Debía de ser ella. Ella husmeando, ella sopesando distintas posibilidades, probables causas, medios... Ella, siempre ella. La tela volvió en seguida a su lugar y la mano que la había sujetado desapareció.

Crawford vació la cazoleta de la pipa en un cenicero, se la guardó en el bolsillo de la chaqueta y entró en la casa. No quería que Anne se expusiera. Su imagen en la cama, muerta del mismo modo en que Bailey había sido asesinado, volvió a hacerle temblar. Hablaría con ella. Caminó por el pasillo de piedra hacia la parte delantera de la casa, donde estaba el salón en el que se reunían los invitados cuyas voces podía ya percibir. Torció los labios en un gesto de desencanto. ¿Hablar con ella?, pensó. ¿De qué valdría? Jamás le haría caso. Seguiría investigando por su cuenta hasta que el asesino la percibiera como una amenaza y actuara para neutralizarla. No, no serviría de nada intentar hacer entrar en razón a esa cabecita tozuda. Hablaría con Nicole. Ni siquiera Anne Starling encontraría una buena excusa para desobedecer a la policía cuando la inspectora les pidiera que se marcharan.

Al entrar en la casa, se dirigió al despacho de Alexander Carnegie y desvió la mirada al pasar por la puerta del salón. Se detuvo. Anne y James Starling estaban allí. Entonces... ¿de quién era la mano que había apartado la cortina de su dormitorio? Se giró y echó a correr hacia el piso superior. Subió los escalones de dos en dos y entró en la habitación de los Starling. No había nadie. ¡Maldita sea! Si el matrimonio estaba abajo, ¿quién había entrado en su dormitorio y por qué? Salió al pasillo y miró a un lado y otro. Vacío. Oyó el

rumor de voces en una habitación y se acercó hasta la puerta. Era la de Madeline Lodge que hablaba con alguien. Afinó el oído. Le pareció la voz de Lauren Snyder. A su espalda sonó el chasquido de un picaporte. Se giró. Martin Wolch abrió la puerta de su cuarto y salió al pasillo.

—Buenas tardes, inspector.

—Buenas tardes. —Crawford estudió el rostro del exmilitar. Estaba bien afeitado y llevaba el pelo cortado con un estilo elegante, el mismo que utilizaba en sus ropas—. Creí que estaba abajo —dijo.

—No. Me sentía pesado después de la comida y subí a echarme un rato.

Crawford asintió en silencio.

—¿Baja? —preguntó.

Cuando alcanzaron la escalera, Crawford acertó a ver a una mujer asiática que abandonaba el dormitorio de Bella Collingwood. Chi Pham, la joven niña vietnamita que Richard Collingwood había rescatado de un ataque a la ciudad de Kong Peng y que había colocado bajo la protección de su madre se había transformado en una bella mujer, pensó.

—Inspector —Rebeca Carnegie lo llamó desde la puerta del salón—, he mandado que les sirvan café a usted y a la inspectora en el despacho.

—¿Le importaría que lo tomara con ustedes?

Probablemente su pregunta la había sorprendido, pero Crawford no observó en el rostro de Rebeca Carnegie ningún gesto que lo diera a traslucir.

—Por supuesto que no. Si es tan amable de acompañarnos... —Se hizo a un lado y dejó pasar a los dos hombres que bajaban por la escalera.

Crawford tomó de manera mecánica la taza que la anfitriona le tendía. Mientras le servía, su mirada había recorrido todo el salón en un instante. Sólo faltaban Madeline Lodge, Lauren Snyder y Luke Blumer.

—¿Que quieres que los envíe de vuelta a Nueva York? —Nicole se echó hacia atrás y se dejó caer con suavidad sobre el respaldo—. ¿Por qué?

—Ya te lo he dicho —Crawford se inclinó hacia ella—. Había alguien en la habitación de los Starling y no era ninguno de los dos.

—Vale. Subamos.

—Pero pídele a Rebeca que les entretenga. No quiero que ninguno de ellos nos sorprenda en su habitación.

—No creo que fueran a denunciarnos —dijo Nicole, y Crawford apartó la mirada. No Anne, desde luego, pensó. Estaba demasiado acostumbrada a hacer eso en las casas y las habitaciones de los demás como para sentirse ofendida porque él lo hiciera ahora con la suya, pero no quería asustarlos.

—¿Qué creías que íbamos a encontrar aquí, Archy? —Nicole dio una vuelta sobre sí misma en el centro de la habitación de los Starling.

—No lo sé.

Lo habían revisado todo. No en profundidad, no tenían tiempo para ello, pero sí con el suficiente cuidado y no habían encontrado nada sospechoso. Quienquiera que fuese el que había entrado en el dormitorio a hurtadillas no parecía haber tocado nada. Volvió a sacar el pañuelo del bolsillo y abrió el cajón de la mesilla de noche con él. Dentro estaba la agenda privada de James Starling.

—¡No! —Nicole entonó su orden de un modo que no dejaba lugar a la duda—. No vamos a hurgar en las cosas de un miembro del cuerpo diplomático británico.

Crawford miró alternativamente a su amiga y a la agenda que se le ofrecía con tanta facilidad. Chascó la lengua.

—¡Maldita sea, Nicole! —Agarró el pomo con el pañuelo y cerró el cajón.

—Has dicho que Wolch estaba en su dormitorio. —Nicole cerró la puerta de los Starling al salir y ambos se dirigieron a la escalera—. James Starling y él se traen algo entre manos. Los he visto apartarse para hablar en privado.

—¿Estás sugiriendo que Wolch ha entrado ahí para espiar al señor Starling?

—Es una posibilidad.

—Investígalo.

—¿A quién?

—A Wolch.

—¿Para saber si es un espía?

—Es un posible sospechoso de asesinato.

—Y por eso el sargento Morgan ya lo está investigando, pero si aquí está jugando la CIA, no me meteré en su cancha.

—Nicole...

—No, Archy.

—Entonces pídeles que se vayan.

—¿Y por qué crees que me obedecerán?

—James Starling no se negará a obedecer una orden de la policía.

—¿Y su mujer le obedecerá a él?

Se detuvieron un momento ante la puerta del salón y observaron a los invitados, que conversaban tranquilamente en grupos. Anne levantó la vista y los miró.

—Inténtalo, Nicole —dijo Crawford sin apenas mover los labios.

—Pídeselo tú, Archy. Si te aprecia, te hará caso.

2

—G.3.

—¿De verdad?

Ralph arrugó el papel que tenía en la mano y lo escondió detrás cuando Anne Starling se acercó a ellos y los miró con gesto de burla.

—¿Estáis jugando a los barquitos?

—¿Por qué te avergüenzas, Ralph? —preguntó Peter, riéndose—. Sólo es un juego.

Anne Starling se aproximó al joven y tanteó en su espalda, en busca de la mano que escondía el trozo de papel.

—El señor Turner cree que es un juego de niños. Déjame ver cómo vas, Ralph.

Ralph abrió la mano y le entregó el folio en el que había dibujado la cuadrículas en la que había escondido sus naves y la cuadrícula en la que estaba intentado averiguar dónde se encontraban las de Peter.

—¡Por Dios, Ralph!, ¿no lo ves? —Anne le quitó el bolígrafo y rodeó unos cuantos cuadrados—. Aquí está el destructor de Peter —dijo—. Y apostaría a que aquí —Delineó cinco cuadrados más—, su portaaviones.

—No le ayude, señora Starling —protestó Peter.

Anne sonrió y le tendió el trozo de papel a Ralph.

—No eres un buen marino —dijo. El joven no le devolvió la sonrisa. Su mirada estaba fija en la mano que sujetaba el papel. Anne frunció el ceño—. ¿Qué pasa?

—Tenga cuidado —Ralph le sujetó la muñeca—, se ha manchado de tinta. —Sacó un pañuelo y lo pasó con delicadeza por la piel de Anne. Cuando acabó, la miró. Tenía la mirada perdida y se encontraba abstraída en sus pensamientos—. ¿Señora Starling, se encuentra bien?

La vida volvió a sus ojos. Parpadeó un par de veces y le devolvió la mirada.

—Oh, sí, Ralph. ¡Gracias! —Se inclinó hacia él, le tomó la cara entre las manos y le besó en la mejilla—. Me encuentro más que bien. ¡Me encuentro perfectamente!

Peter Carnegie y Ralph Turner se miraron en silencio cuando ella salió de la habitación, veloz como si de repente hubiera recordado algo que debía hacer y no podía esperar.

En el recibidor, a través de los cristales de la puerta de entrada, vio cómo Arthur Crawford se alejaba por el sendero, camino del pueblo. En el despacho de Alexander se oían rumores de voces.

—¿Te encuentras bien, querida? —Rebeca Carnegie se acercó a ella con gesto de preocupación.

—Sí. ¿La inspectora está realizando nuevos interrogatorios?

—Sí, ha querido hablar con el servicio de nuevo. No quisiera hacer juicios temerarios —Rebeca inclinó el cuello y bajó la voz—, pero creo que no han avanzado mucho en la investigación.

—Tranquilízate, saben cómo hacer su trabajo.

—Lo sé —admitió la anfitriona—, debemos confiar en la policía, pero mientras ellos trabajan tengo un asesino suelto por casa y estarás conmigo en que eso es algo sumamente inquietante.

—Sube a descansar un rato, Rebeca. Llevas aguantando mucha tensión estos días.

—No, prefiero estar ocupada atendiendo a los invitados. Alexander ha vuelto a desaparecer.

—Lo he visto marcharse con James, Martin Wolch y Julian Snyder. Están

en la biblioteca.

—¿Sabes qué se traen esos cuatro entre manos, Anne?

—Negocios.

—Ya, eso es lo que me ha dicho Alexander a mí también. ¿Volvemos al salón?

Anne negó con la cabeza.

—No —dijo—, tengo algo que hacer.

Rebeca pestañeó un par de veces.

—Sea lo que sea —agarró a Anne por el brazo y volvió a acercarse a ella como si no quisiera que nadie las escuchara—, ten cuidado, Anne.

—Descuida. Lo tendré.

—¿Cómo estás, Bella? —Rebeca se sentó junto a Bella Collingwood, al lado de la chimenea.

—Muy cansada. Estos días pasados en Nueva York han estado llenos de emociones.

Rebeca asintió. Había podido escaparse una tarde para asistir al homenaje de los oficiales caídos en Vietnam, pero Bella ya llevaba varias jornadas trabajando muy duro para que todo saliera bien.

—Y luego lo de la muerte de ese perfumista —añadió la anciana.

—Siento que lo que iban a ser unos días de fiesta y descanso para ti hayan terminado así.

—No, no... —Bella Collingwood extendió el brazo y lo posó sobre el de Rebeca Carnegie—, no te martirices, querida. No ha sido culpa tuya. La organización ha sido perfecta. Ni yo misma podría haberlo hecho mejor.

—Me alegra saber que al menos todo ha sido de tu gusto. Claro que no fue difícil con la ayuda de Donald.

—Es un secretario muy eficiente, sí. Sé que Edward se reunió con él y le dio instrucciones muy precisas para que mi estancia aquí fuera lo más cómoda posible. Los hijos no pueden dejar de meter las narices en los asuntos de los padres cuando se hacen mayores.

Rebeca miró a Peter, que había empezado a jugar al billar con Ralph al otro lado del salón.

—Supongo que es ley de vida —dijo—. No te enfades con él. Fueran cuales fuesen sus instrucciones, tu secretario me facilitó mucho el trabajo. Si todo ha estado a tu gusto, se debe a la precisión con que me informó de tus necesidades.

Bella asintió.

—¡Tranquilízate, Christina!

La voz de Jayden Hall sonó imperiosa. Las dos mujeres se volvieron hacia el rincón donde Rebeca había situado el árbol de Navidad. Christina Rawson estaba llorando.

—¡Quiero irme a casa —dijo.

Jayden le pasó el brazo por el hombro.

—Yo también. Todos queremos, pero no conseguiremos nada poniéndonos histéricos. Por favor, cálmate.

—No quiero calmarme. —Christina se soltó del abrazo de Jayden y se tapó las manos con la cara—. Ya te lo he dicho: quiero marcharme.

El ayudante de Avery Ward la agarró por la muñeca.

—No des un espectáculo —dijo entre dientes—. Ven, te acompañaré a tu cuarto.

Bella y Rebeca siguieron con la mirada a la pareja, que se marchó en silencio.

—Por primera vez estoy de acuerdo con ella —dijo Bella cuando salieron.

—Me parece que no estoy haciendo un buen trabajo como anfitriona —se quejó Rebeca.

—Por supuesto que lo estás haciendo. Has llevado esta espantosa situación de forma magnífica, pero a todos nos está superando. Yo también estoy cansada y quiero volver a casa. Le he pedido a Chi que prepare el equipaje. ¿Crees que la inspectora permitirá que me marche?

—Bueno..., no nos ha ordenado que permanezcamos aquí. Sólo lo ha pedido.

Bella Collingwood se echó hacia atrás y se recostó en el sillón. Cerró los ojos un instante y dejó escapar lentamente el aire de los pulmones.

—¿Hay alguna diferencia entre una orden y una petición de la policía?

—Le diré a Alexander que hable con ella. Supongo que no habrá ningún problema en que te marches.

—No sé si la inspectora estará de acuerdo. Todos somos culpables hasta que se demuestre nuestra inocencia.

—La ley dice justo lo contrario, Bella.

—¿Y crees que a ella le importa? —La anciana hizo un gesto con la cabeza y señaló la puerta del salón, que estaba abierta. A través de ella vieron a Nicole Reed, que despedía a una de las criadas y llamaba a otra antes de volver al despacho de Alexander Carnegie.

3

—¡Inspector! —Anne bajó del coche en el que había esperado a que Arthur Crawford terminara la llamada telefónica que había hecho desde una cabina, en el pueblo. Él se volvió sorprendido al oír su nombre. Tenía mal aspecto—. ¿Se encuentra bien? —preguntó cuando llegó a su lado.

—¿Qué hace aquí, señora Starling?

—Tenía que hablar con usted y le vi marcharse de la casa. Tiene mala cara.

—Creo que estoy agarrando un buen resfriado.

—Vamos a tomar algo.

—No.

Anne lo miró sorprendida.

—Alguien podría vernos juntos —explicó él.

—Entonces vamos al coche. Se está quedando helado.

—También podríamos vernos allí.

—¿Y qué? —protestó ella—, ¿tiene miedo de que alguien piense mal?

Anne sonrió al ver cómo las mejillas de Arthur Crawford se sonrojaban.

—No quiero que nadie crea que nos está ayudando.

—Venga, sígame. Conozco un lugar donde será difícil que nos sorprendan.

Anne se arrebujó en el abrigo cuando se sentó junto a Crawford en un banco, frente al quiosco de música en el que había discutido con su marido la noche anterior.

—Abríguese —le acomodó la bufanda en torno al cuello para evitar que el aire frío se colara por algún resquicio—. ¿Por qué ha venido al pueblo?

—Ya lo ha visto.

—¿A hacer una llamada telefónica? ¿No podía hacerla desde la casa?

—No.

—¿No quería que se enterara su amiga Nicole?

Crawford bajó el mentón y escondió el rostro aún más en la bufanda.

—Vale, no seré indiscreta. Le he seguido porque quería contarle algo.

—Veo que no me ha hecho caso.

—Ya se lo dije: como siempre. ¿Ha traído la libreta de Mason Bailey?

Crawford asintió.

—Sí, la llevo siempre conmigo. —La sacó del bolsillo y se la tendió. Ella la abrió.

—Mire —le mostró la página en la que el perfumista había anotado la lista con el nombre de los invitados a la fiesta de los Carnegie y señaló un resto de tinta corrida que salía del nombre de Luke Blumer.

—¿Qué? —preguntó Crawford, perplejo.

—El cadáver de Mason Bailey... ¿No se fijó en su mano derecha?

—Estaba manchada de tinta.

—Exacto —dijo Anne— y el nombre que está emborronado es el de Luke Blumer. Debió de tacharlo esa misma noche, al acostarse.

Crawford la miró, pero hubo de parpadear varias veces. El aire frío le hacía llorar los ojos. No acababa de entender lo que ella estaba tratando de decirle.

—Mason Bailey y Luke Blumer estuvieron juntos en el porche mientras tomábamos el cóctel, antes de la cena. Peter Carnegie me ha contado que los vio volver al salón casi al mismo tiempo y que Luke Blumer parecía enojado. Hacía calor, pero no tanto como para tener el rostro congestionado como lo tenía Luke Blumer.

—¿Y con eso quiere decirme que...?

—Que probablemente Bailey y el periodista tuvieron unas palabras en aquel porche. Luego, Mason se acercó hasta nosotras y habló con Bella Collingwood, a quien pidió una entrevista para el día siguiente.

—Sí —admitió Crawford—, eso ya nos lo contó.

—Dijo que quería estudiar la personalidad de Bella para conocer cuál sería la mejor esencia que la representaría, pero con Rebeca no tuvo tanto miramiento. Fabricó el perfume sin necesidad de entrevistarse con ella.

—¿Adónde quiere llegar, señora Starling?

—A que el motivo por el que Mason Bailey quería reunirse con la señora Collingwood no respondía a ningún perfume. Tenía otra razón.

—¿Cuál?

—Defenestrar a Luke Blumer. Por eso tachó su nombre esa misma noche al acostarse, porque al día siguiente acabaría con él.

—¿Acabaría en que sentido? ¿Cree que Mason Bailey tenía intención de asesinar a Blumer?

—¡Claro que no! No sea tonto. Iba a... —Anne se detuvo. Ante ella se alzaba el quiosco de la música en el que había intentado convencer a James de que le contara a la policía lo que había descubierto sobre Luke Blumer.

—¿Iba a qué? —Crawford le tomó la mano.

Anne sintió el frío de los dedos de la de él, aspiró una bocanada de aire y luego fijó la vista en el policía.

—Voy a contarle algo que no debería —dijo—, pero no puedo decirle cómo me he enterado.

Crawford arrugó el ceño y entrecerró los ojos, pero no dijo nada.

—¿Sabe cómo consiguió que le invitaran a la fiesta? —preguntó.

—Sí, él mismo nos lo dijo: se valió de un artículo publicado en *The Gossiper* en honor de los oficiales caídos en Vietnam para ganarse el favor de la señora Collingwood y lograr que los Carnegie lo invitaran. Quería obtener la exclusiva de la nueva colección de Avery Ward.

—¿Y qué diría si le cuento que Luke Blumer fue un enérgico activista anti-Vietnam a finales de los sesenta?

—¿Blumer? ¿Cómo lo ha averiguado? —preguntó Crawford.

Ella negó con la cabeza.

—Le he dicho que no se lo contaría.

—De acuerdo, no insistiré, pero cuénteme qué tiene que ver el activismo de Luke Blumer con Mason Bailey.

—No lo sé, eso tendrá que averiguarlo. Sólo estoy exponiéndole algunos hechos que no pueden ser fortuitos. Está claro que Luke Blumer quería asistir a la fiesta de los Carnegie y que se valió de Bella Collingwood para conseguir que lo invitaran. También tenemos que, por alguna razón, Mason Bailey lo tenía entre ceja y ceja, como a Jayden Hall y a Christina Rawson, cuyos

nombres tachó. Por la mancha de tinta que presentaba en el lateral de la mano, sabemos que tachó el nombre de Blumer justo antes de acostarse, algo que sólo lleva a pensar que Mason Bailey consideraba anulada la amenaza, fuera la que fuese, que representaba el periodista para él.

—Y usted ha unido la idea de que el perfumista pidió una cita a la señora Collingwood para denunciar el activismo anti-Vietnam de Blumer.

Ella asintió.

—¿No le parece un motivo un poco endeble para asesinar? —preguntó Crawford—. Al fin y al cabo, Blumer ya había conseguido lo que deseaba: asistir a la fiesta de los Carnegie y tener acceso a Avery Ward y su nueva colección. ¿Qué podía importarle que Bailey denunciara a la señora Collingwood su viejo activismo anti-Vietnam?

—El hecho de que si Bella conociera las auténticas opiniones de Luke hacia la guerra en la que perdió a su hijo mayor probablemente influiría en la propuesta que Blumer ha hecho a su hijo pequeño, Edward, para que la banca Collingwood invierta el dinero necesario para crear un imperio mediático que tenga como objetivo la defensa del modo de vida occidental.

Crawford se encogió en el banco y la miró fijamente.

—¿Cómo demonios se ha enterado de eso?

—Lauren Snyder me lo contó esta mañana, cuando nos encontramos al volver de mi entrevista con usted en la playa. El propio Blumer se lo contó a Bella la tarde antes de la cena de Nochebuena.

—¿En público?

Anne sonrió y guiñó un ojo al policía.

—Claro que no. Aquí viene lo mejor: fue una conversación privada entre Blumer y Bella que sorprendieron, sin querer, Lauren y... ¿adivine quién más?

—Bailey.

—Chico listo.

—Así que Mason Bailey descubrió una información que podía hacer mucho daño a Blumer. ¿Pero por qué utilizarla en su contra? ¿A él qué más le daba? Salvo que... Aunque, claro, eso no tiene demasiada importancia.

—¿Qué?

—El sargento Morgan ha averiguado que Bailey había pedido un préstamo a la banca Collingwood para salvar su negocio.

—Quizá pensó que la idea del imperio mediático que había propuesto Blumer podría poner en peligro la concesión de su préstamo.

—¿De verdad cree eso?

Anne negó con la cabeza.

No, no lo creía en absoluto. Los Collingwood tenían dinero suficiente para hacer frente al proyecto de Blumer y seguir con el negocio bancario sin que les temblara el pulso.

—Bailey debía de tener un motivo para temer a Blumer. Y eso es algo que le toca descubrir a usted y a su amiga Nicole.

Crawford tosió y ella se inclinó hacia él.

—¿Se encuentra bien? —Le pasó la mano por la cara. Estaba ardiendo.

—No —admitió.

—Volvamos a casa de los Carnegie. Tiene fiebre.

—No importa. Esta noche me tomaré algo. Pero, señora Starling, la información que me ha proporcionado sobre Luke Blumer...

—Le suplico que sea lo más discreto posible.

—Tendré que contárselo a Nicole.

—También se lo suplico a ella.

—¿A quién ha traicionado?

Anne bajó la vista.

—Prefiero pensar que le he ayudado a usted —dijo.

—Y lo ha hecho, pero...

Ella extendió la mano y le puso los dedos en los labios.

—No siga y, por favor, nunca más me recuerde esta conversación.

CAPÍTULO 9

1

—Vaya...

Nicole levantó las cejas y asintió con el teléfono pegado a la oreja. Al otro lado de la línea, el sargento Morgan le hablaba de Luke Blumer. Crawford la observó. Debía admitir que los años pasados desde que terminaran su formación en la Academia no habían restado un ápice a sus encantos. Seguía encontrándola atractiva. Entornó los ojos y la midió con la mirada. Lo era, ¿cómo podría no encontrarla atractiva si lo era? Además, tenía una inteligencia aguda que siempre le había resultado extrañamente provocativa. Nicole se volvió y dejó vagar la vista a través de la ventana. Crawford siguió la línea de su figura. También tenía un buen cuerpo, proporcionado, aunque..., estiró los labios y un hoyuelo se le dibujó en la mejilla, no podía compararlo al de Anne Starling. Cerró los ojos un momento y meneó la cabeza, como si quisiera expulsar aquella idea. Era improbable que lo consiguiera. La mujer de James Starling lo tenía obsesionado y ni siquiera el rescoldo de los viejos sentimientos que albergaba por Nicole removerían el obcecado empeño que dirigía su corazón hacia aquella seductora mujer que lo había descolocado desde que la conoció, en una librería hippy de Queens.

La inspectora se volvió hacia él y asintió, adelantándole con aquel gesto la información que le estaba transmitiendo el sargento. Si Luke Blumer supiera lo que estaba pasando, probablemente se echaría a temblar. Le había contado a Nicole la información que Anne le había pasado acerca del periodista. Encontrar un motivo por el que Mason Bailey tuviera una razón para amenazar a Blumer era lo que sin duda Morgan estaba contándole. Cruzó las piernas y se recostó sobre el respaldo de la butaca en la que estaba sentado. Se había tomado una aspirina y se sentía un poco mejor, aunque sabía que la fiebre no cejaría y que el malestar volvería en cuanto se pasara el efecto de la pastilla. Sacó la pipa del bolsillo, la llenó de tabaco y la encendió. Si Morgan había encontrado un motivo para que Blumer hubiera asesinado a Bailey, ahora serían dos los sospechosos.

Nicole colgó el teléfono y lo miró.

—Ahora ya sé por qué Elizabeth Green retiró la denuncia contra Bailey — dijo.

Crawford enarcó una ceja.

—¿Quién es ésa y de qué denuncia hablas?

—Es una antigua ayudante de Bailey. Trabajaba en el laboratorio y tuvo un accidente. Un matraz le estalló en la cara. El problema es que Bailey no la tenía asegurada, así que ella lo denunció. Al parecer, retiró la denuncia cuando Bailey se comprometió a pagarle una suculenta indemnización y los cuidados médicos pertinentes.

Crawford asintió.

—¿Y de Blumer? —preguntó.

—Llegamos a lo interesante: Austin McMan.

—¿Quién? —Crawford apartó la pipa de los labios.

—Un senador demócrata cuya carrera política se vio truncada hace unos años por un accidente de tráfico, ¿no lo recuerdas?

—Murió su hijo pequeño. Sí, ahora me acuerdo.

—Luke Blumer fue amante de su mujer.

Crawford levantó una ceja.

—¿Y? —preguntó.

—La carrera de un joven y prometedor periodista especializado en política se vio bruscamente interrumpida cuando Austin McMan descubrió el romance entre su esposa y él.

—Sigo sin comprender.

Nicole se sentó junto a Crawford.

—Mason Bailey fue la garganta profunda que descubrió al senador la relación amorosa entre los dos amantes.

—¡Caray!

—Y McMan se encargó de arruinar la vida del Blumer, que desde entonces sólo ha podido encontrar trabajo en revistas como *The Gossiper*. —Nicole abrió su cuaderno de notas y buscó la página en la que había anotado la declaración del periodista—. «Sólo nos conocíamos de vista» —leyó.

—Mintió.

—Sí —dijo Nicole— y tu garganta profunda tenía razón: Blumer fue un dinámico activista anti-Vietnam.

Crawford se levantó y vació la cazoleta de la pipa en la chimenea que ardía en el despacho de Alexander Carnegie.

—Así que —dijo—, por una parte tenemos a un Luke Blumer, periodista político cuya prometedor carrera se ve truncada por el comentario malévol de Mason Bailey, y, por otra, a un Luke Blumer que no ha renunciado a sus sueños de volver al periodismo importante, pero cuyo macroproyecto mediático puede venirse abajo si Bailey le cuenta a Bella Collingwood su activismo en contra de la guerra de Vietnam.

—De todas formas, sigo sin entender por qué Bailey querría arruinar la vida de Blumer por segunda vez.

—Debía de odiarlo mucho.

—¿Pero por qué?

—Bueno, eso es algo que tendremos que preguntarle al propio Blumer. ¿Te encuentras con fuerzas? Tienes mala cara.

Crawford metió la mano en el bolsillo de la chaqueta en busca del frasco de aspirinas que le había dado Rebeca Carnegie y lo sacó.

—Sí —dijo. Abrió el tubo y sacó otra pastilla—. ¿Me pasas el whisky del señor Carnegie?

Nicole le tendió la botella y un vaso limpio.

—Con tanta salida no me extrañaría que hubieras pillado una pulmonía. ¿Por qué tu señora Starling no puede hablarte aquí y siempre tiene que citarte ahí fuera, con la que está cayendo?

Crawford volcó el frasco sobre la palma de la mano y una aspirina rodó hasta ella, dudó un instante e inclinó el tubo un poco más. Sería mejor que se tomara dos.

—¿No contestas? —preguntó Nicole.

No, claro que no pensaba hacerlo, sobre todo porque esta vez no había sido Anne quien lo había citado en el pueblo. Tan sólo lo había seguido. La idea de bajar hasta allí había sido suya, pero no pensaba contárselo a Nicole hasta que tuviera la información que había solicitado a su propio compañero. Cuando Jones le llamara con lo que hubiera averiguado desde Nueva York, decidiría si contárselo o no.

—Llama a Blumer —dijo—. Tenemos una larga conversación que mantener con él.

Nicole asintió y salió del despacho en busca del periodista.

2

—Debí suponer que lo descubrirían. Imagino que fui un estúpido al mentirles.

—¿Por qué lo hizo, señor Blumer? —Nicole no había movido un músculo de la cara desde la llegada del periodista.

—¿Usted qué cree, inspectora? Mason Bailey estaba muerto. Alguien lo había asesinado y, de haber conocido mi pequeño tropezón con él, ustedes me habrían señalado como culpable.

—¿No se le ha ocurrido que podemos hacerlo ahora y con mayor motivo?

Blumer sacudió la cabeza y bajó la mirada hasta posarla en la gruesa alfombra persa que cubría el suelo del despacho de Alexander Carnegie.

—Fue hace tanto tiempo... Pensé que quizá...

—¿No quedara rastro de cómo Bailey le arruinó la vida?

Blumer levantó la vista y miró a Nicole. Una sombra de enojo le recorría el rostro.

—Sí, de acuerdo, ¡me cabreó mucho! —dijo—, pero aquello ocurrió hace años. No voy a decir que lo había olvidado, pero sí superado. He rehecho mi vida, inspectora, y en ella Mason Bailey es sólo un mal recuerdo.

—Era usted una figura prometedora. —Nicole buscó en su cuaderno en el que había tomado algunas notas de la información que el sargento Morgan le había transmitido—: publicó artículos en el *New York Times*, en el *Washington Post*, en...

—Artículos muy buenos que tuvieron una gran acogida. Sí —admitió Blumer—, era una figura prometedora.

—¿Y aun así trata de convencernos de que una brillante carrera truncada y la caída hasta *The Gossiper* es algo que ha superado?

—Y perdonado... —añadió Crawford, que había permanecido en silencio hasta entonces.

Luke Blumer miró al policía como si buscara en él el verdadero significado de la palabra "perdón".

—No tienen por qué creerme, obviamente. Sólo puedo insistir en mi

inocencia. Yo no maté a Mason Bailey.

Nicole pasó una hoja de su cuaderno y la recorrió con el dedo.

—No se trata sólo de lo sucedido hace años, señor Blumer —dijo—. Sabemos que ha propuesto un gran proyecto a Edward Collingwood y que el artículo que escribió hace unos días en honor de los oficiales caídos en Vietnam tenía por objeto hacerse con las simpatías de Bella Collingwood y conseguir que la madre influyera en el hijo.

—¿Cómo se han enterado de eso? —Luke Blumer se inclinó hacia adelante y apoyó las manos en el escritorio de Alexander Carnegie. La luz de la lámpara de mesa dibujó sombras en el rostro del periodista que agudizaron los pliegues de la piel, volviéndolos más profundos. Luke Blumer pestañeó varias veces hasta acostumbrar la mirada a la falta de luz. Nicole también se inclinó hacia adelante y la distancia entre los dos se redujo.

—De la misma forma en que lo supo el señor Bailey: a través de usted mismo. Debería cerciorarse de que las puertas están cerradas antes de sostener conversaciones delicadas que preferiría mantener en privado.

—¿Adónde quiere llegar, inspectora?

—A que Mason Bailey conoció el proyecto que se traía entre manos.

—¿Y qué?

—Y que también sabía que usted fue un dinámico activista anti-Vietnam a finales de los sesenta.

Crawford observó al periodista. Su porte altivo se había ido viniendo abajo y ahora sólo era un muñeco arrugado, metido a presión en la butaca de invitados del despacho de Alexander Carnegie. Nicole iba dándole con cuentagotas la información que habían averiguado sobre él y, con cada una de ellas, Luke Blumer se hundía un poco más.

—También quiero llegar al hecho de que Bailey solicitó una entrevista a Bella Collingwood que tendría lugar a la mañana siguiente de su muerte, que usted conocía esa información porque Jayden Hall se la contó durante la cena de Nochebuena y que el perfumista tachó su nombre aquella misma noche de una lista de invitados que había confeccionado en su agenda particular.

Luke Blumer se echó hacia atrás y se apoyó sobre el respaldo de la butaca en la que estaba sentado. La luz de la lámpara le iluminó de nuevo el rostro al completo y el periodista entrecerró los ojos, cegado por ella.

—¿Y qué demuestra todo eso?

—Que Mason Bailey iba a descubrirle a la señora Collingwood que su aparente patriotismo no era tal, lo cual pondría en serias dificultades el proyecto que ha propuesto a su hijo Edward.

—Eso es una conjetura, no una demostración.

Nicoleladeó la cabeza y frunció los labios.

—Quizá todavía no pueda probarlo, señor Blumer. Sólo necesito un poco más de tiempo y los hechos encajarán.

—¿Y me lo está contando para...?

—Para que me cuente la verdad.

—La verdad es que yo no maté a Mason Bailey.

—¿Qué es eso que todavía no he descubierto y que hacía que Bailey le odiara tanto, señor Blumer?

—Era un ser despreciable.

—¿Por qué quería destruirle?

—¡Yo qué sé! —Blumer se levantó y caminó unos pasos por el despacho.

—Pues le sugiero que piense y encuentre una respuesta, porque las cosas no pintan nada bien para usted.

—¿Puedo marcharme?

—Vaya a su cuarto y reflexione.

Luke Blumer se dio la vuelta y se dirigió hacia la puerta. Cuando la había abierto, Nicole le detuvo.

—Y, señor Blumer, no desperdicie el tiempo que le concedo en inventar una historia. Se le acaban las oportunidades. La próxima vez que hablemos, quiero la verdad.

—Una última pregunta. —La voz de Crawford detuvo al periodista antes de que abandonara el despacho—. ¿Dónde estaba a las dos de la tarde, señor Blumer?

—¿Por qué?

—Conteste.

—En mi cuarto.

—¿Estaba cansado?

—Esta mañana bebí demasiado y me dolía la cabeza.

—¿Alguien estuvo con usted?

—No. —Blumer se encogió de hombros y agarró el pomo de la puerta—. Estuve solo. Si ha ocurrido algo durante mi ausencia, puede achacármelo también a mí.

—No me gusta que mezcles asuntos no relacionados con el crimen —le reprochó Nicole cuando Blumer salió del despacho.

—Alguien ha estado en la habitación de los Starling y quizá haya sido él.

—Estamos investigando el asesinato de Mason Bailey, Archy.

—Podrían estar en peligro.

—Pues adviérteles, pero no torpedees mis pesquisas.

—No creo que lo haya hecho.

—Sí —Nicole frunció el ceño y apuntó a su amigo con un dedo acusador —, lo has hecho. Tenía a Blumer en el punto de mira y ahora se ha ido con un doble interrogante en la cabeza.

Crawford aspiró hondo y la bocanada de aire le hizo toser. Ella le alcanzó un vaso de agua. Los dedos de ambos se rozaron durante un instante en el que se observaron en silencio.

—¿Estás mejor?

Crawford meneó la cabeza.

—No —dijo—. Creo que he pillado un resfriado de los gordos.

—¿Por qué no te vas a casa y descansas?

Crawford volvió a negar con la cabeza.

—Aún me quedan bastantes de éstas —dijo agitando el bote de aspirinas que Rebeca Carnegie le había dado.

—Acabarás fastidiándote el estómago.

—¿Por qué has dejado marchar a Blumer? Podías haberle apretado más.

Nicole se encogió de hombros.

—Se ha asustado. Le vendrá bien este tiempo para poner sus ideas en orden y descubrir lo que le conviene.

—¿Contarnos la verdad?

—Si no lo hace por propia iniciativa va a llevarnos tiempo averiguarlo, y no lo tenemos. Esta mañana me llamó el comisario. No le gusta la idea de que la investigación se alargue. Ya sabes, los Carnegie, los Collingwood...

—¿Se han quejado?

—De momento, no.

Crawford asintió. Se sentó en la butaca que había ocupado el periodista y sacó la pipa.

—¿Cómo es que ahora fumas en ese cacharro?

—El tabaco es mejor.

—Ya. Y también es muy británico. ¿Influencias de tu amiga Starling?

—Entiendo que Blumer odiara a Bailey, pero no que Bailey le odiara a él —dijo, sin contestar a la pregunta de Nicole—. ¿Por qué quería el perfumista destruir de nuevo a Blumer? ¿Qué tenía contra él? Seguimos sin saberlo.

—Y eso es precisamente lo que quiero que nos cuente. —Nicole volvió a hojear su cuaderno de notas—. Después de la cena, el único momento en el que Blumer no estuvo a la vista de todos fue cuando salió al porche, en compañía de Jayden Hall y Christina Rawson.

—Otro sospechoso.

—Lo he pensado, sí —admitió Nicole—. Hall y Blumer podrían estar dándose una coartada mutua si no fuera por la presencia de la modelo.

—A no ser... —Crawford se acercó la boquilla a los labios, pero no llegó a aspirar por ella.

—¿A no ser qué?

—Que Christina también tuviera un motivo para asesinar a Bailey.

—Pero no hemos encontrado nada que los una.

Crawford levantó la vista y miró a Nicole. Agarró la pipa por la cazoleta y señaló a su amiga con la boquilla.

—Porque el nexo que los vincula es demasiado endeble y nos ha pasado desapercibido.

—¿A qué te refieres?

—A qué no, a quién.

Nicoleladeó la cabeza y entrecerró los ojos.

—Fue el propio Blumer quien nos lo contó la primera vez que lo interrogamos.

Nicole abrió la boca. Cogió el cuaderno de notas y pasó las páginas hasta el principio.

—«Bailey es homosexual, pero tiene un hijo» —leyó.

—Una paradoja muy jugosa si se le daba el enfoque adecuado —dijo Crawford—. ¿No fue algo así lo que dijo Blumer a propósito de su interés periodístico por Bailey?

—Pero si ese niño era su hijo, ¿por qué Bailey tendría que temer a Blumer? A pesar de su tendencia sexual, nadie podría arrebatárselo, ni siquiera los Servicios Sociales.

—Salvo la madre.

Nicole volvió a abrir la boca.

—¡La conversación que sorprendiste esta mañana entre Christina Rawson y Martin Wolch! —exclamó.

Crawford asintió.

—Le dijo a Wolch que el padre había muerto, pero no hablaba de una amiga que intentaba recuperar la custodia de su hijo. Hablaba de ella misma y del hijo que tenía en común con Bailey

Nicole cerró los ojos un instante.

—Lo que nos lleva a una situación muy interesante —dijo—. Si el hijo de Mason Bailey es también hijo de Christina, entonces tenemos a tres sospechosos dándose coartada los unos a los otros. —Nicole cogió un folio en blanco del cajón de Alexander Carnegie y escribió los nombres de Jayden Hall, Luke Blumer y Christina Rawson en tres columnas.

—Y también tenemos nuevos interrogatorios que hacer. —Crawford sacó el bote de aspirinas y lo agitó—. Me pregunto si Rebeca Carnegie tendrá más de éstas —dijo.

—Pásame una. Yo también la voy a necesitar.

3

—Han vuelto a llamar a Blumer.

—¿El periodista? —Julian Snyder levantó la vista del documento que estaba estudiando y miró a James.

—Sí —contestó.

Alexander Carnegie y Martin Wolch también interrumpieron su trabajo.

—Pero estaba limpio, ¿no? —preguntó el británico.

—Sí —dijo Wolch—, tranquilícese, Julian. Puede que haya matado al

marica, pero no sabe nada de esto. —Extendió la mano y señaló la mesa llena de papeles.

James no dijo nada. Desvió la mirada y la dejó vagar por el jardín a través de la ventana. Pensó en la diminuta hebra de hilo oscuro que había dejado pillada con el cajón de su mesilla de noche. Un truco demasiado obvio para un espía, pero quizá no para un periodista. La hebra había caído dentro del cajón. Alguien había estado en su cuarto y lo había abierto. No había tocado la agenda, pero no podía dejar de preguntarse acerca de la identidad del extraño y por qué tenía interés en él. Frunció los labios durante un segundo cuando una idea cruzó su mente: ¿y si no fuese él el objeto de interés del extraño, sino Anne? Se estremeció al pensar en la posibilidad de que estuviera en peligro. Le había pedido que no se inmiscuyera en la investigación del asesinato de Mason Bailey, pero por supuesto ella no le había hecho caso. Hacía un rato la había visto salir de la casa, probablemente para conversar con Arthur Crawford. Tendría que hablar de nuevo con ella y si Anne se negaba a obedecerle entonces hablaría con el inspector.

—¿Tú qué piensas, James?

Julian le observaba desde la mesa. James negó con la cabeza.

—No creo que sepa nada de nuestro propósito —dijo—. Es un periodista interesado en la moda y los cotilleos. —Levantó la vista y la fijó en Wolch, que desvió la mirada. Estaba seguro de que la CIA había informado al exmilitar y de que éste también conocía el pequeño secreto de Blumer—. En cualquier caso, cuanto antes lleguemos a un acuerdo y podamos dar carpetazo a nuestro asunto, mejor.

Julian Snyder asintió en silencio y luego se volvió hacia Alexander Carnegie.

—Necesitamos inversión privada, señor Carnegie, y creemos que usted es una opción adecuada no sólo en relación con la cuestión económica, sino sobre todo en lo referente a la reserva que requiere el asunto.

—Por supuesto, pueden contar con mi discreción —dijo Alexander—, pero mis negocios están relacionados con el acero. No sé nada de esto.

James observó al anfitrión. Tenía la mirada fija en los documentos que le habían proporcionado y los recorría con la vista, meditabundo. Claro que no sabía nada de eso. Desde los artículos que Perry Fellwock había publicado en

Ramparts y en *Time Out*, la existencia de la Red ECHELON era un secreto a voces entre los servicios de espionaje de medio planeta, pero no entre la población. La necesidad de gente como Alexander Carnegie en el proyecto se debía, sobre todo, a una cuestión meramente económica.

—Podría aconsejarles mucho sobre el acero, pero nada acerca de los satélites con los que piensan espiar las comunicaciones del planeta. Supongo que lo que han venido a buscar es financiación —Carnegie levantó la vista y miró alternativamente a los tres hombres.

—No vamos a engañarle —dijo Martin Wolch—. Sí, necesitamos dinero, pero también un hombre de probada confianza.

El anfitrión asintió en silencio.

—Sé que te resulta difícil tomar una decisión, Alexander —dijo James—. Se trata de un asunto muy delicado. Pero nos urge una respuesta. Tarde o temprano los soviéticos conseguirán copiar nuestro sistema y, para entonces, necesitamos que ECHELON esté lo suficientemente desarrollada como para defenderse a sí misma.

Carnegie se recostó en el respaldo del sillón en el que estaba sentado y dejó salir el aire de los pulmones poco a poco.

—No es sólo esto, James —dijo—. Es también todo ese asunto del asesinato. Necesito tiempo para pensar.

—Tómate el que precises, pero por favor, no más de lo estrictamente necesario.

—¿Quiere que los guarde yo de nuevo? —Alexander Carnegie preguntó a Martin Wolch, mientras señalaba los documentos que tenían esparcidos sobre la mesa.

—Sí, por favor. Esa caja fuerte secreta que tiene en la buhardilla es el mejor lugar para esconderlos. Le acompañaré.

Carnegie asintió.

—Bien —dijo— y luego me iré a dar un paseo. —Se detuvo junto a la puerta—. Solo —añadió antes de abrirla.

CAPÍTULO 10

1

—¿Por qué tienen que interrogarla otra vez? ¿No ven cómo está? —Jayden Hall había seguido al agente y a Christina hasta el despacho de Alexander Carnegie, donde aguardaban la inspectora y su colega. Nicole había salido a la puerta al oír la voz del ayudante de Avery Ward y le había pedido que esperara fuera, pero Christina Rawson no parecía dispuesta a separarse de él. Se agarraba a su brazo como si, de no hacerlo, fuera a caer al fondo de un precipicio en cuyo suelo se estamparía.

—Sí, veo que está nerviosa —Nicole habló paciente—, por eso le ruego que no lo ponga más difícil, señor Hall. Sólo le haremos algunas preguntas.

—No me dejes, Jayden —La joven modelo dio un paso atrás y se colocó detrás de su amigo.

—Señorita Rawson, no tiene nada que temer. Le aseguro que sólo son unas preguntas.

—¿Con las que van a intentar implicarla en el asesinato de Mason? —Jayden Hall se irguió ante Nicole—. Primero a mí, ahora a ella; supongo que van buscando una presa fácil a quien cargarle el muerto.

—Si no se aparta, señor Hall, tendré que arrestarlo.

—Déjale que pase con ella —Crawford habló desde el interior del despacho.

Nicole sopesó la idea durante unos segundos y luego se apartó de la puerta para hacerles paso.

—Adelante —dijo.

Jayden y Christina entraron juntos, ella aún agarrada al brazo de él.

—Voy a ser directa, señorita Rawson —Nicole ocupó su sitio habitual, al otro lado del escritorio de Alexander Carnegie, y Crawford se quedó de pie junto a la chimenea, al calor del fuego que ardía en el hogar—, nos ahorrará un tiempo del que no disponemos: he ordenado que investiguen ciertos hechos sobre usted, pero si es lista y sabe lo que le conviene me contará la verdad ahora.

—¿Qué verdad? —ladró Jayden.

—He permitido que esté presente en el interrogatorio, señor Hall, pero no le consentiré que lo obstaculice. ¿Entendido? Christina —Nicole se volvió hacia la joven—, ¿tiene usted un hijo?

—¿Qué? —El rostro de la modelo se contrajo en un rictus de espanto.

—Es una pregunta muy sencilla. Sólo tiene que confirmarla o negarla.

—¿A qué viene esto? —Jayden se inclinó hacia adelante y golpeó el escritorio con la mano.

Nicole desvió la vista y fijó una mirada fría en el ayudante de Avery Ward.

—Una vez más, señor Hall, y mandaré que le saquen de aquí y se lo lleven esposado a comisaría.

—No tiene derecho a hacer preguntas personales.

—Sí que lo tengo. —Nicole devolvió su atención a la joven, que había empezado a llorar—. Responda a la pregunta, señorita Rawson. ¿Tiene usted un hijo?

Christina Rawson gimió y las lágrimas se derramaron sin que la joven pudiera hacer nada por detenerlas y cayeron por las mejillas como un torrente desbordado de su cauce.

—¡Cuéntaselo, Jayden! Tienes que contárselo —dijo.

Nicole y Crawford se miraron.

—¿Qué tiene que contarme? —preguntó la inspectora.

—Nada. La ha puesto nerviosa —contestó Hall.

—Ya estaba nerviosa antes de venir. —Nicole cogió una caja de pañuelos de papel y le tendió uno a la joven. Luego miró al hombre que estaba sentado a su lado—. Ahora, además, ha perdido el control, pero usted no y, al parecer, hay algo que debe contarnos. ¿Qué es?

Jayden Hall se echó hacia atrás, como si quisiera poner distancia entre él y la inspectora, y cerró los ojos un instante. Se llevó la mano a la cara y se frotó el puente de la nariz con los dedos. Le temblaban.

—Mason...

—¿Qué?

—Mason era un bastardo —dijo—. Un hombre perverso que hizo daño a todo aquél que se cruzó en su camino por el mero hecho de hacerlo, pero tenía una obsesión: quería un hijo. Estaba empeñado en tener descendencia. Era algo que no podía quitarse de la cabeza. Como comprenderán, no podía

tenerlo con ninguno de sus amantes. Necesitaba una mujer para ello...

Nicole miró a la joven, que seguía llorando aunque ahora lo hacía en silencio.

—Encontró a Christina. Ella era joven y se moría de ganas por ser modelo. Mason la engañó. Le hizo creer que la ayudaría a convertirse en una gran modelo si le daba un hijo y renunciaba a todos los derechos sobre él. Y ella aceptó.

Nicole y Crawford volvieron a cruzar una mirada. Tenían razón. La consulta que Christina Rawson había hecho a Martin Wolch no se refería a una amiga, sino a sí misma y al hijo que había tenido con Mason Bailey.

—Mason no era tonto. La obligó a firmar un acta de renuncia ante notario, de manera que nunca pudiera requerir la custodia del niño, pero no fue suficiente. Quería asegurarse de que verdaderamente no lo hiciera, y se encargó de ello.

—¿A qué se refiere?

—La arrojó al mundo de la prostitución y la drogadicción. La convirtió en un deshecho humano para los que cualquier tipo de derecho, por muy básico que sea, queda fuera de su alcance.

Nicole aspiró una bocanada de aire y se dejó caer sobre el respaldo del sillón. Ahora todo empezaba a cuadrar.

—Y usted acudió al rescate de Christina —dijo.

Jayden Hall asintió.

—Les conté la verdad... Bueno, casi la verdad: no la conocí en un bar de alterne. Supe de su existencia porque...

—Porque, a pesar de todo, aún estaba enamorado de Mason Bailey y seguía su pista.

—Sí.

—¿Y el hecho de rescatar a la señorita Rawson fue su modo particular de hacer justicia? —Crawford se apartó de la chimenea y se sentó en una silla, junto a Nicole.

Jayden sonrió con una mueca de tristeza.

—No —dijo—. O no sólo eso. Pero supongo que ya lo han imaginado.

—Quería vengarse —apuntó Nicole—. Por eso están aquí los dos, en la fiesta de los Carnegie. Al proponer a la señora Ward que Christina fuera su

modelo de portada para la nueva colección mataba dos pájaros de un tiro: por una parte, lograba hacer realidad el sueño de una joven a la que la vida había maltratado de forma cruel y, por otra, volvía a ponerla ante su maltratador. Dígame, ¿cómo pensaban vengarse?

—No del modo que cree, inspectora. Nosotros no matamos a Mason — dijo Jayden.

—No me basta con esa afirmación, señor Hall. Necesito algo más.

Christina agarró a Jayden por el brazo.

—Por favor, Jayden, cuéntaselo. Es la única forma de que nos crean.

Jayden Hall volvió a llevarse los dedos al puente de la nariz y de nuevo lo frotó con fuerza. Los tendones del cuello estaban en tensión y los labios dibujaban una fina línea que ilustraba el estrés al que el ayudante de Avery Ward se estaba enfrentando.

—Hay alguien más —dijo.

—¿Quién?

Jayden meneó la cabeza, como si quisiera que con ese gesto desapareciera la difícil situación en la que se encontraba.

—Vamos, quién —insistió Nicole.

—Luke Blumer.

Nicole enarcó las cejas. Ahí estaba su trío de sospechosos, los tres que habían salido al porche después de la cena de Nochebuena y se cubrían con una coartada los unos a los otros. Se echó hacia adelante, apoyó los codos sobre el escritorio y la mejilla en las manos.

—Siga —ordenó.

—Mason también le arruinó la vida a Luke —dijo Jayden.

—Eso lo sabemos. Cuéntenos qué papel desempeña el periodista en su historia de venganza.

—Hace meses que él sabía que Avery pasaría estos días en casa de los Carnegie. Rebeca nos invitó al final de un pase de modelos en Nueva York, el pasado octubre. Mason estaba allí y escuchó la conversación. No era un secreto que su empresa estaba yéndose a pique de modo que, cuando se acercó a Rebeca y le dijo que pondría su nombre al perfume que estaba a punto de sacar, supe la intención con la que lo hacía. Rebeca Carnegie es una mujer inteligente, así que doy por supuesto que a ella tampoco le pasó inadvertida.

En cualquier caso, no supo cómo deshacerse de Mason y lo invitó a la fiesta.

—Y usted vio la oportunidad de tomarse una venganza que llevaba tiempo deseando.

Jayden Hall desvió la mirada y la fijó en el fuego antes de contestar.

—¿No es humano, inspectora?

—¿Asesinar?

El ayudante de Avery Ward volvió la vista hacia Nicole, como una flecha disparada hacia un objetivo.

—Le he dicho que nosotros no matamos a Mason. No fue eso lo que pensé.

—Estoy esperando a que me lo cuente.

—Yo había ayudado a Christina a que se recuperara, no sólo físicamente. También estaba recuperándola para el mundo de la moda. Estaba a punto de conseguir que la ficharan en *Ford Models* cuando Mason forzó a la señora Carnegie a invitarlo a su fiesta de Navidad y entonces... Bueno, entonces se me ocurrió que podía ayudar a Christina de forma que no sólo impulsara su carrera, sino también a que hiciera justicia con un hombre que había maltratado a tanta gente.

»Contacté con Luke Blumer. Sabía que Mason había arruinado su carrera desvelando al senador McMan el idilio que mantenía con su mujer porque por aquel entonces yo todavía estaba con él. Luego, cuando Luke empezó a trabajar para *The Gossiper*, nos encontrábamos con bastante asiduidad. Pensé que Christina, Luke y yo merecíamos una satisfacción por lo que Mason nos había hecho. Así que les propuse un plan: si conseguíamos reunirnos aquí los tres, forzaríamos a Mason a confesar lo que le había hecho a Christina y Luke lo publicaría en *The Gossiper*. Devastaríamos su vida como él había hecho con las nuestras.

—Y por eso convenció a Avery Ward de que pidiera a Rebeca que invitara a Christina con la excusa de ir dándola a conocer como modelo de portada de su próxima colección.

Jayden asintió.

—Sí. Sólo faltaba Luke, pero dijo que tenía una buena idea para lograr que a él también lo invitaran.

—Ya —dijo Nicole—. Bella Collingwood sería su pasaporte de entrada a la mansión Carnegie.

—Sí.

Nicole se recostó en el asiento y miró alternativamente a Christina y Jayden.

—¿Se da cuenta de lo que esto significa, señor Hall? Tengo tres personas con un posible motivo para haber asesinado a Mason Bailey. Tres personas que vinieron aquí para vengarse de él y que se dan coartadas las unas a las otras.

—Pero nosotros no lo matamos. Acabo de contarle en qué consistía nuestro plan.

—¿Y por eso debo creerlo?

Jayden inclinó los hombros hacia abajo y dejó caer la cabeza. Christina, a su lado, volvió a hipar.

—No lo hicimos —insistió—. No lo matamos. Para nosotros era mucho mejor que pasara el resto de su vida expiando su culpa, arruinado, despreciado y olvidado por todo el mundo.

—¿Y ahora qué? —preguntó Nicole cuando Christina y Jayden abandonaron el despacho.

—Ahora tenemos que hablar con Blumer otra vez —dijo Crawford.

Nicole consultó su cuaderno de notas.

—Según el testimonio de tu amiga Anne, Bella Collingwood y Madeline Lodge fueron las primeras en retirarse. Después lo hicieron Lauren Snyder y Avery Ward; y un poco más tarde, el propio Mason Bailey.

—Y, para entonces —dijo Crawford—, nuestros tres sospechosos ya estaban en el porche.

Nicole asintió.

—Fuera de la vista de todos —añadió—. Poco después de que Mason Bailey se marchara, tu amiga y Rebeca Carnegie también se retiraron.

—Pasadas las doce.

—Y Bailey fue asesinado entre la una y las dos.

—Un amplio margen de tiempo en el que no sabemos qué ocurrió.

Nicole hojeó el cuaderno y buscó otra página.

—Blumer asegura que él, Christina y Jayden se marcharon juntos.

—Es posible que así fuera.

—Y aquí es donde se nos abren dos posibilidades: Jayden Hall nos ha mentado y en realidad querían llevar su venganza hasta el acto final, matando a Mason Bayley, o ha dicho la verdad y fue uno de ellos quien decidió asesinar a Bailey por su cuenta.

—En este último caso —dijo Crawford—, apuesto por Blumer.

Nicole asintió.

—Estoy de acuerdo —dijo—. Además de haberle arruinado la vida, Blumer tenía otro motivo: evitar que Bailey desbaratara el proyecto que había presentado a Edward Collingwood. De modo que, sí, toca hablar con Blumer de nuevo. ¿Tienes fuerzas para seguir un poco más?

—Tengo fuerzas para llegar al final.

—Entonces vamos a por Blumer.

2

—¿Un doble motivo para asesinar a Mason Bailey? ¡La mitad del planeta tendría razones para habérselo cargado! —Luke Blumer levantó la voz. Estaba agitado. El rato a solas consigo mismo en su dormitorio parecía no haberle sentado bien.

—No se excite, señor Blumer —Nicole extendió los brazos con las palmas de las manos hacia abajo—, no está en situación de mostrarse enfadado. Le aconsejo que colabore.

—¿A señalarme como culpable? No. No cuente conmigo para ello. Mason Bailey me destrozó la vida hace unos años y por lo que me cuenta ahora pretendía hacerlo de nuevo, pero no soy un asesino. Es cierto que Jayden, Christina y yo habíamos pensado en tomarnos la revancha. ¿No es natural? Dígame, inspectora, ¿no cree que es humano? Arruinó nuestras vidas, nos envió al estercolero. Se merecía una respuesta similar y cuando digo similar quiero decir exactamente eso: ninguno de nosotros tenía intención de matarlo.

—¿Está seguro de ello? —Crawford lo miró por encima de la pipa, que había vuelto a encender.

—¿Qué quiere decir?

—Si nos han contado la verdad, Jayden Hall, Christina Rawson y usted

sólo tenían intención de devolverle el golpe a Mason Bailey...

—Exactamente eso —le interrumpió Blumer—: devolverle el golpe en las mismas circunstancias. Destrozarle, enviarle al abismo arruinando su vida, como él hizo con las nuestras, pero no acabar con ella.

—Supongo que puede asegurar tal hecho de usted mismo, señor Blumer, ¿pero y de Jayden Hall y de Christina? ¿Cree que alguno de ellos pudo tener una intención más profunda que la de simplemente devolver ojo por ojo, diente por diente?

—¿Quiere decir si podrían haberlo...?

—Asesinado, sí —dijo Crawford.

Luke Blumer pestañeó un par de veces en silencio, como si estuviera sopesando la posibilidad que Crawford le había expuesto.

—No lo sé —dijo al cabo de algunos segundos—. No lo creo, yo... —Meneó la cabeza de un lado a otro—. No lo sé. Sinceramente no puedo contestar a esa pregunta. Sólo puedo asegurarles que yo no lo hice.

Crawford y Nicole cruzaron una mirada. El primer nudo que amarraba al trío estaba empezando a deshacerse.

—Y, sin embargo, es el que más motivos tiene.

Luke Blumer se revolvió de nuevo en la silla que ocupaba.

—¿Por qué? ¿Porque escribí un artículo para alabar el alma de Bella Collingwood y conseguir su favor? ¿Es un delito intentar recuperar la vida que uno desea y una vez estuvo a punto de alcanzar? Sí, he presentado un proyecto magnífico a Edward Collingwood y, sí, he intentado ganarme el favor de su madre, pero eso no me convierte en un asesino.

—No, señor Blumer —Nicole le miró fríamente desde el otro lado de la mesa—, eso no le convierte en un asesino, pero la posibilidad de que Mason Bailey descubriera su jugada y volviera a arruinarle la vida, sí.

El periodista dejó salir un soplo de aire exasperado.

—Supongo que han decidido echarme el muerto a mí.

—Se equivoca. Queremos descubrir al asesino de Mason Bailey.

—Entonces, inspectora —Luke Blumer se puso en pie y apoyó los puños en el escritorio de Alexander Carnegie—, busquen en otro lugar. Estaré en mi cuarto, esperando a que vayan a detenerme.

—Al menos no ha dado un portazo al salir —dijo Nicole.

—Le has cabreado mucho.

—¿Yo? Creo que lo hemos conseguido entre los dos. —Nicole se echó hacia atrás y se frotó los ojos—. Cualquiera de ellos pudo hacerlo —dijo—. El asesino tuvo tiempo de sobra para cometer el crimen.

—Blumer ha dudado de Hall y Christina cuando le he planteado la posibilidad de que pudieran ocultar intenciones que no entraban en los planes del grupo.

—Pero eso no nos aclara nada. Si se lo planteamos a los otros dos, reaccionarán de forma parecida.

—Al menos ya sabemos qué tenían cada uno de ellos contra Mason Bailey, el problema es que seguimos sin saber por qué Bailey les temía a ellos.

—¿Te parece poco temer por su vida?

Crawford meneó la cabeza, como si no estuviera convencido.

—¿Crees que Bailey temía realmente por su vida?

—Bueno... —Nicole señaló el cuaderno del perfumista que estaba abierto sobre el escritorio por la página en la que éste había tachado los nombres de los tres sospechosos—, eso dice algo, ¿no?

—Si esos tachones significan que Bailey creía haber anulado la amenaza que cada uno de ellos suponía, es obvio que se equivocó. O bien en grupo o bien alguno de forma individual lo asesinó.

—¿Y cómo anuló a Christina? Sabemos cómo intentó desactivar las amenazas que suponían Hall y Blumer, ¿pero qué hizo para neutralizar a la chica?

Crawford se encogió de hombros.

—Habrá que preguntárselo. Contamos con que es la pata débil del trío.

Nicole miró el reloj de sobremesa que reposaba en el escritorio y asintió. Hacía tiempo que había oscurecido y fuera el viento soplaba con fuerza de nuevo. Volvería a nevar.

—Pero no ahora —dijo—, los dejaremos en barbecho durante la noche. Además, quiero ir a la comisaría y hablar con el sargento Morgan. Puede que tenga alguna novedad. ¿Me acompañas?

—Prefiero que me dejes en tu casa. Luego me contarás.

—Te ha subido la fiebre, ¿verdad?
Crawford asintió. Cada vez se sentía peor.
—Entonces, vámonos.

3

Crawford se tumbó en el sofá del salón de Nicole y sorbió el cuenco de consomé que le había preparado antes de marcharse a la comisaría. Un coche derrapó en la calzada húmeda, fuera, en la calle. Durante un instante, Crawford sintió que tensaba todos los músculos de su cuerpo mientras aguardaba el sonido del choque, pero no lo hubo. O el conductor era suficientemente diestro para evitarlo o simplemente había tenido suerte. El teléfono sonó.

—Estoy bien, Nicole. Me acabaré la sopa y me iré a la cama —dijo al descolgarlo.

—Esa respuesta significa que ella no está contigo. —La voz de Jones sonó burlona al otro lado de la línea telefónica.

—¡Tenías que ser tú!

—Bueno, te recuerdo que te llamo porque me has hecho un encargo...

Crawford se incorporó. Era cierto. Mientras él estaba allí de vacaciones, aunque probablemente muy lejos de la idea que Jones tenía de cómo estaban sucediendo, su compañero le estaba haciendo un favor.

—¿Has averiguado algo?

—Claro que sí. ¿Acaso lo dudabas? Martin Wolch fue miembro del Cuerpo Jurídico del Ejército.

—Eso ya lo sabía.

—Pero lo que no sabías es que fue el fiscal encargado de investigar la muerte de Richard Collingwood.

—Creí que había muerto en Vietnam.

—Y murió allí —dijo Jones.

—¿Entonces?

—John Murphy y Steven Postdam, dos soldados de su batallón, fueron acusados de *fragging*.

Crawford tiritó. A pesar de la sopa caliente y de que Nicole había puesto

la calefacción, estaba helado. Tiró de la manta que se le había caído sobre las rodillas e intentó cubrirse el cuerpo sin éxito. *Fragging*, pensó, una forma de asesinato que se había puesto de moda en Vietnam mediante la que los soldados mataban a sus mandos cuando consideraban que su incompetencia o su imprudencia había puesto en peligro a la unidad. Solían utilizar una granada, de ahí procedía la palabra, *fragmentation granade*, cuyo lanzamiento atribuían al enemigo.

—¿Sigues ahí? —preguntó Jones.

—Sí. ¿Qué pasó?

—Los dos soldados fueron declarados no culpables y los Collingwood acusaron a la fiscalía del ejército de no haber realizado un buen trabajo.

—¿Y fue así?

—Bueno... —Jones papeleó al otro lado del teléfono y el sonido de las hojas que pasaba llegó hasta Crawford—, no he tenido tiempo de investigar a fondo, pero el tal Wolch estaba hasta las cejas de trabajo. Llevaba seis casos al mismo tiempo. Hace cosa de un año, abandonó el ejército y ahora tiene un despacho propio.

—Sí —dijo Crawford—, eso ya lo sé.

—De momento es todo lo que tengo, pero si quieres sigo investigando.

—Si puedes...

—Tenemos un caso aquí —dijo Jones—. Ha aparecido un tío muerto a cuchilladas en el puente de Brooklyn, pero sacaré tiempo para seguir con Wolch. ¿Tú estás disfrutando de tus vacaciones?

—Mucho.

—Ya, ¿entonces qué haces pidiéndome que investigue a este tipo?

—Es un favor.

—Eso ya lo sé.

—Mera curiosidad.

No iba a contarle a Jones lo que estaba sucediendo. Si le decía que estaba acompañando a Nicole en un caso de asesinato entre peces gordos, su compañero metería la nariz y acabaría por enterarse de que Anne Starling estaba allí, y lo último que deseaba es que a la vuelta le friera a preguntas sobre ella.

—Soy el mejor compañero con que podrías soñar, Crawford, y tengo todo

un año junto a ti, hasta tus próximas vacaciones, para sacarte la historia que no quieres contarme ahora.

Crawford sonrió. Jones era capaz de pasarse todo el año insistiendo hasta encontrar un modo de saciar su curiosidad.

—Me preocuparé de ello cuando vuelva —dijo—. Te debo una.

—Y te pasaré la minuta. No lo dudes.

Volvió a tumbarse en el sofá cuando colgó. No había adelantado nada con respecto a lo que verdaderamente le importaba: la identidad de la persona que había entrado a curiosear en la habitación de Anne, pero tenía que admitirlo: aquella información valía su peso en oro. Bella Collingwood conocía a Martin Wolch y tenía un buen motivo para odiarlo. Interesante. Era curioso ver cómo los lazos que unían a los invitados de los Carnegie iban apareciendo poco a poco. Curioso y llamativo. Nicole se quedaría con la boca abierta cuando le contara lo que acababa de averiguar. Sorbió un poco de sopa y cerró los ojos. El problema iba a ser cómo hacerlo. ¿Qué excusa podía utilizar que explicara por qué había investigado a Wolch? Meneó la cabeza. Ninguna. Por muy imaginativa que fuese, Nicole no se la tragaría. Lo mejor sería contarle la verdad.

—¿Dónde has estado? —Anne bajó el libro y lo apoyó sobre el regazo cuando James entró en el dormitorio. Eran las once y media de la noche y hacía tiempo que se había metido en la cama, pero no podía dormir.

—Reunido.

—Hasta ahí lo había imaginado. Rebeca, Lauren y yo no les hemos echado el ojo a nuestros maridos en toda la tarde, así que supongo que has estado con ellos y con Martin Wolch.

—Supones bien.

—¿Qué te pasa? Pareces enfadado.

—No.

—Sí —Anne echó a un lado el edredón y bajó los pies de la cama—. ¿Tus tejemanejes no están saliendo como esperabas?

—Wolch me ha dicho que te vio salir con el coche.

—¿Y?

—¿Te has reunido con tu amigo Crawford en el pueblo?

Anne enarcó la cejas.

—¿Te molesta?

—Claro que me molesta —James caminó hacia ella y se sentó a su lado—.

Te he pedido por activa y por pasiva que no metas la nariz en el asesinato de ese tipo, pero insistes en no hacerme caso.

—¿Qué te ocurre?

—Acabo de decírtelo.

Anne negó con la cabeza.

—No —dijo. Extendió el brazo y posó la mano sobre la rodilla de él—, no es sólo eso. Hay algo más.

—Estoy preocupado, Anne.

—¿Por qué?

—¿Cómo que por qué? Hay un asesino suelto en esta casa, ¿te has olvidado de ello?

—Por supuesto que no, pero no tiene nada que ver con nosotros.

James bajó la cabeza y Anne le sorprendió echando un rápido vistazo a la parte de la cama donde él dormía. También ella miró hacia allí, pero sólo estaba la mesilla de noche.

—¿Hay algo que sepas sobre Mason Bailey que no me hayas contado?

—No.

—¿Entonces...?

James se giró hacia ella y la miró.

—Mañana hablaré con la inspectora Reed. Voy a pedirle que te saque de aquí.

—No hagas eso.

—Voy a hacerlo, Anne, y si la inspectora no está por la labor, confío en que tu amigo Crawford te aprecie lo suficiente como para apoyarme y conseguir que te eche de esta casa.

Los dos callaron durante algunos segundos. Lo único que se oía era el ulular del viento en el jardín y el molesto tictac del Brackett, que devoraba los minutos de forma inexorable. Anne se levantó y caminó hasta la chimenea.

—¡Estoy harta de este reloj! —dijo—. No pagues con él una cuenta que va conmigo.

Anne paró el reloj y el silencio se adueñó del dormitorio. Se dio la vuelta. James se había metido en la cama y se había girado hacia la ventana. Desde allí, sólo era un bulto envuelto en el edredón, tan sólo podía verle el pelo castaño que destacaba sobre el color blanco de la almohada. Por un momento pensó en que le gustaría pasarle los dedos entre el cabello, pero estaba demasiado enfadada para hacerlo. Volvió a colocar el reloj sobre la repisa de la chimenea. Las agujas marcaban las doce menos cinco. El momento en el que ella y James habían vuelto a pelearse por su afición a los crímenes. Miró la esfera beige del reloj y le pareció el rostro de un juez impassible que es testigo indiferente de las desavenencias de un matrimonio.

Caminó hasta la cama, se metió en ella y apagó la lámpara de la mesilla. No pensaba marcharse. Ni aunque Nicole Reed se lo ordenara.

CAPÍTULO 11

1

—¿Le has pedido a tu compañero que investigue a Martin Wolch? — Nicole dejó la taza de café sobre la mesa de la cocina, junto al plato en el que estaban las tostadas que todavía no había empezado a comer.

—No te enfades —Crawford extendió la palma de la mano como un jefe indio que saluda deseando la paz a su contrincante.

—¡Claro que me enfado! ¿Cómo no voy a hacerlo? Escucha, Archy, éste no es tu caso. Sólo me estás acompañando. ¿Todavía no te has dado cuenta?

—Jones es policía. Es mi compañero. No va a decir nada.

—¿Y qué crees que habrá pensado de la policía de los Hamptons, de mí...?

—No le he contado nada.

—Pero no se chupará el dedo. Además, te lo advertí ayer: no quiero que mezcles tu paranoia con mi asesinato.

—No es una paranoia, Nicole. Vi a alguien en el cuarto de los Starling.

—¡Oh, Jesús! —Nicole agarró con tanta fuerza la taza de café que derramó parte del líquido sobre el hule—. ¿Sabes? —Se levantó y cogió una bayeta del fregadero—, hoy no vas a venir conmigo. Te quedarás aquí.

—Ni en broma.

—Estás enfermo. Mírate, sigues teniendo fiebre.

—No, Nicole —Crawford también se levantó y se acercó a ella—. Iré contigo. —Le quitó la bayeta y limpió el café que se había derramado sobre la mesa.

—Esperaba algo diferente de estas vacaciones —dijo ella. Él no se volvió.—, pero supongo que es lo que tenía que ser. Si quieres venir conmigo, vístete. Me marcharé dentro de diez minutos.

—De cualquier forma —Nicole aparcó de nuevo el coche en la parte trasera de la casa de los Carnegie. Durante el trayecto, la tensión se había suavizado—, esa información no es relevante para el caso. Puede que Bella Collingwood crea que Wolch no se esforzó lo suficiente en conseguir que condenaran a los soldados sospechosos de haber asesinado a su hijo, pero no

tiene nada que ver con Mason Bailey. ¿Qué hace ése ahí? —Nicole señaló al porche de la casa, desde donde James Starling estaba mirándoles—. No parece de buen humor...

—Buenos días, inspectores —El británico salió del porche y se adelantó unos pasos para saludarlos.

—¿Nos esperaba? —Nicole aceptó la mano que le tendía.

—Sí. Quería hablar con ustedes un momento.

—¿Ha ocurrido algo?

James negó con la cabeza.

—No. Se trata de un asunto personal. Necesito que me haga un favor. — Nicole y Crawford permanecieron en silencio, a la expectativa. James Starling desvió la mirada un instante y la dejó correr en la lejanía, perdida entre el bosquecillo que daba intimidad a la propiedad—. Me gustaría que mi mujer pudiera volver a Nueva York —dijo.

Nicole enarcó las cejas.

—No tengo ningún inconveniente en que se se marche, señor Starling.

James se mordió el labio inferior.

—Creo que no me ha entendido. —Bajó la voz hasta hacer de ella un susurro—. Quiero que la saque de aquí.

—¿Yo? —Nicole achinó los ojos—. ¿Por qué no la manda a casa usted mismo?

James carraspeó y echó una mirada rápida a Crawford, que permaneció en silencio a la expectativa.

—Inspectora..., estoy seguro de que ha tenido oportunidad de conocerla lo suficiente para darse cuenta de que Anne no atiende a razones.

—¿Y qué le hace pensar que atenderá las mías?

—No le estoy pidiendo que razone con ella. Le estoy pidiendo que se lo ordene.

Nicole pestañeó un par de veces.

—No tengo autoridad para ello, señor Starling.

—Pero si lo intenta, tal vez...

—No creo que resulte —le interrumpió ella—. Quizá a ti te escucharía, Archy. —Se volvió hacia Crawford, y James y ella lo miraron.

Crawford tomó una larga bocanada de aire. Nicole no era consciente de la

razón que tenía James Starling cuando aseguraba que su mujer no atendía a razones y tampoco de la preocupación que sentía por ella. Asintió.

—Lo intentaré —dijo.

—Consiga que se marche, inspector. —James lo miró fijamente—. No quisiera que se ofendiera, pero parte de la responsabilidad de que ella pueda estar en peligro la tiene usted.

—Está siendo muy injusto, señor Starling —dijo Nicole.

—El señor Crawford la conoce y sabe que no debería haberle permitido inmiscuirse en la investigación de un crimen cuyo asesino anda suelto por los mismos pasillos que recorre Anne.

Nicole movió la cabeza de un lado a otro.

—No culpe a otros de una responsabilidad que le corresponde únicamente a su mujer y, en última instancia, a usted —dijo.

—No, Nicole —Crawford la hizo callar con un gesto de la mano—. Tiene razón. Hablaré con ella, señor Starling.

James asintió. Saludó con una inclinación de cabeza y se marchó.

—¿Por qué has admitido una responsabilidad que no es tuya? —Nicole se volvió hacia él, enfadada.

—Porque lo es.

Los dos se miraron con intensidad durante unos segundos mientras los copos de nieve que comenzaban a caer revoloteaban a su alrededor.

—Esa mujer te ha sorbido el seso.

Crawford no contestó y Nicole chascó la lengua, defraudada por su silencio.

—Haz lo que creas conveniente —dijo—, pero resuélvelo pronto.

Se alejó por el mismo camino por el que se había marchado James Starling unos momentos antes. Crawford se quedó allí de pie, en silencio, viendo cómo el cielo gris de la mañana iba cayendo sobre él poco a poco.

2

—Venga conmigo. —La voz de Anne Starling sonó a su espalda y Crawford sintió cómo lo agarraba del brazo y tiraba de él.

—¿Ha estado escuchando otra vez?

—Pues claro. —Anne echó a andar y Crawford la siguió. Rodearon la celosía que separaba la parte habitable del jardín de una frondosa arboleda y entraron en la caseta de las herramientas.

—Por supuesto —Crawford cerró la puerta detrás de él—, Anne Starling no podía evitar escuchar conversaciones ajenas una vez más.

—James ha estado muy desagradable. Lo siento.

—Ha dicho la verdad.

—¡Qué va! No debe sentirse culpable. Yo sola me basto y me sobro para meterme en líos. ¿Tienen algo nuevo?

—¡Pero bueno! —Crawford sintió que el calor le subía por el cuello hasta el rostro y le volvía la piel de color grana—. ¿No ha escuchado a su marido? Está preocupado y con razón.

—¿Por qué está preocupado? Hay algo importante que no me han contado. Crawford desvió la mirada.

—O sea, sí —dijo ella—. ¿Qué es?

—No es nada concreto, señora Starling. Simplemente nos inquieta su seguridad porque es usted demasiado impetuosa.

—Bonita manera de llamarme cotilla. Vamos, inspector, no se ande con tonterías y cuénteme qué es lo que está pasando.

—Creo que es usted perfectamente consciente de ello: se ha producido un crimen en esta casa y el asesino sigue suelto.

—Pues resolvamos el caso.

—Le he prometido a su marido que conseguiría que se marchara.

—Ya lo sé. ¿Tengo que recordarle que estaba escuchando la conversación desde detrás del seto? ¿Qué novedades tiene?

Crawford meneó la cabeza.

—Nada —dijo—. No tenemos nada, salvo...

—¿Qué?

Ella se acercó un paso y sintió cómo él aspiraba hondo.

—No está relacionado con el caso.

Anne dio otro paso.

—Da igual, cuéntemelo.

Crawford se retiró. Caminó hasta la puerta y tiró del pomo para asegurarse de que estaba atrancada aunque había sido él mismo quien la había cerrado.

Anne lo observó con una leve sonrisa en los labios que borró cuando él se dio la vuelta. Le había puesto nervioso. Abortó un nuevo asomo de sonrisa y decidió darle un respiro. Se acercó a una de las estanterías de la caseta y se apoyó en ella.

—Venga —insistió—, cuéntemelo.

—Hemos descubierto que el hijo mayor de la señora Collingwood murió en Vietnam asesinado por sus propios hombres, aunque no pudo probarse.

—¿No murió en combate?

—No. Fue un acto de *fragging*. ¿Sabe lo que es eso?

—Sí, he oído hablar de ello.

—Lo curioso es que Martin Wolch fue el fiscal instructor al que encargaron el caso.

—¿Cómo? —Anne levantó la cara y miró a Crawford fijamente. Se empujó con el hombro y se alejó de la estantería en la que se había apoyado.

—No se entusiasme —dijo Crawford—. Es verdad que los soldados acusados salieron indemnes del juicio y que los Collingwood reprocharon a Wolch no haberse esforzado lo suficiente para conseguir una condena. —Crawford frunció los labios—. Sería una interesante opción a considerar si la víctima no hubiera sido Mason Bailey.

—Si la víctima no hubiera sido Mason Bailey... —repitió Anne.

—¿En qué está pensando?

Ella se acercó y acertó la distancia entre ambos.

—Quizá acaba de resolver el caso, inspector —dijo.

Crawford pestañeó varias veces.

—¿A qué se refiere?

—El día que llegamos, Rebeca Carnegie no salió a recibirnos. James y yo estábamos en nuestro cuarto, acomodándonos, cuando la oímos hablar con alguien en el pasillo. Salí a saludarla y ¿sabe qué?

—Sorpréndame...

—Le va a encantar: le estaba agradeciendo a Martin Wolch que hubiera aceptado intercambiar su dormitorio con el de Mason Bailey.

—¿Me está diciendo que el dormitorio en el que Mason Bailey fue asesinado estaba destinado a ser el de Martin Wolch?

—Sí, eso es exactamente lo que le estoy diciendo. Y también que el

secretario personal de Bella Collingwood estuvo aquí, unos días antes de la reunión, para disponer junto a Rebeca la estancia de Bella.

—Entonces debía de conocer la ubicación de cada invitado.

—Se lo dije: solucionar el crimen era la mejor forma de conseguir que me marchara a casa.

—No se anticipe. Aún no lo hemos resuelto.

—Oh, pero vamos, señor Crawford, la conexión está clara, usted mismo acaba de establecerla: los Collingwood consideraron que Martin Wolch no hizo un buen trabajo como instructor y que por ello los asesinos de Richard quedaron impunes. Ésta era una ocasión perfecta para vengarse: Bella conocía con anticipación el dormitorio que ocuparía Wolch, pero no tuvo oportunidad de conocer el cambio que Rebeca se vio obligada a hacer.

—¿De verdad cree que la señora Collingwood es capaz de introducirse en un dormitorio sin que nadie la vea y gasear a una persona?

—No, sinceramente no lo creo.

—¿Entonces por qué está exponiendo esa teoría?

—¿Conoce a su doncella?

—¿La joven vietnamita?

Nicole asintió.

—Sí —dijo Crawford—, la hemos interrogado, ¿por qué?

—Era una niña cuando Richard Collingwood la sacó del infierno de su país y la mandó a Estados Unidos, poniéndola bajo la protección de su madre.

—¿Cree que ella...?

—Es una posibilidad. ¿No ha visto cómo se mueve? Parece un felino. Nadie la oye, nadie nota su presencia y tenía una cuenta grande que saldar con Richard Collingwood.

Crawford se llevó la mano a la barbilla y la acarició con los dedos.

—Sí —admitió—, es una posibilidad.

—¿Y a qué está esperando para comprobarla? Vaya a contárselo a su amiga Nicole.

—¿No quiere venir conmigo? —Entonces fue Crawford quien dio un paso hacia adelante y acortó la distancia entre los dos.

—Claro que quiero, pero no sé si ella lo permitirá después de lo que han hablado ahí fuera con James.

—Probemos.

—¿Pero usted no iba a convencerme de que volviera a Nueva York?

—Sí, pero usted dirá que no se ha dejado convencer.

—Creí que le preocupaba mi seguridad...

—Y me preocupa. No voy a dejarla sola ni un instante. —Crawford sonrió y se acercó a ella otro paso—. Se ha manchado con algo. —dijo, y señaló la manga del abrigo que Anne llevaba. Había una mancha húmeda cuyo olor era inconfundible.

—¡Maldita sea! —Anne frunció el ceño—. Es cloro.

Los dos miraron la estantería donde ella había estado apoyada segundos antes. Estaba repleta de botellas de cloro para la piscina.

—Se ha estropeado el abrigo.

Ella meneó la cabeza.

—Da igual. Lo importante es que acabamos de solucionar el caso. ¿Hablamos con su amiga la inspectora?

3

—¿Bella Collingwood la asesina? —Nicole abrió los ojos y la boca, se levantó y agarró el borde del escritorio de Alexander Carnegie con tanta fuerza que la piel de los dedos se volvió blanca.

—No decimos que haya sido la mano ejecutora —dijo Crawford—. Es posible que quien llevara a efecto el crimen fuera Chi Pham.

—E incluso es posible que la propia joven lo cometiera sin que su señora lo supiera —añadió Anne.

Nicole negó con la cabeza y se dejó caer en el asiento, como si acabaran de infligirle una derrota.

—¿Sabéis lo que estáis diciendo? Si acuso a un miembro de los Collingwood de asesinato y me equivoco...

—Por eso primero habrá que cerciorarse.

Nicole levantó la mirada y la posó en Crawford.

—Rebeca Carnegie acaba de preguntarme en su nombre si podía marcharse y le he dicho que sí.

—Pues hay que hablar con ella antes de que lo haga —dijo Anne.

—¿Con qué motivo, señora Starling? ¿Como sospechosa de asesinato?

—No tienes por qué ir tan lejos. —Crawford acercó una de las butacas a su amiga y se sentó a su lado—. Puedes...

Los tres se miraron en silencio.

—¿Qué? ¿Puedo qué, Archy?

—Cite a Chi —sugirió Anne—. Diga que quiere hablar con ella una vez más antes de que se marche por si hubiera recordado algo.

—Es una excusa estúpida.

—Sí, pero le dará la oportunidad de hablar con la doncella y quién sabe si de esa conversación no saldrá el hilo que le lleve hasta la señora. O tal vez...

—¿O tal vez...? —preguntó la inspectora.

Anne se encogió de hombros.

—No sé —dijo—. Tal vez suceda algo que le dé más tiempo.

Nicole asintió.

—El comisario va a subirse por las paredes cuando se entere —dijo— y yo acabaré vestida de uniforme haciendo la ronda en el puerto. ¡Agente! —llamó al policía que custodiaba la puerta—, busque a Chi Pham y tráigala, por favor.

—Yo tengo que irme —dijo Anne, levantándose.

—¿No quiere quedarse al interrogatorio? —Nicole levantó las cejas, sorprendida.

—No, tengo algo que hacer. Luego me contarán cómo ha transcurrido.

—Espere —Crawford se interpuso entre ella y la puerta—, no quiero que se aleje de mí.

Anne esbozó una tímida sonrisa. A veces aquel hombre era tan adorable.

—Tranquilo —Le puso una mano sobre el brazo y apretó ligeramente—, estaré bien.

—Su marido...

—No se enterará.

Anne sorteó a Crawford, que achinó los ojos cuando la vio alejarse hacia la puerta y cerrarla tras ella.

—¿Quieres que pida a Robins que la siga? —preguntó Nicole.

Crawford negó con la cabeza.

—Le daría esquinazo —dijo.

—¿Por qué no se ha quedado al interrogatorio? Creí que no podía resistirse a meter la nariz donde nadie la llamaba —dijo Nicole.

—Y no suele —contestó él.

CAPÍTULO 12

1

James no había encontrado a Anne. Después de hablar con los dos policías, la había buscado, pero o bien ella se había escondido para evitarlo o bien, y esto era lo que le preocupaba, seguía metiendo la nariz donde no debía. Miró el reloj de pulsera. Pasaban cinco minutos de las nueve y media, la hora que él y los demás habían fijado para reunirse aquella mañana. No podía seguir buscándola. ¿O sí? Se detuvo antes de empezar a subir la escalera. ¿A qué se debía primero, a su trabajo o a su mujer?

—¡James! —Alexander Carnegie lo llamó desde arriba—. Venga, te estamos esperando.

Asintió con un movimiento de cabeza. «Por favor, Dios mío, protégela», pensó, y subió los escalones de dos en dos.

—Bien, caballeros —Alexander se situó de pie, frente a Julian Snyder, Martin Wolch y James, que estaban sentados alrededor de una mesa de centro sobre la que alguien había dejado una cafetera, tazas y unos platos con pastas —, después de sopesar la propuesta que me han venido explicando a lo largo de los últimos días, quiero comunicarles que voy a aceptarla. Entraré a formar parte de la Compañía como inversor.

—¿Entiende que la *Compañía* no es tal, verdad, señor Carnegie? —Wolch se sirvió un par de cucharadas de azúcar y removió el café.

—Lo entiendo perfectamente, Martin. No es una compañía al uso y la financiación se realizará por los conductos que ustedes indiquen.

—Gracias —Julian Snyder se puso en pie y tendió la mano al anfitrión—, gracias Alexander. Acabas de rendir un gran servicio al mundo occidental, aparte de que algún día, te lo prometo, verás tu inversión multiplicada por cientos. No te arrepentirás.

James cerró los ojos un instante y espiró lentamente. Todo había salido a pedir de boca. No sólo Julian Snyder y Martin Wolch habían sentado las bases para formar un bufete de abogados que pudiera operar en los dos países, Gran Bretaña y Estados Unidos, y que serviría como tapadera para lo que realmente importaba: la colaboración secreta entre ambas naciones y el resto de países

de la Commonwealth que conformaban el USUKA, sino que Alexander Carnegie había aceptado financiar secretamente el proyecto. Se puso en pie y sonrió a su amigo. Lo apreciaba sinceramente y, aunque había trabajado por conseguir que el empresario se decidiera a aceptar la propuesta, lo cierto es que al escuchar cómo verbalizaba su decisión, un escalofrío le había recorrido la espalda. Martin Wolch le había asegurado que ningún miembro de la familia Carnegie se vería jamás perjudicado por aquella asociación clandestina a la que Alexander había dado su anuencia, pero, quizá influenciado por las palabras de Anne, durante los últimos días no había dejado de reprocharse el hecho de que estaba utilizando la mansión Carnegie para negocios que podían llegar a ser muy peligrosos. Cuando Alexander le palmeó la espalda y le devolvió la sonrisa, James tragó saliva. Lo último que deseaba era buscarle problemas y sabía que las palabras de Martin Wolch no eran ciertas del todo. Ni él ni todos los servicios de inteligencia del mundo occidental unidos podrían evitar una operación planificada con esmero que tuviera por objetivo a un Carnegie.

—Bien, pues ahora que todo está claro —El anfitrión extendió los brazos, con las palmas de las manos hacia arriba, y pasó la mirada por sus tres interlocutores—, si no les importa que les deje, Bella va a marcharse esta mañana y quiero despedirme de ella.

—Por supuesto —Martin Wolch le tendió la mano y Alexander la aceptó—. Me pondré en contacto con usted cuando James vuelva de Inglaterra y firmaremos el acuerdo.

—Estaré de vuelta para después de Año Nuevo.

El exmilitar sonrió.

—1979 va a ser un gran año —dijo.

—Eso espero. —Alexander saludó a sus compañeros con una inclinación de cabeza y salió.

—¿Ustedes se quedan? —Martin Wolch miró a los dos británicos.

—No —dijo James—, yo también me voy.

—Pero primero acaba el café —le advirtió Julian con un gesto que no pasó desapercibido ni a James ni a Wolch.

—Les dejo —se despidió éste.

—¿Qué pasa? —preguntó James cuando Martin Wolch salió de la

habitación.

Julian echó un vistazo a través de la ventana, a la extensa pradera que se abría a la playa, como si allí fuera a encontrar la respuesta que le había planteado el diplomático.

—He recibido un aviso del MI6 —dijo.

—¿Relacionado con ECHELON?

Julian meneó la cabeza.

—No —dijo—. Nuestro pequeño secreto está a salvo, de momento. Alexander Carnegie puede sentirse tranquilo.

—¿Entonces?

—Se trata de John Hawkins...

James se sentó y cogió su taza de café como si quisiera agarrarse a algo. Estaba fría, o quizá fuera su propia piel la que se había helado. John Hawkins, pensó, el topo que los rusos habían conseguido colar durante las reuniones que se mantuvieron para la adhesión de las Seychelles a la Commonwealth y cuya identidad había descubierto él. Un descubrimiento que aún le producía sentimientos encontrados: aunque la pena de muerte por asesinato había sido abolida en el Reino Unido en 1965, en 1977 aún seguía vigente para ciertos crímenes; y cuando Hawkins fue descubierto, el Fiscal General del Estado no paró hasta conseguir que se le aplicara la Ley de las Fuerzas Armadas, por la que todavía podía condenarse a la pena capital por delitos como el de traición y el de espionaje. Lo habían ajusticiado en el castillo de Norwich, un hecho que a James aún le provocaba pesadillas.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Julian Snyder.

James no contestó.

—Está muerto —dijo.

—Y alguien quiere vengarse por ello —Snyder bajó el mentón y le miró con los ojos entrecerrados.

—¿Quién?

El abogado se encogió de hombros.

—Si lo supiéramos, el asunto estaría arreglado y no tendría que haberte molestado con él. Alguien quiere matarte.

—¿Los rusos?

—Tal vez.

James frunció los labios y meneó la cabeza.

—No creo —dijo—. John Hawkins sólo era una herramienta, y no de las más importantes, para el KGB.

—Es posible —admitió Julian—, ¿pero quién sabe qué se cuece en las ollas de los soviéticos?

James dejó la taza en la mesa, miró a su compañero y durante un instante su memoria volvió a aquellas reuniones interminables en Victoria, cuando por una simple concatenación fortuita de hechos descubrió la traición de John Hawkins. No dejaba de ser paradójico que, cuatro siglos después de que Isabel I contratara los servicios del John Hawkins comerciante de esclavos y corsario que la reina utilizó para atacar a los españoles, otro súbdito británico con el mismo nombre les devolviera el golpe trabajando para los rusos y quebrando el sistema desde dentro.

—No quiero que te preocupes en exceso —dijo el abogado—. El MI6 anda tras la pista. Sólo te lo he contado para que estés sobre aviso.

—Te lo agradezco, Julian.

—¿Nos unimos a los demás? Puede que esa inspectora tan atractiva haya resuelto ya el caso y nos cuente quién asesinó al señor Bailey.

—Iré en enseguida.

—Bien.

Julian Snyder salió de la habitación y James sintió cómo se arrugaba su cuerpo en el sillón. No podía quitarse de la cabeza el recuerdo de que alguien había hurgado en el cajón de su mesilla de noche. Un alguien que había entrado en su dormitorio como Pedro por su casa. «¡Anne!», pensó. Se levantó y echó a correr hacia su habitación.

2

—¿Anne? —James oyó el grifo del baño cuando entró en el dormitorio—. ¿Anne, estás aquí?

—¿Dónde iba a estar? El coche patrulla en el que la inspectora piensa llevarme de vuelta a Nueva York todavía no ha llegado.

James se asomó al aseo. Anne estaba lavándose las manos.

—¿Te lo ha contado tu amigo Crawford?

—¿Le crees capaz de hacerlo? —Anne miró a su marido mientras el agua del grifo corría por entre los dedos—. ¡Claro que no! Os escuché escondida tras el seto.

—Muy bonito, una esposa espiando a su marido. ¿Con qué te has manchado? —James señaló el agua oscura que caía en el lavabo. Se acercó a ella y la cogió por la muñeca—. ¿Eso es grasa?

—¡Quita! —Anne lo apartó y se secó las manos en la toalla. Los dedos le cosquillearon con esa molesta sensación que tenía desde hacía días. El picor que la había venido martirizando se había transformado en escozor. Observó la piel. Seguía rojiza. Salió del baño y se sentó en la cama. En la mesilla había un bote de crema de manos que cogió con rabia.

—No me gusta que dirijas mi vida, James —dijo—, y lo que has hecho hoy es muy parecido, además de acusar injustamente a Arthur Crawford de algo de lo que no tiene culpa. Te recuerdo que fuiste tú quien me trajo aquí.

—Pero no para que jugaras a policías. Hay un asesino ahí fuera —James estiró el brazo y señaló la puerta del dormitorio— y tú estás metiendo las narices en sus asuntos.

—Si quieres que me vaya de aquí, acaba de una vez con los líos que te traes entre manos y llévame a casa.

James meneó la cabeza.

—Anne —dijo, y se sentó en la cama, a su lado—, ¿por qué eres tan tozuda?

—Ya sabías que lo era cuando te casaste conmigo.

—Para toda la vida.

—¿Qué?

—Me casé contigo para toda la vida y me gustaría que fuera larga. Muy larga.

—Y lo será.

—No, si insistes en ponerte en peligro.

—Vamos, por Dios, James, la casa está llena de policías. ¿Qué peligro puede haber?

—Pregúntaselo al perfumista... Y hablando de olores... —James husmeó el aire a su alrededor—, huele a lejía. —Acercó la nariz al cuello de su esposa y la olisqueó.

—No soy yo —Anne lo apartó con el brazo—. Es el abrigo. Y no es lejía. Es cloro. —La mirada de Anne pasó de la manga del abrigo a la mano sonrojada que acababa de untar con crema y de ahí al vacío del espacio, en alguna parte indefinida de la habitación—. Espera...

—¿Qué?

—¡Lejía!

—Acabas de decir que es cloro.

—¡Lejía, James! —Se levantó y corrió hacia el pasillo.

—¿Dónde vas? ¡Espera! —La detuvo a la puerta de la habitación en la que Mason Bailey había sido asesinado y que todavía estaba cubierta con las cintas policiales—. ¿No irás a entrar ahí?

—Claro que sí.

—Pero el dormitorio está precintado.

Anne lo miró con perplejidad.

—No estoy ciega. —Se soltó de James y abrió la puerta.

—Por Dios, Anne, esto es un delito.

—Por el que tendrán que condenarme dos veces.

—¿Ya has entrado aquí?

—Naturalmente. —Caminó a grandes zancadas hasta la cómoda en la que descansaba el centro navideño que Ron había esparcido por el suelo la mañana en la que se descubrió el cadáver de Mason Bailey. Cogió una de las bolas—. Son verdemar —dijo.

—¿Y qué?

Anne no contestó. Se dio la vuelta con la mirada fija en la impecable moqueta por la que habían rodado cuando Ron las arrojó al suelo. Recordó la imagen de lo que había sucedido. Alexander Carnegie estaba blanco como la cera, pidiéndoles que salieran de allí. Ella se había agachado para recoger las bolas y Alexander se había enfadado. De repente la piel del rostro se volvió del color de la grana, maldijo al gato y ordenó a gritos que lo echaran de la habitación. Madeline Lodge la ayudó y entre las dos recompusieron el centro en silencio mientras daban la espalda al cadáver de Mason Bailey, cuyo rostro deformado por el gesto horrible con que la muerte le había sorprendido las miraba desde la cama. Anne pasó el dedo por las bolas de Navidad y las contó.

—Había seis —dijo— y una de ellas era azul.

—¿Te refieres a las bolas?

Anne asintió en silencio.

—¿Adónde quieres llegar?

—A que ya sé cómo mataron a Mason Bailey. Tenemos que hablar con Rebeca.

3

—Sí —dijo Rebeca—, cada uno de los centros navideños que preparé para los invitados era diferente. Quería que cada cual tuviera uno individualizado y lo más acorde posible con su personalidad.

Anne se había llevado a Rebeca Carnegie al jardín para poder hablar a solas. James las había seguido en silencio, como una compañía de la que apenas se es consciente, y estaba junto a ellas, escuchándolas. Las nubes habían caído y los envolvían con su manto, haciéndoles asemejar un grupo de contrabandistas que parlamentan antes de lanzarse al mar en busca de su carga ilegal.

—¿Y cuál le correspondió a Mason Bailey?

—Uno con bolas de color verdemar. Ya sé que no parece muy navideño, pero pensé que en cierto modo estaba relacionado con su profesión. Las fragancias marinas y todo eso...

—¿Cuántas bolas había en cada centro?

—¿Qué estupidez de pregunta es ésa? —interrumpió James.

—¡Calla! —Anne agitó la mano delante del rostro de su marido sin dejar de mirar a Rebeca Carnegie—. ¿Eran cinco?

—Sí —contestó la anfitriona—. Aparte de los pequeños detalles que incluí para personalizarlos, todos eran iguales. ¿Por qué?

Anne meneó la cabeza para evitar contestar.

—¿Y quién tiene el centro con las bolas de color azul que están ornamentadas con una flor de lis? —Anne observó que Rebeca parpadeaba varias veces y abría la boca de la que, sin embargo, no salió ningún sonido—. Pertenece al centro de Bella Collingwood, ¿verdad?

—¿Cómo lo sabes? Son totalmente personalizadas. Yo misma las pinté.

—¿Y cómo sabes que son las del centro navideño de la señora Collingwood? —La voz áspera del James cortó la neblina matinal que les abrazaba con sus fríos brazos—. ¿También has entrado en su dormitorio?

Anne propinó un puntapié a su marido, que emitió un quejido sordo.

—Por la flor de lis —dijo—. Representa el símbolo de la realeza francesa.

—Bella Collingwood es de Boston —le refutó su marido.

—Pero no me equivoco, ¿verdad Rebeca?

Rebeca Carnegie negó con la cabeza.

—No —dijo, y miró al matrimonio de forma alternativa—. ¡Oh, Dios mío, me siento tan ridícula! Los Collingwood son..., ya sabéis...

—De la nobleza bostoniana —dijo Anne.

Rebeca volvió a asentir.

—Sí, ya sé que somos una república y que no tenemos nobles, pero ya sabéis cómo nos sentimos al respecto... Admiramos vuestra historia. Todos esos siglos de raigambre y costumbres ancestrales... —El sonrojo le subió por las mejillas—. Tal vez penséis que soy una esnob, pero creí que a Bella le gustaría —se disculpó.

—Y probablemente lo hizo —Anne le pasó la mano por el brazo y la consoló.

—Vale —James, que había doblado la rodilla y estaba masajeándose la espinilla con la mano, miró a su mujer con el ceño fruncido—, y ya que Rebeca ha respondido a tus preguntas, ¿puedes contarnos a qué viene todo esto?

—Sólo estoy intentando poner en orden mis ideas.

—Ya hemos hablado de ello. No tienes que tener ideas al respecto.

—James, cállate y no seas impertinente. Tengo una pregunta más, Rebeca: cambiaste los centros cuando Martin Wolch y Mason Bailey intercambiaron sus dormitorios, ¿verdad? —Por la mente de Anne acababa de pasar, como si fuera una película, la imagen de la doncella con los centros navideños en las manos, el mismo día de su llegada, cuando salió al pasillo a saludar a Rebeca.

—Claro, sí. Le pedí a Betty que lo hiciera: el centro y el reloj. La esfera del de Mason estaba decorada con ramos de flores silvestres.

—Por el perfume —dijo James.

Rebeca asintió.

—A Anne no le gusta el nuestro.

Anne volvió a dar un puntapié en la espinilla de su marido, cuyo lamento esta vez fue largo y agudo.

—¿No te gusta, querida? —El color sonrosado desapareció del rostro de la anfitriona.

—Claro que sí, Rebeca, es sólo que hace mucho ruido. No hagas caso a James, sólo está intentando vengarse de mí, aunque para ello tenga que herir tus sentimientos.

James bajó la cara, avergonzado.

—Lo siento —dijo mirando a Rebeca—, no pensé que podría molestarte.

—Tú nunca piensas nada.

—Porque ya piensas tú por mí.

—Y gracias a ello...

—Creo que debería marcharme —Rebeca interrumpió la conversación del matrimonio con un susurro tímido— y dejar que habléis a solas entre vosotros.

—No es necesario —Anne la agarró por el brazo—. Soy yo quien se va. He de hablar con la inspectora. ¿Tú podrías darle un poco de ungüento a James? Va a tener esa pierna morada durante una buena temporada.

4

Chi Pham cerró la puerta del despacho de Alexander Carnegie con el mismo sigilo con el que se movía por los pasillos de la mansión. Anne aguardó a que subiera la escalera y desapareciera de su vista antes de acercarse al despacho y llamar suavemente con los nudillos. No esperó a que le dieran permiso para entrar.

—¿Qué les ha contado? —preguntó a Nicole y Crawford cuando cerró la puerta tras ella.

—Nada —dijo la inspectora—, como era de esperar.

—Pues es culpable.

Crawford y Nicole fijaron la vista en Anne y la observaron con el estupor reflejado en sus rostros.

—Supongo que tiene algo más que su intuición para respaldar esa

acusación, señora Starling —dijo Nicole.

—En efecto, lo tengo.

Anne se acercó al escritorio y se sentó en una de las butacas, frente a la inspectora. Aún estaba caliente. Debía de ser la que había ocupado Chi Pham. Miró a los dos policías en silencio, tomó aire y empezó a hablar.

—La mañana en que se descubrió el cadáver de Mason Bailey —dijo—, entré en el dormitorio del perfumista junto a Alexander Carnegie y otras personas.

Nicole asintió. Consultó su cuaderno y recitó:

—Betty, la doncella, que fue quien lo descubrió, William, el mayordomo, Luke Blumer, Madeline Lodge, Bella Collingwood y su doncella, Chi Pham, además del propio Alexander Carnegie.

—Se ha olvidado de Ron.

—¿De quién? —Nicole enarcó las cejas.

—Del gato de los Carnegie.

—¿Cree que debería interrogarlo, señora Starling?

—No, perdería el tiempo. Pero sí debería conocer un detalle que no les había contado porque me había pasado desapercibido hasta ahora. El gato subió a la cómoda donde Rebeca había dispuesto el centro navideño que correspondía a Mason Bailey y lo tiró al suelo. Las bolas se esparcieron por la moqueta. Alexander se enfadó muchísimo al ver el desaguisado y ordenó que sacaran al pobre Ron de la habitación.

—¿Y qué es importante en esto?

—Que había seis bolas. Lo sé porque las recogí.

—¿Y?

—Los centros que Rebeca Carnegie creó para cada una de nuestras habitaciones sólo tienen cinco. Ella misma me lo ha confirmado hace un momento.

—¿Adónde quiere llegar, señora Starling? —preguntó Crawford.

—Esta mañana, cuando hablamos en la caseta de las herramientas, me manché la manga del abrigo con cloro de la piscina, ¿lo recuerda?

Crawford asintió.

—Entonces todavía no asocié las ideas, pero un poco después estaba hablando con James en nuestro dormitorio y él dijo que olía a lejía. Yo estaba

echándome crema en las manos...

Los policías la observaban en silencio con gesto de estupefacción. Ninguno de ellos sabía a dónde quería llegar. Anne estiró el brazo y les mostró la mano derecha.

—Ya casi no se percibe, pero aún pueden ver el color sonrosado de la piel por la irritación. Soy extremadamente sensible a la lejía. —Los miró, pero los policías permanecieron imperturbables—. ¿No lo ven?

—No, señora Starling, no lo vemos —dijo Nicole.

—¡Eso es! —exclamó Crawford—. ¡Lejía! Lejía y amoníaco. Según el informe del forense lo mató la cloramina, un gas que se genera al mezclar lejía y amoníaco.

Anne sonrió a Crawford y le miró con afecto.

—La bola extra que había en el centro navideño de Mason Bailey contenía esa mezcla. Los restos de lejía que quedaron en ella pasaron a mi piel cuando la recogí, después de que Ron las tirara al suelo.

—Necesitamos esa bola. —Nicole se puso en pie y Anne extendió el brazo para detenerla.

—Pero no la encontrará en el dormitorio de Mason Bailey —dijo—. Alguien la quitó de allí.

La inspectora se volvió hacia Anne.

—¿Cómo lo sabe?

Anne se encogió de hombros y echó una fugaz mirada a Crawford.

—Ha entrado en el dormitorio de Bailey —dijo él.

Nicole volvió a mirarla, esta vez con asombro.

—¿Ha violado el precinto, señora Starling?

—Pero a cambio puedo decirle que la bola no está allí.

—Muy bien, ha cometido una ilegalidad que además no sirve para nada.

—Sí sirve, inspectora, porque también puedo decirle dónde encontrar la que añadieron al centro de Mason.

Los dos policías fijaron la vista en Anne y por un momento ella se sintió achantada.

—Bueno —añadió—, quizá no pueda decirles dónde encontrarla, pero sí cómo es y a qué centro pertenecía.

El dormitorio de Bella Collingwood estaba vacío. Hacía pocos minutos que el servicio había bajado el equipaje de la anciana y el automóvil privado de los Collingwood aguardaba a la entrada de la mansión Carnegie. Nicole se puso un guante y cogió una de las bolas del centro navideño de la habitación de Bella. Aunque poco visibles, aún podían observarse los restos de la mezcla mortífera con que habían asesinado a Mason Bailey.

—Así que esta bola es el arma del crimen —dijo.

—Tendrá mis huellas dactilares —advirtió Anne. Nicole se dio la vuelta y la miró.

—Una buena prueba para acusarla de asesinato, señora Starling.

—Nicole... —Crawford extendió los brazos con las palmas de las manos hacia fuera.

—Sólo estaba bromeando, Archy. —Se la acercó a la cara y la estudió con detenimiento—. Bien —Metió la bola de Navidad en una bolsa de papel y se la guardó en el bolsillo—, ¿y ahora qué? No hemos sacado nada de Chi Pham, y Bella Collingwood está a punto de marcharse a Nueva York, donde le aguarda un avión privado que la llevará hasta Boston.

—Pero tenemos un posible motivo y el arma homicida. Tienes que encontrar la forma de retenerla —dijo Crawford.

—Fácil de decir, Archy, muy difícil de lograr.

—Quizá no tanto —dijo Anne, que se frotó el dorso de la mano, donde aún quedaba la sombra de una oscura mancha de grasa.

CAPÍTULO 13

1

—¿Eso es obra suya? —Crawford señaló el automóvil de Bella Collingwood, detenido ante la puerta de la mansión y con la tapa del capó abierta. El chófer de la anciana tenía medio cuerpo metido en el motor. Alexander Carnegie, a su lado, lo observaba tiritando de frío. Anne se frotó la mano como si así fuera a borrar los restos de grasa que la acusaban.

—No tardarán en arreglarlo —dijo—, así que será mejor que usted y su amiga se den prisa en resolver el caso.

Crawford se volvió hacia ella.

—¿De verdad cree que la señora Collingwood o su doncella son las asesinas?

Anne frunció los labios. Luego negó con la cabeza.

—No lo sé. Hay pruebas tan evidentes que señalan hacia ellas...

—¿Pero por qué fueron tan estúpidas de devolver a su propio centro la bola de Navidad con la que habían cometido el crimen?

—Porque todos tenían cinco bolas.

—Eso ellas no lo sabían.

—Quizá sí. Recuerde que el secretario de Bella estuvo aquí unos días antes de la fiesta para asegurarse de que todo respondía a las necesidades de un Collingwood.

—Me llamó la atención lo del secretario —Nicole se había acercado a ellos por detrás. Llevaba en la mano su cuaderno de notas, abierto, y las páginas temblaron entre sus dedos cuando una ráfaga de viento sopló desde el mar—. Espero que el chófer de la señora Collingwood no se percate de que es una avería provocada, señora Starling, o se verá usted en un aprieto.

—¿Qué le ha llamado la atención? —Anne se volvió hacia ella.

—¿Cómo?

—Ha dicho que lo del secretario de Bella le llamó la atención.

Nicole se encogió de hombros.

—Creí que no lo tenía y que estaba sopesando la posibilidad de contratar a Madeline Lodge como secretaria particular.

—¿Y por qué creíste eso? —preguntó Crawford.

—La propia Madeline me lo dijo. Cree que Rebeca Carnegie la invitó a la fiesta por mediación de Bella Collingwood porque ésta deseaba comprobar que era una buena elección, pero al parecer sólo quería tenerla trabajando como una esclava en la biografía de su hijo Richard. Será una gran decepción para ella. Realmente espera conseguir el puesto.

—¿Hay mucha más información que no haya compartido con nosotros, inspectora? —preguntó Anne.

Nicole levantó la mirada y la fijó en la mujer, que se hallaba demasiado cerca de Archy, según le pareció.

—¿Con *ustedes*? —No tuvo que esforzarse demasiado para entonar la última palabra con un deje irónico.

—Sé que no soy policía —Anne levantó la barbilla y Nicole se sintió molesta por el gesto—, pero estoy colaborando en la investigación. La simple delicadeza exige ese tipo de detalles.

—Acaba de expresarlo con toda claridad: no es policía, y añadiré que en ningún momento le he pedido que colabore con nosotros.

Anne la vio guardar el cuaderno de notas en el bolsillo del abrigo y girarse hacia las escaleras cuando la voz de Alexander Carnegie llegó hasta ellos, temblorosa por el frío y la irritación.

—¿No es mala suerte? —dijo, y señaló el automóvil estropeado—. Parece que todo en esta maldita fiesta tiene que salir mal. Voy a ordenar que saquen nuestro coche.

—No —dijo Anne.

—¿Cómo? —El anfitrión se volvió hacia ella.

—No puedes ordenarlo.

—¿Por qué no?

—Porque... —Anne se volvió hacia Nicole—. Porque no puede hacerlo, ¿verdad, inspectora? La *policía* todavía tiene algunos datos que contrastar.

Nicole cerró los ojos un instante y respiró hondo. La ironía le había sido devuelta y lo peor era que Anne Starling tenía razón.

—Señor Carnegie, ¿podría pedirle el favor de que no ofreciera su coche a la señora Collingwood de momento? —dijo.

Alexander Carnegie entrecerró los ojos, luego meneó la cabeza, como si

no quisiera que en ella entrara una idea que acababa de ocurrírsele y le molestaba aceptar.

—De acuerdo, bien —dijo—. No lo haré. Pero, por favor, inspectora..., acabe pronto con esto.

Lo vieron alejarse de nuevo hacia el automóvil de Bella Collingwood y echarles una fugaz mirada desde allí.

—Si no lo hago —dijo Nicole—, será el comisario quien acabe conmigo.

2

—¿No es un maldito fastidio? —Bella Collingwood se arrellanó en un sillón, al lado de la chimenea, y dejó el bastón junto a ella, en el suelo—. ¡Dichoso automóvil!

Rebeca se sentó en otro sillón y juntó las manos.

—No sabes cómo lo siento, Bella. Le diré a Alexander que prepare nuestro coche...

—Yo no lo haría, señora Carnegie. —Nicole habló desde la puerta y las dos mujeres se volvieron hacia ella—. Quizá sería mejor que retrasara un poco su partida. Ha helado esta noche y las carreteras están peligrosas.

—¡Vaya una excusa! —susurró Anne detrás de ella. Crawford le dio un pequeño golpe en un costado con el codo.

—Supongo que sí —dijo Bella—. Siento el retraso que le estoy ocasionando, señora Lodge —Bella se volvió hacia Madeline, que se había sentado unos metros por detrás—. Me habría gustado dejarla en Nueva York a una hora decente.

—No se preocupe por mí —murmuró la mujer desde detrás de sus gafas de pasta—. Le agradezco que quiera acercarme hasta casa.

—¿Ella también se va? —Anne volvió a susurrar cerca del oído de Crawford, que se encogió de hombros. Observó a Nicole, parada en medio del salón, como alguien en mitad de una fiesta en la que no conoce a nadie. Se había quitado el abrigo y lo había posado en el respaldo de una silla.

—¿Les apetece tomar algo? —Rebeca Carnegie se levantó del sillón.

—Una taza de té sería muy reconfortante —contestó Bella Collingwood.

Anne se acercó a la silla en la que Nicole había dejado su abrigo y se

sentó.

—Yo preferiría una de café —dijo.

Rebeca asintió.

—Encargaré un poco de todo. Y unos bocadillos. Con el estómago lleno siempre se ve la vida de mejor color. —Sonrió con timidez y abandonó el salón sin hacer ruido.

—Creí que se había marchado, señora Collingwood —Luke Blumer habló desde la puerta por la que Rebeca Carnegie acababa de desaparecer. Detrás de él estaban Jayden Hall y Christina Rawson.

—Y así debería haber sido, señor Blumer, pero el automóvil ha sufrido una avería.

—Puedo ofrecerle el mío —Julian Snyder entró junto a su esposa.

—Las carreteras no son seguras —dijo Nicole.

Anne sonrió. Esa excusa no iba a durarle para siempre. Se puso en pie y se escabulló hasta la puerta del salón.

—Venga conmigo —dijo a Crawford, y le tiró de la manga.

—¿Dónde vamos? —Crawford dio unos pasos rápidos hasta ponerse al lado de Anne.

—A un lugar discreto.

—¿Para qué?

Anne se detuvo y lo miró risueña.

—¿Para qué cree, inspector?

Él se sonrojó.

—Tenemos que resolver este caso antes de que su amiga meta la pata con la familia Collingwood y arruine su carrera.

Salieron de la casa y caminaron por el jardín trasero hacia la caseta de herramientas en la que habían estado unas horas antes.

3

—Bien —Anne se giró desde el centro de la caseta y su mejilla rozó el pecho de Crawford, que la seguía demasiado cerca.

—Lo siento. —Él se apartó, pero ella no se movió. Levantó la vista hacia él y observó que de nuevo se sonrojaba.

—¿Le pone nervioso mi cercanía, inspector?

Él meneó la cabeza, intentado aclarar las ideas. Luego inspiró y el pecho se llenó de aire bajo el abrigo. Era un hombre elegante y Anne se sintió complacida por el descubrimiento. Hasta entonces sólo lo había visto atractivo.

—No me resulta cómoda. —Crawford carraspeó y dio otro paso hacia atrás.

—No es lo que dirían la mayoría de los hombres.

—La mayoría de los hombres son unos golfos.

—Bonita la opinión que tiene de su sexo.

—Simplemente real.

—¿Qué va a hacer su amiga con Bella? —preguntó cambiando el signo de la conversación.

Crawford se encogió de hombros.

—Supongo que empezará reprochándole que nos mintiera cuando aseguré que no conocía a Martin Wolch.

—¿Y después?

—Ni idea. Tenemos muchas cosas y nada a lo que agarrarnos con firmeza.

—Pues va siendo hora de que nos pongamos a trabajar en serio. —Anne sacó el cuaderno de notas de Nicole y lo agitó ante la cara de Crawford.

—¿Le ha robado la libreta a Nicole?

Anne se encogió de hombros.

—No debería ir dejando tirado su abrigo por ahí. Cualquiera podría haberlo hecho. Agradezca que haya sido yo.

Crawford se llevó las manos a la cara y se frotó el rostro con ellas.

—La va a matar.

—No creo, está ocupada en encontrar a otro asesino, pero no parece bien encaminada. ¿La ayudamos?

—Deme ese cuaderno. Se lo devolveré antes de que se dé cuenta.

—¡Quite! —Anne se separó de Crawford y apoyó los codos en la mesa en la que había algunas herramientas abandonadas. Abrió el cuaderno y empezó a ojearlo—. Tenemos a nuestro trío de sospechosos: Jayden, Christina y Luke. ¿Algo nuevo sobre ellos?

—No, que yo sepa.

—¿Y algo que sepa su amiga que no haya querido contarme?

—No sea sarcástica.

—Vale. —Anne pasó varias páginas del cuaderno—. ¿Quién es Elizabeth M. Green?

—Una antigua ayudante de Bailey. Tuvo un accidente y Bailey hubo de indemnizarla.

—No me lo había contado.

—Nicole no le dio importancia.

—¿Y usted tampoco?

—El sargento Morgan no encontró nada llamativo.

—No creo que haya investigado lo suficiente.

—¿Está poniendo en entredicho la competencia de la policía de los Hamptons?

—Simplemente no ha tenido tiempo. —Anne apoyó la mano sobre la libreta para que se mantuviera abierta por la página en la que estaba y miró a Crawford—. ¿A quién llamó desde el pueblo? —preguntó.

—Era una llamada personal.

—No mienta. ¿Pidió ayuda a su comisaría?

Crawford resopló.

—Lo sabía —dijo ella—. Usted averiguó lo de Martin Wolch.

Él no contestó.

—Venga, admítalo.

—Nicole no es una mala policía.

—No he dicho eso.

—Pero lo está sugiriendo.

—Tengo razón, ¿verdad?

—Sí —admitió él—. Llamé a mi compañero para que investigara a Wolch, pero no por las razones por las que usted cree.

—¿Por cuáles, entonces?

Crawford se volvió de espalda y observó el jardín trasero de los Carnegie a través del cristal empañado de la caseta.

—No tiene nada que ver con el caso.

—Y sin embargo dio con el asunto del *fragging*.

—Simple casualidad.

—No creo en ellas. Llame a su compañero.

Crawford se volvió hacia ella.

—¿Para qué?

—¡Venganza!

—¿Cómo?

—Es el motivo del asesinato. Todos los sospechosos tienen una razón para querer vengarse de Mason Bailey: rompió el corazón a Jayden Hall y lo dejó lleno de deudas, destrozó la vida profesional de Luke Blumer y arruinó la de Christina Rawson.

—Pensé que se había inclinado por la opción de Bella Collingwood y su doncella.

—Y volvemos a la misma causa: ellas también tenían motivos para vengarse.

—Pero de Martin Wolch, no de Bailey.

—Que intercambiaron sus habitaciones. —Anne agitó la mano compulsivamente, como si quisiera poner fin a aquella conversación que no les estaba llevando a ninguna parte—. Esta Elizabeth —dijo, señalando con el dedo índice la hoja en la que Nicole había anotado el nombre— también tiene un motivo para haber asesinado a Mason Bailey y lo han pasado por alto.

—No se ha pasado por alto. Se ha investigado y sabemos que retiró la demanda porque Bailey se hizo cargo de los gastos ocasionados por el accidente.

—Aun así. Llame a Jones y pídale que investigue.

Crawford entrecerró los ojos.

—¿En qué está pensando? —preguntó.

—En resolver un crimen al que usted y su amiga Nicole están mareando como un batido de chocolate.

La imagen de Nicole aquella misma mañana, en la cocina de su apartamento, cruzó por la mente de Crawford. Aún le escocía la bronca que le había echado por investigar a Wolch a sus espaldas y no estaba dispuesto a cometer el mismo error por segunda vez.

—No —dijo él—. No voy a llamar a Jones.

—Muy bien —Anne asintió con un leve gesto de la cabeza—, entonces su amiga debería ir desempolvando el uniforme para cuando el comisario la

llame a su despacho y le pregunte por qué ha acusado a Bella Collingwood de asesinato, y usted debería ir buscando la manera de vivir con la idea de saberse responsable de que la pongan a dirigir la circulación por no haber investigado a Martin Wolch.

—Es usted insufrible, ¿lo sabía?

—Llame a Jones.

—¡No!

—¡Anne! —Ambos se volvieron hacia la puerta. A través de la ventana del cobertizo vieron a James, que llamaba a su mujer desde el jardín trasero.

—Viene hacia aquí —dijo ella—. ¡Escóndase!

—¿Cómo?

—Que se esconda.

—¿Anne? —James abrió la puerta un segundo después de que Crawford se hubiera agachado y su cuerpo quedara totalmente oculto por la mesa de herramientas—. ¿Qué haces aquí?

—Meditar.

James enarcó una ceja.

—¿Estás sola?

—¿Ves a alguien más?

—¿Qué es eso? —James señaló la libreta que Anne aún mantenía abierta sobre la mesa.

—Mi cuaderno de notas.

—¿Del asesinato?

Ella asintió.

—Muy profesional. ¿Dónde está tu amigo Crawford?

—Supongo que con la inspectora.

—No. Ella está en el salón.

—¿Y él?

—Eso te he preguntado.

—Y ahora te lo pregunto yo a ti.

—¿Estás intentando confundirme?

—¿Qué bien me conoces, querido! ¿Nos vamos?

James asintió. Dejó pasar a su mujer y echó un último vistazo a la caseta, antes de cerrar la puerta y alejarse.

—Demonios de mujer —Crawford se sacudió el polvo que se le había quedado adherido a las rodillas. Estaba ardiendo, pero no sabía si se debía a la fiebre o a Anne Starling.

4

—¡Ya está! —El chófer de Bella Collingwood sacó la cabeza de debajo del volante y sonrió a Alexander Carnegie, que seguía observándolo junto al coche—. Es el fusible del motor de arranque. Se había aflojado, por eso no hacía contacto. Empujó la tapa del cuadro de mandos y la cerró—. Estamos listos para marcharnos.

—Vaya a la cocina y tómese antes algo caliente. Está tiritando.

—Usted también, señor.

Alexander Carnegie asintió. No era el único. Desde detrás de la esquina de la casa, Arthur Crawford les observaba. Se llevó la mano al cuello del abrigo y tiró de él con la mano enguantada. A pesar de la bufanda, el aire gélido se le colaba y los dientes le castañeteaban. Se preguntó cómo le iría a Nicole, mientras el chófer y el anfitrión entraban en la casa. Repasó mentalmente lo que tenían y llegó a la conclusión de que no debía de estar yéndole muy bien. Iba a pasarlo mal si dejaba caer la más leve insinuación sobre la culpabilidad de un Collingwood, incluso si sólo se refería a Chi Pham. Tenía que volver a ese salón y comprobar cómo iban avanzando las cosas, pero también debía darle algo más de tiempo a su amiga. Miró a su alrededor y comprobó que no había nadie. Corrió hasta el coche y se ocultó en la parte que quedaba fuera de la vista de la casa. No podía ser, pensó. Él no podía estar haciendo eso... La sonrisa sarcástica de Anne apareció en su mente como una representación viva de lo que estaba ocurriendo. Meneó la cabeza y, sin mirar, desenroscó el tapón que cubría la válvula del neumático y desinfló la rueda. Apoyó la punta de los dedos en el capó y se izó unos centímetros. Nadie le había visto. Se puso en pie y caminó hacia la puerta de la mansión, como si acabara de llegar de visita. Desde el recibidor oyó la voz de Anne en el despacho de Alexander Carnegie. Se acercó y pegó el oído a la puerta. La abrió. Estaba de espaldas, hablando por teléfono. No le oyó entrar.

—Sí... —Anne pestañeó varias veces y sonrió—. Yo soy su *amiguita inglesa* —dijo, y sus labios besaron el micrófono del teléfono cuando sonrió al repetir las palabras que Jones acababa de pronunciar, al otro lado de la línea. De modo que así era como la llamaba el compañero de Crawford. Bueno, eso facilitaba las cosas. Con un poco de persuasión, conseguiría lo que necesitaba—. ¿Podría hacerme un favor? ¡Claro que el inspector sabe que le estoy llamando! No lo ha hecho él porque está ocupado en un interrogatorio. No, no lleva un caso. ¡Estamos en los Hamptons! Sí, ya sé que lo sabía. Sólo acompaña a una antigua compañera... —Anne frunció el ceño—. Sí —admitió—, Nicole Reed. ¿Es que la conoce? Ah, que le ha oído mencionarla en varias ocasiones. Entiendo... —El silencio se hizo en el despacho durante varios segundos.

»Detective Jones... —Anne se sentó en la butaca por la que habían pasado todos los invitados a los que se había interrogado y abrió el cuaderno de Nicole—, necesito esa información. ¿Podrá ayudarme? Sí, bueno, a mí y al inspector Crawford, claro. ¿Sí? —Sonrió—. Bien —Llevó el dedo índice a la página por la que tenía abierto el cuaderno y siguió una línea con él—. Me gustaría que investigara a Elizabeth M. Green... —Sí. No, M., Elizabeth M. Green. ¡Ajá! Oh, qué amable es. ¿Para cuándo cree que podría tenerlo? —Anne miró su reloj de pulsera—. Sí, claro, entiendo que no siempre es fácil, pero corre prisa. Puede llamarme aquí. ¿Tiene el número? Bien. Ah, y una cosa más, detective. Cuando me llame, no se identifique como policía, por favor.

El movimiento de su mano fue tan rápido que Crawford no se dio cuenta de él hasta que el cuaderno de Nicole le golpeó en el pecho.

—Devuélvaselo —Anne se giró hacia él, con el brazo todavía extendido y la mano sujetando la libreta de la inspectora— antes de que se dé cuenta de que se lo he robado y sir Hetfields tenga que intervenir para evitar que me encarcele.

Crawford meneó la cabeza al recordar a Lucy Hetfields, la esposa del cónsul británico, cuando acudió a la comisaría para hablar con su capitán del caso Snow.

—Es usted... —dijo.

Anne aguardó a que terminara la frase, pero el policía no lo hizo.

—¿Insoportable? ¿Insufrible? ¿Ingobernable?...

Crawford no contestó. Tomó el cuaderno y salió del despacho.

—¿Arrebatadora? —susurró cuando él cerró la puerta—. ¿Qué soy para ti, Arthur?

CAPÍTULO 14

1

Cuando Crawford entró en el salón, todos los invitados estaban allí. Por un instante imaginó la escena final de una de las novelas policíacas de Agatha Christie, con Poirot de pie, sonriendo con picardía a cada uno de los sospechosos por debajo de su bigotito ridículo y exponiendo la solución al caso, sólo que Nicole no era el detective belga, no estaba sonriendo y, afortunadamente, no tenía bigote. Los dos policías cruzaron una rápida mirada, pero suficiente para que ella le confirmara que estaba en apuros. Crawford se acercó disimuladamente al abrigo de su amiga e introdujo en el bolsillo el cuaderno de notas. Luego se sentó en la silla en la que éste reposaba. Anne entró en el salón. Ya estaban todos. Sólo faltaba la exposición final del caso. Pestañeó un par de veces. De repente la figura de Anne se había hecho enorme. Ella tampoco tenía bigote, sonrió un momento al pensar en esa estúpida idea, pero sí era capaz de ponerse frente a toda aquella gente y actuar como un digno Poirot. La miró e intentó llamar su atención con un gesto. No quería que metiera la pata. La carrera de Nicole estaba en juego y cualquier torpeza podía devolverla a patrullar las calles. Fue inútil, ella se había sentado en una silla, junto a la puerta, y no lo miraba.

—De modo que el coche ya está —dijo Bella Collingwood—. Es un alivio. En cuanto Timothy se haya tomado algo caliente, nos marcharemos. ¿Está usted lista, señora Lodge?

La interpelada asintió con un gesto.

—Es una pena que nuestra fiesta de Navidad haya terminado de forma tan... —Rebeca Carnegie no acabó la frase, pero todos asintieron en silencio. Sabían a qué se refería.

—Más pena da que la policía no haya encontrado al culpable —Bella Collingwood pasó la mano por el lomo de Susy sin siquiera mirar a Nicole.

—Todavía —corrigió la inspectora—. No lo hemos encontrado todavía, señora Collingwood, pero tenga la seguridad de que lo haremos. —Los ojos de la policía se posaron, fríos y acerados, en la anciana.

—Ya me contarás quién es, Rebeca —La bostoniana continuó sin mirar a

la inspectora—, si para cuando se descubra al asesino aún recuerdo que estuve aquí.

—Estoy segura de que le resultará difícil olvidarlo —Nicole habló con un ronquido.

—¿Lo está?

—Sí. Puede que usted...

Anne miró a Crawford y negó con la cabeza. El policía asintió. Nicole no debía seguir por ahí, no podía caer en una trampa que podría acabar con su carrera. ¿Pero qué hacer?

—Nicole —dijo. Se levantó y se acercó a ella.

—¿Puede que yo qué? —La voz de Bella Collingwood reverberó en el silencio del salón. Todos los invitados llevaron la vista de la anciana a la policía y el silencio se hizo más espeso tras la pregunta de la bostoniana.

—Puede que... —Nicole dudó un instante. La puerta del salón se abrió.

—¿Señora Starling? —El mayordomo dio un paso adelante y la buscó con la mirada hasta que la encontró junto a él—. Tiene una llamada telefónica.

—Oh, muchísimas gracias William —Anne saltó de la silla y desapareció tras el mayordomo, obviando la mirada interrogativa que le dirigió su marido.

—¿Sabe si Timothy está listo para partir? —preguntó Bella.

—Sí, señora Collingwood. Se dirige hacia el coche en este momento.

Bella Collingwood asintió. Con una palmadita, indicó a Susy que debía volver al suelo. Luego se puso en pie, se apoyó en el bastón y caminó hacia la puerta del salón.

—Ha sido un placer —dijo antes de salir, recorriendo a los invitados con la mirada.

Crawford miró a Nicole y vio cómo dejaba caer la cabeza y hundía la barbilla en el mentón. Salió al recibidor, tras los pasos de Bella Collingwood que, en compañía de su séquito, Madeline Lodge y la doncella, Chi Pham, se alejaba hacia la puerta de entrada acompañada por Rebeca y Alexander Carnegie. Desvió la mirada y buscó el despacho del anfitrión. La puerta estaba cerrada. Una ráfaga de aire helado penetró en la casa cuando William abrió la puerta de entrada. Crawford observó impotente cómo el séquito real y los anfitriones desaparecían, escalinata abajo.

—Inspector —Anne le llamó desde la puerta del despacho—, llame a su

amiga y vengan. Tengo la solución al crimen.

2

—Cuanto menos es inaudito —Bella Collingwood volvió a ocupar el sillón en el que había estado sentada minutos antes, cogió a su perrita y la puso sobre las rodillas—, aunque la palabra exacta es inaceptable. —La anciana fijó la vista en el anfitrión, que tragó saliva con dificultad—. ¿Cómo es posible que la rueda esté desinflada? No me harás creer que esto es otro percance fortuito, Alexander.

—Te doy mi palabra de que no tengo nada que ver con ello, Bella.

Alexander Carnegie había vuelto a ponerse pálido. Su mujer, sin embargo, tenía las mejillas encarnadas y la mirada errante, como si buscara un lugar donde esconderse.

—¿Señor Turner, Peter...? —Bella se giró hacia los jóvenes.

—Nosotros no hemos sido, señora Collingwood.

—Alguien ha tenido que hacerlo —protestó la anciana.

—Yo —Nicole apareció en la puerta del salón y entró, seguida de Anne y de Crawford—. He sido yo, señora Collingwood. Le presento mis disculpas, pero era necesario.

La anciana se volvió hacia la policía con las cejas levantadas. El bastón se inclinó levemente y Nicole volvió a ver a Luis XIV en acción.

—¿Necesario? —preguntó—. ¿Desinflar una rueda de mi automóvil y evitar mi marcha era necesario?

Nicole asintió.

—Sí, señora Collingwood. Lo era. Hace un rato le dije que *todavía* no habíamos resuelto el caso. Necesitábamos un tiempo extra. Ahora puedo comunicarles que ya lo hemos conseguido.

—¿Y qué tengo que ver yo con ello?

—No podía marcharse.

—¿Por qué? ¿Acaso está acusándome de asesinato?

Nicole no contestó. Giró sobre sí misma y pasó la vista por los invitados, uno a uno. Estaban todos.

—En esta casa se ha cometido un crimen —dijo— y en esta sala se

encuentra el asesino.

Crawford sonrió. Poirot acababa de entrar en escena.

—Hace dos días, Mason Bailey fue asfixiado en su dormitorio con cloramina, un gas que se produce al mezclar lejía y amoníaco. Eso era fácil de determinar. El forense lo hizo de inmediato. Nuestro problema es que no encontramos el modo en que ese gas mortífero fue administrado a la víctima y también que teníamos demasiados sospechosos. —Nicole se detuvo un instante y su mirada volvió a recorrer a los invitados—. Usted, señor Hall, fue amante de Bailey que no sólo lo abandonó por otro hombre, sino que también lo dejó en bancarrota con un negocio arruinado que ambos habían montado.

Nicole se giró unos centímetros y posó la mirada en el periodista, que cerró los ojos un instante, antes de que ella continuara hablando:

—Usted, señor Blumer, sufrió en sus propias carnes algo parecido. Mason Bailey acabó con su prometedora carrera como periodista cuando desveló al senador McMan el idilio que usted y su mujer mantenían en secreto. Fue un duro golpe que le llevó de escribir para el *New York Times* y el *Washington Post* a redactar artículos de cotilleos en el *Gossiper*.

»Luego, además, tenemos a Christina Rawson —Nicole se volvió hacia la joven modelo, que se había agarrado del brazo de Jayden y cuyo labio inferior temblaba—, otra halagüeña carrera destruida por Mason Bailey, quien le prometió el estrellato en las pasarelas de moda a cambio de un hijo que usted le dio sin pensarlo dos veces. Sin embargo, una vez que Bailey hubo satisfecho sus ansias de paternidad, la mandó al arroyo y destruyó su vida de manera que jamás tuviera la oportunidad de recuperar al niño.

—Nada de eso nos hace culpables de un crimen —dijo Blumer, que se adelantó unos pasos hasta colocarse ante Nicole— y lo sabe.

—Sí, sé que de momento eso no les convierte en responsables de la muerte de Mason Bailey, pero les otorga muchas papeletas para ponerse en cabeza de la lista de sospechosos, ¿no cree? En especial si tenemos en cuenta que los tres acordaron conseguir que los Carnegie les invitaran a su fiesta de Navidad para hacerle pagar a Mason Bailey todas sus facturas.

—De acuerdo —admitió el periodista—, íbamos a vengarnos, pero no de la forma que insinúa. Nosotros no asesinamos a Bailey. Sólo queríamos arruinar su vida, como él había hecho con las nuestras.

—Íbamos a forzarle a confesar lo que nos había hecho —Jayden señaló con el dedo a Christina y Blumer, y luego a sí mismo—, y Luke iba a publicarlo en *The Gossiper*. Eso era todo. Una venganza meramente testimonial.

Nicole asintió varias veces con la cabeza, en silencio.

—Una forma de devolverle ojo por ojo, ¿no es eso?

—Exacto —Blumer elevó los hombros—. Puede acusarnos de ello, pero no de asesinato.

—Jayden Hall sabía que asistiría a la fiesta en compañía de Avery Ward y se las ingenió para conseguir que los Carnegie invitaran a Christina. Usted —Nicole golpeó con el dedo el pecho hinchado que Blumer todavía mostraba ante ella—, por su parte, se las apañó para que hicieran lo mismo y consiguió el pase a esta casa a través de un artículo elogioso de Richard Collingwood. Entre los tres habían decidido transformar una fiesta de Navidad en un aquelarre vengativo. Paradójico.

—Mantengo... —Blumer se interrumpió cuando Nicole lo atravesó con la mirada.

—Siéntese y cálese —dijo. Se volvió hacia los Carnegie—. No se sientan engañados, porque ellos no fueron los únicos. Creo que entre ustedes —señaló a James, Julian Snyder y Martin Wolch—, se cuece algo, aunque estoy convencida de que no tiene nada que ver con este asesinato, así que no me detendré en ello.

—Hace bien —dijo Bella—. Estoy segura de que a estas horas Tim ha logrado inflar la rueda y quiero irme a casa. Nada de lo que ha contado hasta ahora explica por qué ha boicoteado el coche, una acción que, le aseguro, no quedará sin castigo.

—¿No le importa que se haga justicia, señora Collingwood?

Las mejillas de la anciana se colorearon.

—¿Quiere decirnos ya quién es el asesino para que podamos marcharnos? —preguntó.

Nicole sonrió.

—No eran los únicos que tenían un motivo para la venganza —dijo.

Bella Collingwood enarcó una ceja.

—¿Está sugiriendo que el señor Bailey también arruinó mi vida,

inspectora?

—No —Nicole meneó la cabeza—. Su vida la arruinaron muy lejos de aquí, en Vietnam, unos soldados que mataron a su hijo Richard porque lo consideraron incompetente para mandar la unidad que comandaba.

—¿Cómo se atreve?

—Lo bueno es que los atraparon. Lo malo es que salieron indemnes del juicio. Un juicio en el que Martin Wolch actuó como fiscal y cuyo trabajo decepcionó a los Collingwood.

—¿Y eso que tiene que ver con Mason Bailey? —preguntó el exmilitar con voz cortante.

Nicole se giró hacia él.

—Su dormitorio —contestó.

—¿Cómo?

—Usted ocupaba el dormitorio en el que Mason Bailey fue asesinado.

Wolch palideció.

—¿Quiere decir que ese gas mortífero iba destinado a mí?

—¿No cree que es una posibilidad? Los Collingwood nunca estuvieron de acuerdo con la forma en que llevó el juicio y lo consideran responsable de que los soldados salieran de él con una sentencia de no culpables por *fragging*.

El exmilitar miró a Bella Collingwood, que permanecía sentada en su butaca con la perrita en las rodillas y la mano apoyada en el bastón.

—¿Usted quiso matarme?

La anciana sonrió sin mirarle.

—¿Es eso lo que está insinuando, inspectora?

Nicole se encogió de hombros.

—Venganza —dijo—. También usted tenía ese motivo para asesinar, ¿no cree?

—Y si mi objetivo era el señor Wolch, ¿cómo es que acabé matando al señor Bailey?

—Por error. Su secretario estuvo aquí algunos días antes de la fiesta para preparar su estancia en la casa junto a la señora Carnegie —dijo Nicole—. Sabía dónde se instalaría cada uno de los invitados, pero no contó con un cambio de última hora: el que Rebeca Carnegie se vio obligada a hacer por las protestas de Mason Bailey, que se quejó de que el olor de la cocina

llegaba hasta su dormitorio. La señora Carnegie pidió a Martin Wolch que intercambiara su dormitorio con Bailey y el señor Wolch aceptó.

—¡Intolerable! —Bella Collingwood se levantó y Susy cayó al suelo desde sus rodillas—. Alexander, Rebeca, esta mujer me está acusando de asesinato en vuestra casa. ¿Es que no vais a hacer nada?

—¿Qué cree que pueden hacer? —Nicole levantó la barbilla como había hecho Anne Starling con ella unos minutos antes. No estaba dispuesta a dejarse vejar por la anciana, por muy Collingwood que fuera—. Además, no estoy acusándola. Es posible que el asesinato se cometiera sin su conocimiento.

—Con lo cual, Bella quedaría libre de sospecha —dijo Alexander.

Nicole se volvió hacia él.

—En efecto, aunque el asunto seguiría tocándola de cerca.

—¿A qué se refiere?

—Chi Pham. Una niña rescatada por Richard Collingwood que envió a los Estados Unidos para que su madre la amparara.

—¿Ahora acusa a Chi?

—También ella podría querer honrar su memoria con la muerte del hombre que, en su opinión, no hizo nada para castigar a los culpables del asesinato de su hijo.

—¡Esto es el colmo! —La pálida tez de Bella Collingwood se sonrojó por primera vez—. Inspectora, sepa usted que pondré en conocimiento de sus superiores las ofensas que está causando a mi familia. Esto va mucho más allá de un simple neumático desinflado.

Nicole no se alteró.

—En todo caso, señora, las ofensas se las estaría causando a usted — señaló—, pero no se altere. Sólo he dicho que el crimen de Mason Bailey se presentaba difícil no sólo porque desconocíamos el método con el que se había llevado a cabo, sino también por el gran número de sospechosos que teníamos con un motivo razonable para haber asesinado a la víctima.

—Entre los cuales ha tenido la desvergüenza de incluirme —protestó Bella.

—No podía dejarla fuera. No, sin incurrir en una grave dejación de mis funciones y en una imperdonable falta de ética profesional, sobre todo cuando descubrimos el procedimiento que se utilizó para asesinar a Mason Bailey. —

Nicole miró a Anne, que le sonrió desde el apartado lugar que ocupaba. La inspectora le devolvió la sonrisa. No podía dejar de admitir que se sentía enormemente agradecida hacia aquella mujer.

—Un procedimiento en el que sin duda yo estaré mezclada de algún modo —ironizó la anciana.

—En efecto. El asesino utilizó una de las bolas del centro navideño que adorna su dormitorio para introducir la combinación letal de lejía y amoníaco que acabó con Bailey.

Bella Collingwood abrió la boca, pero no llegó a emitir ninguna palabra. Su imponente elegancia de dama bostoniana se tambaleó brevemente, sin que su autocontrol pudiera evitarlo. Rebeca Carnegie se acercó a ella y la cogió por el brazo.

—Siéntate, querida —dijo. Y la gran Bella Collingwood obedeció en silencio.

—La mañana en que se descubrió el cadáver —siguió Nicole—, el gato de la señora Carnegie tiró al suelo el centro navideño que adornaba la habitación de Mason Bailey. Entonces no se percató de ello, pero después la señora Starling ha ido atando cabos: ella recogió las bolas que rodaron por la moqueta y se manchó la mano con los restos de lejía que se habían adherido a la superficie de la bola que contenía la mezcla asesina, un producto al que la señora Starling es sumamente sensible y que le ha causado una leve quemadura que ha venido molestándola estos dos días. Cuando, esta misma mañana, se manchó la ropa de cloro y su marido le hizo notar que olía a lejía, la señora Starling se percató de qué era lo que le había causado la quemazón en la piel y supo dónde se la había producido.

—¿Y qué tiene que ver todo eso con Bella? —preguntó Alexander Carnegie.

—Usted estaba allí, señor Carnegie. Sabe que las personas que entraron en la habitación de la víctima el lunes por la mañana, cuando el cadáver fue descubierto, fueron, además de la propia señora Starling y usted mismo, el mayordomo, la doncella, el señor Blumer, la señora Lodge, la señora Collingwood y su doncella, Chi Pham.

—Sigo sin ver la relación que tiene con la bola, inspectora.

—Había seis en el centro navideño que el gato arrojó al suelo, pero todos

los centros de Navidad que preparó su esposa tenían cinco, ¿no es así, señora Carnegie?

Rebeca asintió levemente.

—La bola extra que recogió la señora Starling era parecida en color a las que componían el centro de Mason Bailey, pero había un pequeño detalle en ella que le llamó la atención: una flor de lis. El símbolo de la realeza francesa. —Se volvió hacia Bella Collingwood y la miró—. ¿Y quién, aparte de Bella Collingwood, representa en esta reunión la nobleza *per se*? —Nicole movió la cabeza de arriba abajo y volvió a fijar la vista en el anfitrión—. Las bolas azules con la pequeña flor de lis amarilla dibujada en la superficie pertenecen al centro que adorna la habitación de la señora Collingwood y una de ellas contuvo la mezcla asesina.

—¡Oh, Dios mío! —Rebeca Carnegie se llevó la mano a la cara y la pasó por la frente. Un coro de murmullos ahogados recorrió la sala.

—Aquella bola fue retirada del centro de Mason Bailey la misma mañana en que se descubrió su cadáver —siguió Nicole— y Bella Collingwood estaba allí para hacerlo.

—Yo no he matado a ese hombre ni he jugado a asesina con sus bolas de Navidad —dijo la anciana.

—¿Y su doncella? —preguntó Nicole.

—Tampoco. —La voz de Bella Collingwood sonó firme y serena.

Nicole sonrió.

—Tiene razón —dijo—. No fue ninguna de las dos.

—¿Entonces a qué viene toda esta representación? —Alexander Carnegie extendió los brazos con impotencia—. Disculpe mi brusquedad, inspectora, pero creo que ha sobrepasado el límite de lo admisible.

—Yo no lo creo, señor Carnegie. He tenido que exponer toda la información que han escuchado para llegar al quid de la cuestión: la identidad del asesino y su motivo.

—¿Pero por qué atacar a Bella? No se lo merece.

—Sólo he reconstruido el caso y lo cierto es que la bola de Navidad que pertenece al centro de la señora Collingwood desempeña un papel fundamental en él, puesto que es el arma homicida.

—Y, sin embargo, admite que mi invitada no tiene nada que ver en ello.

—En efecto. Aunque hubo un momento en que consideramos la posibilidad de que ella o su doncella fueran culpables —Nicole se giró e inclinó la cabeza en señal de arrepentimiento ante la dama—, hemos descubierto que no lo son.

—Esto no la libraré de mi conversación con sus superiores —dijo Bella.

—Estoy segura de ello, señora Collingwood, como también de que entenderán mis razones para la exposición que estoy realizando.

—¿Y cuáles son, si se puede saber? —dijo Alexander.

—¿El hecho de que su invitada tuviera un motivo, medio y oportunidad no sólo para haber cometido el asesinato, sino también para haber retirado las pruebas que le acusaban no le parece razón suficiente?

Alexander rezongó por lo bajo antes de contestar.

—Puede —dijo—, pero acaba de admitir que no lo hicieron. Le pido que termine de una vez.

—Sólo he expuesto los hechos, señor Carnegie, para llegar a un punto importante. El que nos ha conducido definitivamente a dar con la identidad del culpable: la bola de Navidad.

—¿Otra vez? —Las mejillas de Alexander Carnegie se encendieron.

—Alguien la retiró del centro de Mason Bailey la mañana del día de Navidad y ese alguien tuvo la oportunidad de hacerlo cuando todos ustedes estaban allí.

—¿Otra vez yo? —gritó Luke Blumer—. ¿Es eso lo que está diciendo? Yo, el periodista disoluto e irredento. ¿Qué mejor culpable que él?

—No se apresure en sus conclusiones, señor Blumer —dijo Nicole—. Usted, aunque con motivos, tampoco es el asesino.

—¿Entonces quién? —cortó tajante Alexander Carnegie.

Nicole juntó las yemas de los dedos e hizo una pequeña pausa antes de seguir:

—Elizabeth M. Green —dijo.

—¿Quién? —El anfitrión enarcó las cejas.

—Una antigua empleada de Mason Bailey. Una mujer con un don especial que se ganaba la vida gracias a su olfato, único y extraordinario. El mundo de los perfumes era su reino, un reino que se convirtió en su infierno el día en que un accidente acabó con el paraíso cuando una cubeta de productos químicos, entre los que se encontraban algunos ácidos, le estalló en la cara. Las

consecuencias fueron terribles: le deformaron el rostro, le produjeron unos dolores crónicos terribles y acabaron con su don al destruirle el olfato.

»Luego, además, hubo de sufrir el ultraje de un hombre acostumbrado a destruir vidas: Mason Bailey no sólo no la tenía asegurada, sino que intentó quitarse el problema de encima sin prestarle la atención médica y los cuidados necesarios. Ella lo denunció y sólo después de que la policía se presentara en su casa con una orden de arresto, Bailey reaccionó y le proporcionó la ayuda necesaria. Entre otras, la práctica de una operación de cirugía estética que le devolviera al rostro la vida que había perdido.

—Pero aquí no hay ninguna Elizabeth Green —dijo Alexander.

—M., Elizabeth M. Green —le corrigió Nicole—. Y sí, claro que la hay. —Se giró y observó a una de las invitadas de los Carnegie—, ¿verdad, señora Lodge?

La interpelada sonrió.

—Elizabeth Madeline Green, hija de David y Emily Green, de soltera Emily Lodge. Después de la operación quirúrgica que le recompuso el rostro, usted —Nicole se acercó a la mujer— cambió el nombre de pila por el que siempre había sido conocida por el segundo, Madeline, y adoptó el apellido de soltera de su madre. Ya entonces tenía claro que algún día mataría a Mason Bailey. No sabía cómo, ni cuándo, pero sí que lo haría.

Un nuevo corro de murmullos ahogados recorrió el salón. Crawford sintió que, después de la tensión, la fiebre parecía empezarle a subir de nuevo. Miró a Anne. Estaba sentada en un sillón. Detrás de ella, James Starling permanecía de pie con las manos apoyadas en los hombros de su esposa. La liberación que el discurso de Nicole le había producido se agitó en su pecho. De repente el caso ya no le parecía tan importante. Estaba resuelto, una vez más, y Anne Starling, como siempre, había vuelto a su lugar, el que ocupaba junto a la atractiva figura del diplomático británico.

—Aquel accidente —La voz de Nicole volvió a oírse, y los murmullos se apagaron— acabó con la posesión más preciosa de Elizabeth: su olfato, único, indiscutible. La herramienta con la que se había ganado la vida hasta entonces en la industria del perfume. Las deplorables condiciones en que Mason Bailey mantenía su laboratorio fueron las causantes del percance que dio al traste con la vida de la joven empleada y Elizabeth no se lo perdonó. Además de ver su

rostro deformado, hasta convertirse en un monstruo y que sólo la cirugía estética arregló en parte; además del sufrimiento y el dolor al que se vio sometida cada día por las terribles secuelas que le quedaron de por vida y la convirtieron en asidua consumidora de morfina; además de todo ello vio cómo su vida profesional se había arruinado para siempre. Su exquisito olfato había desaparecido. Por eso no le molestaba el excesivo olor a vainilla con el que la señora Carnegie ha intentado disimular el de la pintura, ni el de la cocina que subía hasta su dormitorio, situado al lado del de Mason Bailey y que fue la razón por la que éste solicitó el cambio de cuarto. —Nicole fijó la vista en la mujer—. Siempre utilizaba la misma respuesta: «Estoy resfriada», cuando le preguntaban si usted era consciente de esos olores, pero nadie la ha visto toser, ni moquear.

Madeline Lodge sonrió y permaneció en silencio. Desde que comenzara el discurso de Nicole, no había pronunciado una sola palabra.

—Hizo un curso de secretariado —La inspectora siguió hablando— y consiguió varios empleos precarios como secretaria. Mientras transcurría el tiempo, seguía dándole vueltas a su intención: matar a Mason Bailey. Mantuvo la amistad con Amie Bagley, antigua compañera que seguía trabajando para Bailey. A través de ella supo que el próximo perfume que Bailey lanzaría se llamaría Rebeca, en honor a Rebeca Carnegie, y que ésta le había invitado a su fiesta de Navidad.

»Probablemente en un principio no dio demasiada importancia a esa información. No le ofrecía ninguna posibilidad que la acercara a Bailey lo suficiente como para llevar a cabo su venganza. Pero entonces la Asociación de Oficiales muertos en Vietnam la contrató como secretaria. Allí conoció a Bella Collingwood, que la utilizó para que trabajara en la recopilación de datos con los que escribir la memoria de su hijo Richard.

»La tarde en que Bella Collingwood y Rebeca Carnegie acudieron a la celebración en honor de los oficiales caídos, escuchó una conversación entre ellas en la que la señora Carnegie invitaba a la señora Collingwood a que pasara la Navidad en su mansión de los Hamptons. Y entonces Madeline Lodge vio su oportunidad. Sólo tenía que conseguir que la invitaran a ella. ¿Pero cómo lograrlo?

»Para entonces, se había hecho con el favor de Bella al trabajar tan duro

en la biografía de su hijo Richard y de repente encontró la respuesta: el desmedido interés que sentía Bella Collingwood por recuperar la memoria de su hijo y escribir su biografía eran la excusa que necesitaba. Supo prender esta semilla en la mente de la señora Collingwood y apremiarla lo suficiente como para que la dama *tuviera* la genial idea de pedirle a los Carnegie que invitaran a la que conocía como Madeline Lodge a su fiesta de Navidad, de manera que pudiera avanzar en el trabajo que habría de recuperar la memoria de su hijo.

»El día de Nochebuena por la tarde, subió a su habitación en el momento en el que Rebeca Carnegie estaba agradeciendo a Martin Wolch que hubiera aceptado intercambiar su habitación con la de Mason Bailey. Quizá eso le salvó la vida, señor Wolch—Nicole se volvió un momento hacia él y lo miró. El exmilitar tragó saliva y la nuez se movió de forma ostensible arriba y abajo en su garganta—. Vio cómo Betty intercambiaba los centros de Navidad de las habitaciones de Bailey y Wolch, y se fijó en que las bolas de Bailey eran de color verdemar, bastante parecido al azul océano de las de Bella Collingwood, en cuyo dormitorio había estado para intercambiar información sobre Richard y avanzar en el trabajo de su biografía. Acababa de ocurrírsele cómo asesinar a Mason Bailey, pero para ello primero tenía que hacerse con una de aquellas bolas.

»La oportunidad se le ofreció aquella noche, cuando se retiró a dormir al mismo tiempo que la señora Collingwood. Anne Starling subió con ustedes en busca de un chal y vio que Bella Collingwood la invitaba a entrar en su dormitorio para devolverle unos documentos que se había dejado olvidados allí esa misma mañana, cuando estuvo con ella trabajando en la biografía de su hijo Richard. Un momento único para hacerse con una de las bolas del centro que Rebeca Carnegie había preparado para Bella Collingwood y que usted no desaprovechó. Luego, volvió a su dormitorio y aguardó. Sabía que el perfumista tenía problemas para dormir desde hacía años y que consumía somníferos, así que esperó paciente a que Mason Bailey se retirara y dejó un tiempo prudencial para que el somnífero hiciera efecto.

»Cuando calculó que Bailey ya se habría dormido, entró en su cuarto, colocó la bola azul en la que previamente había vertido amoníaco y, con una de las jeringas que utiliza para suministrarse las dosis de morfina con las que calma los dolores que sufre desde el accidente, inyectó en la bola la cantidad

necesaria de lejía para que reaccionara con el amoníaco y produjera cloramina. Salió de la habitación y se puso a resguardo del gas. El asma severo que sufría Mason Bailey desde niño y del que usted era conocedora, haría el resto.

—¿Y de dónde saqué el amoníaco y la lejía, inspectora? —Madeline Lodge habló por primera vez—. Acaba de decir que tuve la idea genial de cómo asesinar a Mason Bailey cuando vi a la doncella intercambiar los centros del señor Wolch y del señor Bailey. Según su teoría, es imposible que hubiera traído conmigo esas sustancias.

Nicole sonrió.

—El día de Nochebuena, algunas horas después de que viera a Betty intercambiando los centros, usted se unió con retraso al cóctel que los Carnegie ofrecieron antes de la cena. Cuando Bella Collingwood le preguntó por ese retraso, le explicó que había estado trabajando en la biografía de su hijo. Sin embargo, no fue así. Había bajado a la cocina con el pretexto de pedir una aspirina que le calmara la jaqueca que sufría. Mientras la cocinera iba en su búsqueda, usted robó un poco de amoníaco y de lejía del armario donde se guardan los productos de limpieza.

Nicole miró a Madeline Lodge, que asintió en silencio, como si estuviera concediéndole permiso para continuar.

—Lo había hecho —dijo la policía—. Había puesto en marcha el proceso que acabaría con la vida de Mason Bailey, a pesar de que ahora tenía dos problemas: por una parte, las bolas del centro de Bailey eran de color verdemar, relativamente parecidas al azul océano del de la señora Collingwood y que, excepto por el detalle de la flor de lis, podrían confundirse con facilidad. Pero eso creía haberlo arreglado colocando la bola robada a la señora Collingwood en el centro de Mason Bailey de forma que el adorno quedara hacia dentro. Por otra, no podía volver por la noche a recuperar la bola de la señora Collingwood. El accidente sufrido en el laboratorio de Mason Bailey le había dejado muy afectados los pulmones y no podía arriesgarse a que un resto de gas, que todavía no se hubiera evaporado, la afectara. De todas formas, confiaba en poder colarse en la habitación del perfumista en algún momento, tal vez durante el barullo que probablemente se formaría cuando se descubriera el cadáver, y recuperar la bola para

devolverla al centro navideño a la que correspondía, de manera que nadie la echara en falta. Y estuvo a punto de lograrlo. Lo habría conseguido si Susy y Ron no hubieran comenzado una de sus trifulcas y el gato no hubiera arrojado al suelo el centro de Mason Bailey.

»Supongo que debió de horrorizarle ver cómo las bolas rodaban por la moqueta y cómo la señora Starling se agachaba para recogerlas. Debía anticiparse, pero no lo logró. Anne Starling cogió la bola azul antes de que usted pudiera hacerse con ella y los restos de lejía entraron en contacto con su piel. Entonces usted no se dio cuenta de ello, naturalmente, y quizá se sintió afortunada cuando la señora Starling le pasó la bola sin prestarle atención. La guardó en el bolsillo antes de salir y la devolvió a su lugar. Todos los centros tenían cinco bolas y usted temió que alguien se percatara de que faltaba una en el de Bella Collingwood. —Nicole meneó la cabeza y frunció los labios—. ¿Sabe, señora Lodge? No creo que eso hubiera sucedido.

—¿Quién sabe? —respondió Madeline con una sonrisa.

Nicole se encogió de hombros.

—Queda usted arrestada por el asesinato de Mason Bailey. Cualquier cosa que diga podrá ser utilizada en su contra...

3

—Le agradezco que no haya mencionado mi propuesta a Edward Collingwood ni mis ideas políticas juveniles —dijo Luke Blumer acercándose a Nicole, que estaba junto a Crawford en la escalinata de entrada a la mansión Carnegie.

—No tiene por qué hacerlo, señor Blumer. Yo resuelvo asesinatos, no estropeo negocios. Aunque no me parece que esté jugando limpio con los Collingwood.

—No crea —dijo el periodista—, me he reformado bastante. Ya no soy aquel muchacho idealista de mi juventud.

—Le deseo suerte, entonces.

Blumer saludó con una inclinación de cabeza a los dos policías y bajó las escaleras. En la explanada lo esperaba Christina Rawson, junto al coche del periodista.

—¿Crees que hay algo entre ellos? —preguntó Crawford.

Nicole se encogió de hombros.

—Quizá haya surgido algo positivo en estos días, después de todo. — Levantó la vista y observó en silencio cómo el automóvil de Bella Collingwood desaparecía tras un recodo del camino que conducía hacia la verja de entrada.

—¿Por qué te has ensañado tanto con Bella Collingwood durante la exposición del caso? —preguntó Crawford.

—Porque es elegante, bella y atractiva, como tu amiga Anne.

—¿Lo soy? —La aludida apareció a la espalda de los dos policías, sin que ninguno de ellos lo hubiera notado.

Nicole hizo un esfuerzo por detener el sonrojo que le subía al rostro.

—No creo que necesite la respuesta a esa pregunta —dijo—. Es usted perfectamente consciente de ello, señora Starling.

Anne sonrió.

—Inspectores... —James Starling salió de la casa acompañado por Alexander Carnegie y les tendió la mano—. Gracias por cuidar de ella —dijo señalando a su mujer.

—Oh, vamos, por Dios, James. No soy una cría.

—Cuando se trata de un asesinato, lo pareces.

—No le hagan caso. Está enfadado porque sabe que he resultado de ayuda.

—Lo ha sido —admitió Nicole—. Gracias.

—No las merece. Ha sido un placer —tendió a mano a la inspectora, que la tomó de forma mecánica.

—Inspector Crawford... —Anne se volvió hacia el policía y también le tendió la mano—. Una vez más, he disfrutado mucho.

Él cogió la mano que le ofrecía y la sostuvo durante unos segundos más de los necesarios. Antes de apartarla, echó un vistazo rápido a la muñeca de Anne. No llevaba la pulsera que le regaló tras el caso Snow.

—Espero que nos veamos pronto —añadió.

Él asintió en silencio.

—Le deseo un feliz viaje a Inglaterra, señora Starling.

—¿Volverás a verla? —preguntó Nicole, cuando el coche de los Starling arrancó.

—¿Quién sabe?

El coche tomó el recodo del camino que a partir de ese punto se escondía entre la arboleda y desapareció de su vista.

Un piso más arriba, Betty abrió la ventana del dormitorio de los Starling y permaneció de pie, junto a ella, observando cómo el matrimonio desaparecía tras la arboleda. Por fin se había acabado aquella pesadilla y todos se habían marchado. Los Carnegie lo harían en breve para pasar el fin de año en Nueva York. El servicio aún se quedaría unos días, limpiando y recogiendo.

Se dio la vuelta. Primero abriría todas las ventanas del primer piso para ventilar y luego avanzaría desde la escalera hasta el final del pasillo, dormitorio a dormitorio. Tenía trabajo por delante. Levantó las cejas y suspiró. Cuanto antes se pusiera a ello, antes acabaría. Entonces lo vio. El reloj de los Starling estaba parado. ¿Es que no se habían dado cuenta de ello? ¿O es que eran tan descuidados que no les importaba? Se acercó hasta la repisa de la chimenea y lo puso en hora. Después salió, dispuesta a llevar su plan cuanto antes y ver si podía escaparse un rato aquella tarde y quedar con el acomodador del cine. Un joven apuesto y simpático del que estaba empezando a enamorarse.

CAPÍTULO 15

1

—¡Por fin! —Anne miró cómo la maleta que acababan de facturar con la Pan Am se alejaba por la cinta transportadora.

—Te prometí que te llevaría a casa para Fin de Año —dijo James.

Estaban en el aeropuerto Kennedy. A través de los ventanales de la terminal podían ver el Jumbo en el que viajarían a Inglaterra.

—Lo has conseguido por los pelos. Mañana es día treinta y me lo pasaré deambulando por la casa de mis padres, con el sueño desajustado, sin saber muy bien quién o qué soy.

—No seas quejica. —James la besó en los labios. Miró su reloj de pulsera —. Tenemos tiempo para tomar un café —dijo.

—No me comprarás con eso.

—Lo sé. Eres incorruptible.

—Señor Starling, señor James Starling, tiene una llamada telefónica. Por favor, acuda a las cabinas. —Una voz femenina sonó a través de los altavoces y repitió el mensaje.

Anne miró a su marido.

—¿Qué pasa? —preguntó.

Él se encogió de hombros.

—No sé.

—James, no vas a volver a hacérmela. Contigo o sin ti, cogeré ese avión.

—Te digo que no sé qué ocurre. —Hizo una seña al camarero, que se acercó—. Póngale un café —dijo.

—¡James!

—Volveré enseguida. —Se inclinó hacia ella y la besó de nuevo—. Te lo prometo.

—Soy James Starling.

El encargado de las cabinas asintió.

—Su llamada está en la número ocho —dijo.

James se dirigió hacia ella, cerró la puerta y se sentó en el taburete. Atrás

había quedado el ruido. Miró el auricular antes de descolgarlo. Le había dicho la verdad a Anne: no tenía ni idea de qué ocurría, pero, fuera lo que fuese, él también iba a coger aquel avión con ella.

—Diga —gruñó.

—¿Señor Starling?

James frunció el ceño. Aquella voz era de...

—¿Inspector Crawford?

—Siento molestarle, pero era importante que hablara con usted antes de que se marchara.

La voz del policía llegó mezclada con el ruido de un avión que despegaba. James tiró de la puerta. Estaba bien cerrada... «¡Qué demonios!»». Miró a un lado y otro, y al fondo, en una de las cabinas abiertas, vio a Crawford de pie, con el auricular pegado al oído, mirándolo. James se levantó.

—¡No! —dijo el policía—. No salga. No quiero que su mujer nos vea juntos.

James volvió a sentarse.

—¿Qué ocurre, inspector?

—El ama de llaves de los Carnegie llamó ayer a la policía de los Hamptons. Había sucedido algo muy extraño...

James pestañeó un par de veces sin quitarle la vista de encima a Crawford.

—Después de que los invitados se marcharan —siguió—, el servicio limpió la mansión. Una de las doncellas descubrió que el reloj del dormitorio que ocuparon usted y su mujer estaba parado.

James asintió.

—Sí —dijo—. Hacía mucho ruido y Anne lo detuvo porque no la dejaba dormir.

Crawford se pasó la mano por la frente y James observó que dejaba salir el aire de los pulmones con fuerza.

—La doncella lo puso en hora y le dio cuerda. Limpió el cuarto y se marchó. Ayer, cuando pasaron por los dormitorios para cerrar las contraventanas antes de marcharse, descubrieron algo en el suyo.

—¿Qué?

—Una bala había atravesado una de las almohadas.

—¿Cómo? —James clavó la vista en la del policía y los dos hombres se

miraron en la distancia, en silencio, durante unos segundos.

—El reloj ocultaba un mecanismo que disparó el proyectil y que estaba dirigido exactamente hacia la cabecera de la cama.

James sintió un escalofrío.

—¿Qué almohada atravesó? —preguntó.

—La más cercana al cuarto de baño.

James notó que una gota de sudor le caía por la sien. Era la de Anne. Posó la mirada en la del policía y descubrió en ella que Crawford se estaba haciendo exactamente la pregunta a esa respuesta: «¿Quién había dormido sobre esa almohada?», pero no la verbalizó.

—El mecanismo había sido programado para que se disparara a la una.

James recordó la conversación con Anne, cuando ella había parado el reloj. Fue poco antes de las doce. Luego se habían metido en la cama, enfadados, y se habían dormido. Cerró los ojos un instante. Se había salvado por una hora.

—Alguien ha querido matarlo a usted o a su esposa, señor Starling —dijo Crawford al otro lado de la línea—. ¿Tiene idea de quién puede ser?

James lo miró a través del cristal de la cabina y negó con la cabeza.

—No —dijo con el recuerdo de John Hawkins en la mente—, no sé quién querría matarme, inspector.

Crawford asintió en silencio y James descubrió en su gesto que no le había creído.

—Puesto que ha ocurrido en los Hamptons, corresponde a la policía de allí investigar el caso. Yo... —Crawford dudó unos instantes— sólo quería avisarle.

—Se lo agradezco.

Los dos hombres se miraron en la distancia.

—Espero que tengan buen viaje.

—Gracias.

James salió de la cabina y se alejó, de vuelta a la cafetería donde Anne estaba esperándolo.

—¿Qué? —preguntó ella cuando llegó a su lado.

—Nada. ¿Nos vamos? Están llamando para el embarque.

Siempre le había parecido increíble que aquellos armatostes de metal, grandes y pesados, pudieran alzar el vuelo. Crawford observó el avión en el que Anne y su marido viajaban de vuelta a casa hasta que se convirtió en un puntito lejano que se confundió con las nubes grises. Apoyó la frente en los ventanales y el frío del cristal le calmó el dolor de cabeza. Estaba ardiendo por la fiebre. Volvería a casa y se metería en la cama, pero después... Levantó la mirada y volvió a fijarla en la lejanía, en busca del puntito blanco que ya no fue capaz de encontrar. Después, se dijo, tenía un intento de asesinato que resolver.

—Encontraré a quien ha tratado de matarlo, señor Starling —Apoyó la palma de la mano en el cristal, como si estuviera profiriendo un juramento—, aunque no le guste que desvele sus secretos.

Diminutos copos de nieve comenzaron a caer. En unos segundos, el viento los había transformado en una cortina de nieve que ocultó el pedazo de cielo por el que Anne Starling acababa de desaparecer. Crawford cerró la mano y apretó el puño sobre el cristal.

—Lo encontraré y le haré pagar el haber puesto en peligro la vida de su mujer —dijo.

Después de la lectura

Hola de nuevo, querido lector.

Espero que la segunda entrega de la Señora Starling y sus cosas te haya hecho pasar un buen rato. Si es así, ¿puedo pedirte un favor? Sólo te llevará unos minutos, que es poco esfuerzo para cumplir con tu buena acción del día, y a mí me ayudarás muchísimo ;-). ¿Te importaría dejar un comentario acerca del libro en Amazon? ¡No sabes lo mucho que una simple acción como ésa impulsa nuestra carrera como escritores! Y, además, te conoceré, te leeré y tendré en cuenta tus sugerencias (eso también nos ayuda mucho).

Si, además, te apetece, puedes dejarme un comentario en el [blog](http://www.anabolox.com) (www.anabolox.com) o a través de un [tuit](#) (@ana_bolox) o en mi página de [FaceBook](https://www.facebook.com/AnaBolox/) (<https://www.facebook.com/AnaBolox/>).

Muchas gracias y, si quieres estar al tanto de la publicación de mis próximas novelas, puedes unirte a mi [lista de noticias](#) en: <https://anabolox.com/suscripcion-mis-libros-ficcion/>. Prometo que no te daré mucho la vara ;-)

Sobre la autora

Ana Bolox es licenciada en filología inglesa. Ha ejercido como profesora de idiomas, español e inglés, durante más de veinte años y ha trabajado como traductora de textos científicos. Es escritora de novela policíaca y editora de su propio blog, [Detrás de un escrito](#), donde imparte y ofrece tanto talleres de novela policíaca como servicio de mentoría para escritores.

En 2015 publicó en *ebook* su primer libro de ficción, una serie policíaca que lleva el título genérico de "[Carter & West](#)", que se desarrolla en la Inglaterra de la posguerra y que fue publicado en papel un año después por Medianoche Editorial, y cuyo segundo número verá la luz en breve.

Publica también libros de ayuda al escritor, como "[Los cuatro pilares de la ficción](#)", "[Cómo construir tu novela en 10 preguntas](#)" o "[Cómo construir el escenario de tu novela](#)".

Forma parte del equipo de redacción de las revistas *Sólo novela negra* y *MoonMagazine*, en la que, además de su tarea como redactora, se hace cargo de una sección fija, dentro del Club Literario, titulada "Construye tu novela con Ana Bolox". Participa, además, y colabora activamente en *blogs* relacionados con el mundo de la escritura.

Otros libros de Ana Bolox:

Ficción:

- Serie **Carter & West**:

Nº 1: "[Aracne](#)" y "[La muerte viene a cenar](#)".

Nº 2: "[Quadrivium](#)" (próximamente).

- Serie **Las cosas y casos de la señora Starling**:

Nº 1: "[Un cadáver muy frío](#)".

Nº 2: "**Muerte en los Hamptons**".

Nº 3: "**Entre rejas**" (próximamente).

No ficción:

"Los 4 pilares de la ficción".

"Cómo construir tu novela en 10 preguntas".

"Cómo construir el escenario de tu novela".

UNAS PALABRAS FINALES

Dicen que entre las páginas de todo libro se encuentran esparcidos trocitos del alma del autor que lo ha escrito. Es posible que así sea. En mi caso, aunque poco tengo que ver con Anne Starling, no puedo dejar de sonreírme cada vez que ella le reprocha a Crawford su renuencia a meterse en los líos en los que lo mezcla: «No empecemos, inspector. ¿No se da cuenta? El Universo ha vuelto a unirnos, ¿no querrá defraudarlo?». Esta frase no sólo me hace gracia, sino que también me incita a la reflexión...

Comencé a escribir "Muerte en los Hamptons" el 28 de julio de 2017, en la buhardilla de una casa con jardín en un pequeño pueblo costero de Cantabria, justo diecisiete días después de perder mi empleo. Es cierto que ya antes había estado trabajando en la novela, perfilando personajes, urdiendo la trama y construyendo la estructura, pero no fue hasta la mañana de aquel viernes, 28 de julio, que me senté a escribirla con dudas y con miedos (¿qué escritor no los tiene cuando se lanza a la aventura de dar vida a una historia?), pero con la completa certeza de que aquel día comenzaba una nueva etapa en mi existencia: la de escritora profesional.

Hay un libro de autoayuda que no he leído, pero cuyo título es francamente llamativo: *Te han despedido, ¡enhorabuena!*, llamativo y provocador, pero sobre todo, en mi caso, oportuno como si se hubiera escrito para mí. A pesar de que un despido es siempre un trago que tiene su regusto amargo, sentía que, como afirma Anne Starling, el mío era cosa del Universo y, desde luego, no estaba dispuesta a defraudarlo.

Conscientes del mucho daño anímico y físico que me estaba causando el empleo al que me he dedicado estos últimos años de mi vida, mis amigos me felicitaban cuando se enteraban del despido. Mi hermana mayor me dijo: «Es lo mejor que puede haberte pasado. Quizá nunca te hubieras atrevido a dejar ese dichoso trabajo para dedicarte a escribir». Y las palabras de una gran amiga y magnífica escritora sonaban premonitorias: «Ana, celebra bien esta efeméride porque marcará un punto y aparte en tu vida, y será para bien». ¡El Universo conspiraba a mi favor! y lo gritaba bien alto. ¿No estás de acuerdo conmigo?

Hoy, que publico el segundo número de "Las cosas y casos de la señora Starling", ya tengo a medio escribir el tercero y estoy inmersa en la búsqueda de ideas para el cuarto, además de que en breve enviaré a la editorial la segunda novela de la serie Carter & West, "Quadrivium". En el momento en que escribo estas líneas, además, ya no tomo la medicación, excesiva y dañina, que los médicos habían venido recetándome a lo largo de los tres últimos años, me encuentro mucho mejor, estoy más en forma y me siento feliz. El Universo ha hecho un gran trabajo conmigo, no sólo desbrozando la selva ignota en la que estaba perdida a fin de que encontrara mi camino, sino poniéndome en compañía de todos aquellos que me han ayudado: amigos, lectores y, sobre todo, familia. ¡Gracias, hermanos, por ser como sois! Los mejores que podrían haberme tocado en el reparto. Y gracias a todos los que, de una forma u otra, me habéis ayudado tanto.

No quiero cerrar este apartado sin dejar constancia de mi agradecimiento y afecto a Macarena, Marie, Ana González Duque, Mónica Gutiérrez Artero, Cris Mandarica y Jorge Ontiveros por vuestra ayuda y empuje. El Universo, definitivamente, está conmigo.

Madrid, 30-Noviembre-2017